

Memorias del Instituto Ravnignani: testimonios del desarrollo científico e institucional entre la restauración democrática y su Centenario

Noemí Goldman
Ana María Presta y María Elena Imolesi
Nora Pagano
Hilda Sabato
Raúl O. Fradkin
Adrián Gorelik
José Carlos Chiaramonte
María Inés Schroeder
Daniel Santilli
Abel Roth
Marcelina Jarma y Omar Acha
Roberto Schmit
Julio Djenderedjian
Sandra Sauro
Juan José Santos
Fernando Boro



Memorias del Instituto Ravnani: testimonios
del desarrollo científico e institucional entre la
restauración democrática y su Centenario

Noemí Goldman

Ana María Presta y María Elena Imolesi

Nora Pagano

Hilda Sabato

Raúl O. Fradkin

Adrián Gorelik

José Carlos Chiaramonte

María Inés Schroeder

Daniel Santilli

Abel Roth

Marcelina Jarma y Omar Acha

Roberto Schmit

Julio Djenderedjian

Sandra Sauro

Juan José Santos

Fernando Boro

Universidad de Buenos Aires (UBA)

Rector: Prof. Dr. Alberto Edgardo Barbieri

Vicerrector: Abg. Juan Pablo Mas Velez

Secretario de Ciencia y Técnica: Dr. Ing. Aníbal Cofone

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Presidente: Dra. Ana María Franchi

Vicepresidente de Asuntos Científicos:
Dr. Mario Martín Pecheny

Vicepresidente de Asuntos Tecnológicos:
Dr. Roberto Daniel Rivarola

Directores:

Dra. Graciela Ciccía

Dr. Alberto Rodolfo Kornblihtt

Dr. Miguel Ángel Laborde

Dra. Luz Marina Lardone

Dr. Félix Daniel Nieto Quintas

Dr. Carlos Jose Van Gelderen

Memorias del Instituto Ravnani: testimonios
del desarrollo científico e institucional entre la
restauración democrática y su Centenario

Noemí Goldman

Ana María Presta y María Elena Imolesi

Nora Pagano

Hilda Sabato

Raúl O. Fradkin

Adrián Gorelik

José Carlos Chiaramonte

María Inés Schroeder

Daniel Santilli

Abel Roth

Marcelina Jarma y Omar Acha

Roberto Schmit

Julio Djenderedjian

Sandra Sauro

Juan José Santos

Fernando Boro

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano

Américo Cristófalo

Vicedecano

Ricardo Manetti

Secretaria Académica

Sofía Thisted

Secretaria de Extensión

Ivanna Petz

Secretario de Posgrado

Alejandro Balazote

Secretario de Investigación

Marcelo Campagno

Secretario General

Jorge Gugliotta

Secretaria de Hacienda

Marcela Lamelza

Subsecretaria de Bibliotecas

María Rosa Mostaccio

Subsecretario de Publicaciones

Matías Cordo

Dirección de Imprenta

Rosa Gómez

**INSTITUTO DE HISTORIA
ARGENTINA Y AMERICANA**

DR. EMILIO RAVIGNANI



.UBAfilo
FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS

CONICET



Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" (UBA / CONICET)

Directora: Dra. Noemí Goldman

Vicedirector: Dr. Julio Djenderedjian

Serie (2da) CUADERNOS DEL INSTITUTO RAVIGNANI

Directora: Noemí Goldman

Coordinador: Roberto Schmit

Comisión de Edición:

Omar Acha

Hernán Camarero

Magdalena Candioti

Laura Cucchi

Juan Alejandro Pautasso

Martha Rodriguez

Daniel Santilli

Nora Souto

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras

Serie de revistas especializadas

Colección Cuadernos del Instituto Ravignani N° 3 (Segunda Serie)

ISSN 1514-2914 (impresa)

ISSN 2525-1066 (en línea)

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA), Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

publicaciones.investigacion@filo.uba.ar

<http://publicaciones.filo.uba.ar>

Tabla de contenido

Presentación <i>Noemí Goldman</i>	7
Programa de Historia Argentina Siglo XIX <i>Noemí Goldman</i>	9
Programa de Historia de América Latina (PROHAL) <i>Ana María Presta y María Elena Imolesi</i>	17
Programa de Investigaciones en Historiografía Argentina (PIHA) <i>Nora Pagano</i>	25
El PEHESA: recorrido personal de una historia coral <i>Hilda Sabato</i>	35
El Programa de Estudios Rurales (PROER) y la Red de Estudios Rurales (RER) <i>Raúl O. Fradkin</i>	43
Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura "Oscar Terán": una historia de memoria <i>Adrián Gorelik</i>	51
Reflexiones sobre mi experiencia como director del Instituto Ravignani <i>José Carlos Chiaramonte</i>	59

Memoria es lo que no se olvida	71
<i>María Inés Schroeder</i>	
Entre la Secretaría, la Biblioteca, el Archivo Documental y la gestión administrativa	85
<i>Daniel Santilli</i>	
La Biblioteca del Instituto Ravignani	91
<i>Abel Roth</i>	
Entrevista a Marcelina Jarma	97
<i>Entrevista de Omar Acha</i>	
Notas sobre dos decenios de trabajo de gestión en los archivos y las publicaciones del Instituto Ravignani	107
<i>Roberto Schmit</i>	
El Boletín del Instituto Ravignani desde adentro y los desafíos de la era digital	115
<i>Julio Djenderedjian</i>	
El Archivo Histórico del Instituto Ravignani: memorias de tres momentos	123
<i>Sandra Sauro</i>	
Los inicios del Proyecto Patrimonio Histórico del Instituto de Historia Argentina “Dr. Emilio Ravignani”	137
<i>Juan José Santos</i>	
Una nota sobre los inicios del Proyecto Patrimonio Histórico del Instituto Ravignani	149
<i>Fernando Boro</i>	

Presentación

Noemí Goldman

Directora

La conmemoración de los 100 años del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, en 2021, fue la ocasión de evocar en el marco de diferentes presentaciones virtuales y publicaciones la particular efervescencia del período de su reconstrucción institucional e intelectual a partir de la recuperación de la vida democrática en el país y la renovación universitaria.

De aquella época se destacó, en particular, la vivacidad y amplitud de los encuentros académicos en el Instituto, la creación de nuevos servicios a la investigación y el surgimiento de novedosos problemas historiográficos.

En este nuevo número de los *Cuadernos del Instituto Ravignani* quisimos reunir un conjunto de testimonios de quienes participaron en esa empresa inaugural. La creación de los primeros Programas de Investigación del Instituto, sus objetivos, alcances, integrantes y modalidades de trabajo, son reseñados por sus propios coordinadores iniciales o por quienes los sucedieron. Los Programas constituyeron la base en torno a los cuales se organizó inicialmente la investigación científica en el Instituto. Luego surgieron los Grupos de Trabajo que reúnen proyectos vinculados con una problemática específica, los cuales se fueron diversificando y consolidando a lo largo de los últimos años (<http://ravignani.institutos.filo.uba.ar/grupos-de-trabajo-redes-y-seminarios>). También se organizaron en el Instituto seminarios y redes en las que convergen investigadoras e investigadores de distintas universidades

del país y del exterior. Dentro de éstos, por su continuidad y dinamismo, se evoca la creación del Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura creado por Oscar Terán en 1988.

Es por ello que estos testimonios constituyen, además, un homenaje a la memoria de quienes ya partieron, no sin antes dejar una profunda huella en la renovación historiográfica argentina y latinoamericana, en la conformación de grupos de trabajo y en el cálido recuerdo de los integrantes del Instituto. Me refiero a Enrique Tandeter, Oscar Terán, Jorge Gelman y Juan Suriano.

José Carlos Chiaramonte, por su parte, dirigió el Instituto durante 25 años y su testimonio aporta una interesante reflexión de conjunto sobre algunos de los principales problemas y desafíos que presentó la gestión del Instituto durante el período de su reconstrucción, y que puede presentar toda gestión de un instituto de formación de historiadoras e historiadores.

Asimismo, un lugar especial merecen las voces de quienes colaboraron desde el incansable y paciente trabajo de la secretaria, de las áreas de comunicación y de gestión contable con la dirección del Instituto, primero con Chiaramonte, y luego con el recordado Jorge Gelman. Por otra parte, nos pareció imprescindible reunir los testimonios de quienes fueron artífices del armado de la Tercera Serie del *Boletín* del Instituto –revista emblemática que este año celebra sus 100 años–, y de quienes se ocuparon del paciente reordenamiento de la Biblioteca y de la consolidación de las áreas del Archivo Histórico y el Proyecto Patrimonio Histórico.

En suma, el conjunto de testimonios que presentamos en este número de los *Cuadernos del Instituto Ravignani*, con sus particulares evocaciones y anécdotas, reconstruye parte importante de la memoria colectiva del Instituto para dar cuenta del trabajo en común, de los logros y de los desafíos científicos y cotidianos que hicieron del Instituto lo que es hoy: un espacio de innovación historiográfica y de trabajo colectivo amplio y diverso.

Programa de Historia Argentina Siglo XIX

Noemí Goldman

El Programa de Historia Argentina Siglo XIX fue creado por iniciativa de José Carlos Chiaramonte a mediados de los años 90 para encauzar las investigaciones sobre Historia Argentina del período posterior a la Independencia llevadas a cabo en el Instituto Ravignani. José Carlos había asumido la dirección del Instituto y se iniciaba un período estimulante de conformación de equipos de investigación. En efecto, en sus inicios el Programa nació con el nombre de “Programa de Historia Argentina Post-independencia” (1994) para luego, en junio de 1997, pasar a llamarse “Programa de Historia Argentina Siglo XIX”. El cambio de nombre no era puramente formal, sino que reflejaba la diversificación de los campos de trabajo y líneas de investigación sobre la historia decimonónica rioplatense que comenzaban a desarrollarse en el Instituto. En aquella etapa inicial asumí la secretaría y luego la co-coordinación del Programa.

Los proyectos que lo integraban compartían el objetivo común de indagar distintos procesos históricos en función de algo que es cuestión central tanto en los conflictos que caracterizaron la historia del país desde la Independencia hasta la actualidad, como en la historiografía argentina de los siglos pasados y del actual: la cuestión del origen de la Nación, la cual empezaba entonces a problematizarse con nuevas miradas sobre las condiciones históricas que la enmarcaban. Nos referimos a las distintas alternativas hacia la formación de Estados independientes que se abrió paso con la crisis de la Monarquía española, la revolución y el inicio de las guerras de independencia en América del Sur.

La creación del programa se fundamentaba en la necesidad de reunir las investigaciones sobre esta problemática existentes en el Instituto, ampliar la diversificación de los campos de trabajo, así como promover la formación de nuevos investigadores/as por medio de la conformación de grupos que trabajaban sobre temas interrelacionados.¹ Se pretendía así indagar en el campo de la economía y finanzas rioplatense, ciertas condiciones características de esa sociedad preindustrial. Asimismo, se centraba la atención en las formas de articulación, o de correspondencia entre vida política e intelectual, organización estatal y estructura social en este tipo de sociedad.

Así, los temas abordados en proyectos de investigadores/as y de becarios/as de doctorado de aquellos momentos iniciales fueron: Estados y sociedades provinciales rioplatenses entre 1821-1853; formas de representación política en Buenos Aires, 1810-1850; vocabulario político y soberanías en el Río de la Plata de la primera mitad del siglo XIX; circuitos mercantiles y mercados en el litoral argentino hacia mediados del siglo XIX; la Nueva Escuela Histórica y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras; el origen del confederalismo y federalismo de Buenos Aires; aproximaciones a la identidad política de la generación del 37 a través de sus representaciones de la Nación; la política indígena de Juan Manuel de Rosas en la provincia de Buenos Aires: el negocio pacífico de los indios (1829-1852); las finanzas de los Estados provinciales y las asignaciones de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XIX.

Fue con gran entusiasmo que se inició esta etapa novedosa de trabajo en el marco de un Programa específico de investigación en el seno del Instituto

¹ En 1994 los primeros integrantes del Programa (investigadores, becarios y personal de apoyo) fueron: José Carlos Chiaromonte (director), Noemí Goldman (secretaria), Pablo Buchbinder, Miguel Ángel Rosal, Roberto Schmit, Marcela Ternavasio, Sonia Tedeschi, Alejandro Herrero, Fabián Herrero, Guillermo Ernesto Cussianovich, Silvia Ratto, Fabio Wasserman, Nora Souto, Liliana Roncati, Sandra Sauro y Rosana Pagani.

con el objetivo de crear un espacio de diálogo y colaboración que incluía el desarrollo de un Seminario permanente con reuniones de discusión de proyectos, informes y avances de investigaciones de sus participantes. Junto con ello se preveía la invitación de especialistas del país y del extranjero para la presentación y discusión de trabajos sobre áreas temáticas afines. El Programa se proponía también enriquecer el conocimiento del período para volcarlo en las distintas instancias de la enseñanza (cátedras, seminarios de grado y de postgrado) en el ámbito de la Facultad y estimular la publicación y difusión de sus resultados en artículos y libros.

Todos estos objetivos iniciales se fueron alcanzando paulatinamente a lo largo de los años gracias, asimismo, a la consolidación de las cátedras de la Facultad, a la ampliación de becas UBA y CONICET, a los ingresos a la Carrera del Investigador del CONICET, así como por la incorporación de nuevos integrantes al Programa.² Hay que decir también que la investigación sostenida con apoyo institucional y financiero durante todos esos años iba creando las condiciones para ampliar los diversos objetos de investigación en varias direcciones. Muchos de estos resultados se volcarían en tesis de doctorado, libros y artículos.

Las nuevas perspectivas y aproximaciones sobre la formación de los Estados provinciales a partir de 1820 llevaron a reconsiderar el surgimiento y consolidación de los regímenes de caudillos desde una nueva relación entre legalidad y legitimidad dentro, y no por fuera, de las tendencias territoriales autonómicas, y luego soberanas, que se manifestaron desde el inicio de la revolución. Los sectores subalternos, la plebe urbana, iba a ser por primera vez objeto de un análisis minucioso para comprender el derrotero de la política porteña en las décadas de 1810 y 1820. Se profundizarían las investigaciones sobre el orden económico y fiscal del Río de la Plata entre 1760

² Se incorporaron: Gabriel Di Meglio, Alejandra Pasino, Mariano Aramburo, Victoria Baratta, Virginia Macchi, y más recientemente: Gustavo Paz, Juan Alejandro Pautasso y Facundo Lafit.

y 1840. Se extenderían las indagaciones de la historia política y social del litoral y el interior rioplatense en el siglo XIX. Del vocabulario político, a los conceptos políticos, iban a ampliarse las perspectivas analíticas tanto a nivel metodológico como espacial para integrarse en un proyecto internacional, según veremos. Recientemente, los conceptos de unión/unidad y Estado merecieron tesis de doctorado. La relación entre experiencia, temporalidad y producción de sentido se amplió a nuevos campos como la prensa, conceptos, imágenes y metáforas, y surgieron nuevos interrogantes en torno a las formas de circulación, apropiación y traducción de los conceptos y escritos políticos. Asimismo, incursionamos y renovamos en la biografía política e intelectual.

La historiografía argentina e iberoamericana viene renovando sustancialmente el estudio de la historia política de los siglos XVIII y XIX a partir de nuevos interrogantes, enfoques y metodologías. En nuestro campo de estudio, los investigadores del Programa, entre otros investigadores de diferentes países, pusieron el acento en la necesidad de revisar los modos de aproximarse a las revoluciones de independencia y liberales iberoamericanas desde una crítica a la comprensión anacrónica de voces y conceptos en uso en esos períodos, así como a las formas de organización social y política surgidas tras ellas. Pues, al examinarse los usos de varios de los conceptos políticos fundamentales en Iberoamérica entre 1750 y 1850, se advirtió que sus significados no eran reducibles a una simple oposición entre tradicional y moderno ni a una identificación de las filiaciones doctrinarias, sino que expresaban sentidos cambiantes modelados en la acción política y en la disputa retórica.

Pero es indudable el impacto que en estas renovadas exploraciones tuvo el nuevo paradigma interpretativo ofrecido por Chiaramonte sobre los procesos de independencia y la emergencia de naciones en Hispanoamérica, al dejar de presuponer que en las etapas previas a esos procesos ya estaba inscripto su desenlace final, y al reconocer asimismo el difícil tránsito hacia la creación de estados-naciones. En tal sentido, el conjunto de tendencias reformistas

que surgieron en el último cuarto del siglo XVIII y los “fundamentos” de las revoluciones de independencia deben considerarse parte integrante de las distintas vertientes de las doctrinas del derecho natural que se habían convertido en la ciencia social de la época.

Al mismo tiempo, el Programa recibía, como ya mencionáramos, a investigadores/as del exterior para dar conferencias, seminarios de doctorado o realizar pasantías. Estas visitas dejaron sus huellas y promovieron muy ricos intercambios que ampliaron las perspectivas comparadas e integradas del Programa en el espacio iberoamericano. Estas visitas fueron numerosas y de distintos países. Menciono a quienes compartieron distintas temporadas en el Instituto mientras realizaban sus tesis de doctorado o dictaban seminarios como Ana Frega, Pilar González, Geneviève Verdo, João Pimenta, Alfredo Ávila, Maria Medianeira Padoin. Me permito recordar aquí que tanto la bienvenida como las discusiones con los/as colegas se prolongaban luego en una sociabilidad intelectual que continuaba en los bares y restaurantes que rodeaban a 25 de Mayo. Y cómo olvidar las frecuentes visitas de Tulio Halperin Donghi, quien discretamente se sentaba a leer en una de las salas del Instituto para esperar la hora del café de las cinco de la tarde donde se producía una animada conversación.

Desde el comienzo, parte importante de las investigaciones desarrolladas en el Programa se integraron también a sendos proyectos internacionales. Menciono dos de ellos debido al gran impacto que tuvieron en el Programa y en la historiografía del período, a las nuevas líneas de investigación que inauguraron, y a las metodologías que desarrollaron. El primero, titulado “Procesos electorales y construcción del espacio político nacional en Argentina, Brasil, México y Perú”, coordinado por el profesor Antonio Annino de la Universidad de Florencia, se abocó a estudiar los procesos electorales en América Latina.³ La cuestión del caudillismo iba a ser también

³ Del Programa participaron: José Carlos Chiamonte (director), Fabián Herrero y Marcela

aquí revisitada por medio de una nueva interrogación sobre el rol de la representación política en el surgimiento de las formas republicanas de gobierno. Por primera vez se abordó de forma sistemática la celebración de las elecciones basadas en el principio de la soberanía popular para designar a autoridades y diputados. En el período postindependiente, en el contexto altamente conflictivo del surgimiento del caudillismo y las guerras civiles, se pudo observar que las elecciones jugaron un rol en la legitimación del poder político.

El segundo es el Proyecto y Red de Investigaciones en Historia Conceptual Comparada del Mundo Iberoamericano denominado *Iberconceptos*, el cual integra a un amplio conjunto de investigadores pertenecientes a diversas universidades de América Latina, España y Portugal.⁴ El objetivo de este ambicioso proyecto creado por iniciativa del Profesor Javier Fernández Sebastián de la Universidad del País Vasco fue el estudio sistemático de la evolución de una serie de conceptos políticos fundamentales durante el siglo XIX en perspectiva comparada entre los diferentes espacios. Asumí la coordinación del proyecto para Argentina dado que cuando recibimos la invitación ya estábamos trabajando en un proyecto de similares características para el espacio rioplatense, derivado de los estudios sobre lenguajes y vocabulario políticos desarrollados en el Instituto, cuyo producto fue un libro sobre conceptos políticos clave entre 1750 y 1850. Por su parte, el resultado del Proyecto transnacional constituyó la edición de dos volúmenes que conforman el primer diccionario conceptual del espacio Iberoamericano.

Junto con estos proyectos internacionales se fueron desarrollando sucesivos proyectos financiados por UBA, CONICET y la Agencia I+D+i. Actualmente

Ternavasio. Nora Souto, por su parte, colaboró con la organización de las jornadas de fines de 1993 donde se presentaron los primeros resultados del proyecto.

⁴ Los miembros del Programa que participaron fueron: Noemí Goldman (coordinadora por Argentina), Carlos Cansanello, Gabriel Di Meglio, Alejandra Pasino, Nora Souto y Fabio Wasserman.

gran parte de los miembros del Programa forma parte del Proyecto institucional quinquenal (PUE-CONICET) titulado “Las dimensiones de la desigualdad en la larga duración. Economía, sociedad, cultura y política en el espacio rioplatense, siglos XVI a XX”.

Cuando asumí la dirección del Instituto en 2019, acordamos con José Carlos que me ocuparía igualmente de la coordinación del Programa y él conservaría el lugar distintivo de “miembro fundador.” La pandemia y las múltiples actividades vinculadas con la conmemoración de los 100 años del Instituto en 2021 modificaron nuestras agendas, al mismo tiempo que nos presentaron nuevos desafíos. Dentro de la larga vida del Instituto, nos comprometemos a dar continuidad al Programa y su propia tradición de renovación historiográfica.

Programa de Historia de América Latina (PROHAL)

Ana María Presta y María Elena Imolesi

El Programa de Historia de América Latina (PROHAL) fue creado en 1994 por iniciativa del Dr. Enrique Tandeter, Profesor Titular de Historia de América II (Colonial) de la carrera de Historia de nuestra Facultad de Filosofía y Letras e Investigador del CONICET. El Prof. José Carlos Chiaramonte, entonces Director del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, elevó la propuesta al Decano Dr. Luis Avelino Yanes, siendo aprobada por el Consejo Directivo el 31 de mayo del mismo año. Bajo la dirección de Tandeter, los primeros integrantes del PROHAL fueron Vilma Milletich, Ricardo Salvatore, Ricardo Cicerchia, María Elena Imolesi, Sergio Serulnikov, Fernando Boro y Viviana Grieco. El PROHAL, nacido del entusiasmo y la iniciativa de un historiador excepcional que además era un defensor y fortalecedor de las instituciones académicas públicas, veía la luz en un propicio ambiente historiográfico, dado el notable auge de los estudios coloniales en México y Sudamérica, que se extendía a nuestro medio. En ese contexto, Tandeter buscaba integrar las investigaciones sobre el período colonial andino y rioplatense y, tras ello, articular los proyectos y visibilidad de los integrantes del Programa, proponiéndose ampliar su propuesta para alcanzar a jóvenes investigadores y a estudiantes avanzados de la carrera de Historia, algunos de los cuales entonces integraban el Programa. Para ello, comenzó por desarrollar un seminario que, por un lado, fomentaba la discusión interna de proyectos, informes y trabajos de investigación y, por el otro, convocaba a reuniones periódicas de lectura crítica de bibliografía. Adicionalmente, y dada la circulación de colegas procedentes de

universidades nacionales radicadas fuera de Buenos Aires y de investigadores extranjeros, quienes frecuentaban el entonces vecino Archivo General de la Nación, se los invitaba a presentar y discutir sus trabajos, generalmente acompañados por una bibliografía específica para generar el debate. Esas actividades, que se inauguraron en agosto de 1994 con la discusión de un texto de Ricardo Salvatore, fueron intensas y prolíficas. Convocados por el PROHAL, visitaron el Ravignani y disertaron en su Sala de Investigadores John Fisher, Walter Mignolo, Juan Carlos Garavaglia, Anthony Pagden, Susan Socolow, Roger Chartier, Natan Wachtel, Ruggiero Romano, Eduardo Cavieres, Liliana Lewinski, Donna Guy, Tulio Halperin Donghi, Maurice Aymard, Jan Szeminsky, Alicia Hernández, Marcelo Carmagnani, Joseph Barnadas, Sahid Amin, Silvia Palomeque, Ana Teruel, Ana Inés Punta, y los cercanos Marcelo Cavarozzi, Carlos Astarita, Ana María Lorandi, José Luis Moreno, Jaime Peire y José Emilio Burucúa, entre otros. La asistencia de integrantes del Programa, graduados y estudiantes de nuestra Facultad y colegas de otras casas de estudio cobró densidad y aportó a un estimulante debate historiográfico en la Sala de Investigadores del Instituto que, para esas ocasiones, resultaba colmada.

A fines de la década de 1990, el equipo original se había ampliado con la llegada de Ana María Presta, recientemente doctorada en los Estados Unidos, y tesistas, como Marisa Díaz, Gabriela Braccio, Patricia Fogelman, María Alejandra Fernández, Raquel Gil Montero y Gonzalo Lamana, al tiempo que otros habían partido a cursar sus doctorados en el exterior. Ello ocurría en un momento de transición, donde los posgrados locales cobraban fuerza y continuidad, a lo cual apostábamos los investigadores formados que habíamos regresado a la Argentina con nuestros doctorados finalizados para incorporarnos al Programa y contribuir a su consolidación.

A partir de 1999, la propuesta se amplió a coordinar actividades entre las distintas cátedras y seminarios sobre América Latina de la Facultad. Las cátedras de Historia América I, II y III se reunían por iniciativa del

PROHAL a debatir textos, temas de investigación y contenidos de enseñanza. En 2001, las tres Americanas llevaron a cabo una selección conjunta de adscriptos, numerosos de ellos licenciados y doctorados con Ana María Presta, siendo en la actualidad miembros del Programa, investigadores del CONICET y docentes de la UBA.

Más allá de todas las actividades programadas y las muchas surgidas sobre la marcha, sobre todo cuando sorpresivamente nos visitaban colegas externos al Instituto y la Facultad, el día miércoles se consagró a los encuentros colectivos, hubieran o no charlas o seminarios agendados. Generalmente nos reuníamos en torno al escritorio de Tandeter, un mueble antiguo de madera maciza y cuero que había pertenecido a su abuelo, y que aún conservamos. Nos convocábamos a conversar sobre actividades futuras, proyecciones grupales y personales, participación en congresos y eventos académicos, publicaciones recientes o lecturas que nos hubieran despertado interés. Esas tardes de opiniones, aún si divergentes, eran enriquecedoras y ayudaban a esclarecer y definir prácticas y tomas de decisiones dentro de un equipo que se había consolidado, más allá de los espacios de investigación específicos de los involucrados.

En 2002 Enrique sufrió un deterioro físico que asoció a la herencia genética familiar. Una rápida pérdida de peso y el diagnóstico inicial de diabetes fueron el comienzo de una enfermedad contra la que luchó, sin pausa, casi por dos años. A pesar de su tratamiento, su presencia en el Programa era manifiesta, aún en las últimas semanas de su enfermedad, una instancia que aceptó primero con optimismo y tremendos deseos de vivir, y cuando los pronósticos hicieron decaer la esperanza de mejoría, vivió los tramos finales con enorme dignidad y sin soslayar las que entendía como obligaciones laborales a todo nivel. La partida de Enrique en 2004 sensibilizó a los integrantes del Programa. Habiendo plasmado un ritmo de compromiso y trabajo sostenido a los investigadores del PROHAL, quienes continuamos su tarea fuimos ampliando nuestros propios proyectos e incorporando estudiantes

avanzados y jóvenes graduados al PROHAL, mientras concretábamos el cierre de los proyectos de Tandeter, de los que participábamos gran parte de los investigadores y tesistas.

Ana María Presta se hizo cargo oficialmente de la coordinación del PROHAL meses después de la muerte de Enrique Tandeter. Reconfigurar el Programa no fue, inicialmente, una tarea fácil. Lo primero fue recuperar, cerrar y dar forma a la información demográfica sobre la reconstrucción de familias en la larga duración que había configurado el último gran proyecto de Tandeter y que habían financiado varias instituciones, entre ellas la Fundación Carolina. Luis Acosta y María Fernanda Percovich procesaron el banco de datos construido por Enrique y Carlos Diuk para sintetizar y dar a conocer las prácticas matrimoniales preferenciales y genealógicas entre los indígenas de Sacaca y Acasio (provincia de Chayanta, Charcas) en el siglo XVIII. Su artículo apareció en 2010 en el número homenaje a Enrique Tandeter en nuestro *Surandino Monográfico*, revista del Programa que intentó ser un soporte de difusión de las investigaciones sobre los Andes meridionales.

Por otro lado, la primera década del siglo XXI comenzó a exhibir la centralidad de los estudios tardo coloniales asociados a las independencias, justamente en los albores de los bicentenarios. Quienes desarrollaron sus investigaciones sobre la última etapa colonial se inclinaban a prolongar sus estudios sobre la pre-independencia, distanciándose de las investigaciones sobre los inicios y consolidación de la colonia. Más allá de ello, el Programa persistió en su perfil latinoamericanista, temprano colonial y de valoración multidisciplinar, incorporando a jóvenes graduados que, luego del 2002 y tras haber cursado un Seminario Anual de Tesis sobre temas y problemas de la Historia Andina temprano colonial dictado por Ana María Presta, redactaron sus monografías, diseñaron sus planes de trabajo y dieron forma a sus investigaciones para cerrar el grado y avanzar en sus posgrados. Con becas del CONICET y la UBA, esos iniciales tesistas de grado incorporados al Programa devinieron en doctores por la UBA en nuestra Facultad entre

2010 y 2012, recibieron becas posdoctorales y en la actualidad se desempeñan como Investigadores del CONICET en el PROHAL, mientras ejercen la docencia en Historia de América I y el Ciclo Básico Común de la UBA. Los temas de trabajo de Sergio Angeli, María Carolina Jurado, Fernanda Molina, Ariel Morrone, Guillermina Oliveto y Ana María Presta enfatizan la vitalidad de la jurisdicción de Charcas en el diseño político administrativo del espacio surandino, abocándose a la indagación de los problemas de la justicia y los oficiales reales que la representaron en el contexto de la Real Audiencia de Charcas, foco de la problemática urbana hispano mestiza y los itinerarios migratorios, el desarrollo material y mercantil, las estrategias de supervivencia y reproducción social de los colectivos indígenas, la perduración de las formas políticas y prácticas resignificadas de las sociedades prehispanicas, las formas de negociación, adaptación y resistencia indígenas, la configuración de nuevas y la recuperación de viejas territorialidades y los procesos de construcción de las sexualidades y los géneros que perfilaron las interacciones de los actores sociales en los Andes del sur. Un nutrido grupo de estudiantes avanzados de la carrera de Historia y tesis de grado y posgrado atienden a nuestros seminarios y jornadas de trabajo, a la vez que acompañan y expanden las investigaciones de un equipo comprometido con la formación de jóvenes historiadores y la continuidad, bajo diferentes ejes analíticos, de las investigaciones en la temprana colonia.

La problemática evangelizadora y el contacto español indígena en el contexto misional con una mirada sociocultural signaron las preocupaciones de María Elena Imolesi, la más antigua integrante del Programa, quien a la fecha continúa renovando los estudios jesuítico guaraníes, habiendo avanzado en la conformación familiar, las dispensas matrimoniales y la reclusión femenina en contexto reduccional, a más de incursionar en la historiografía sobre los jesuitas y los principales investigadores de la orden. Imolesi interactúa con los jesuitólogos y grupos de trabajo como RELIGIO (*Grupo de Estudios de Historia de la Iglesia*) asimismo inserto en el Instituto Ravignani, otra manera de articular trabajo y actividades con equipos afines, lo cual

incentivamos desde el PROHAL, a fin de interactuar, aportar y aprender de distintos colectivos.

Patricia Fogelman, quien por casi una década, desde 2002, enfatizó los estudios de religiosidad y poder tras el GERE (Grupo de Estudios sobre la Religiosidad y la Evangelización) fue responsable de *Vitral Monográfico*, soporte virtual de su equipo de trabajo abierto a prestigiosos investigadores locales y extranjeros, a la vez que fue organizadora de reuniones internacionales sobre las prácticas religiosas de los actores sociales coloniales en perspectiva multidisciplinaria.

En 2002 se incorporó al PROHAL en calidad de becaria posdoctoral Laura Quiroga, iniciando un ciclo de apertura hacia la arqueología histórica, aportando miradas y lecturas que cumplimentaban las inquietudes y preguntas de investigación de los integrantes del Programa. A través de textos y contextos arqueológicos, Quiroga se propuso abordar la ocupación colonial en la jurisdicción de Londres (Gobernación de Tucumán), área rebelde que retardó la presencia española y la explotación de recursos, aunque tras las huellas materiales de las excavaciones se verifican relaciones interétnicas que despejan los supuestos aislamientos y contribuyen al armado de otro escenario que el bélico en el siglo XVII. Ese tema se completa con las interacciones valle y puna que, miradas desde Antofagasta de la Sierra y el valle del Bolsón en Catamarca, buscan rescatar las interacciones y experiencias de los actores entre los siglos XI y XVIII. Un conjunto de tesis de grado y posgrado acompaña y amplía los temas de Quiroga, quien también recibe en el Programa a conservadoras de materiales a la vez que colabora con las excavaciones del Cabildo de la ciudad y con el Instituto de Arqueología y el Museo de la Universidad de Tucumán.

Numerosos proyectos financiados por instituciones oficiales, como la UBA, el CONICET y el Ministerio de Ciencia y Tecnología y su Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, hoy Agencia Nacional de Promoción de

la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación cohesionan los equipos, fomentan su crecimiento y los consolidan junto a la exposición de los resultados de sus investigaciones en foros nacionales e internacionales que dan cuenta de su trayectoria y prestigio en los temas y problemas coloniales que tienen al PROHAL y sus integrantes como referentes. En los últimos años, integramos a nuestros proyectos a investigadores de otras unidades académicas del país con quienes guardamos relaciones a partir de haber participado en su formación académica y compartir problemas de trabajo en jurisdicciones coloniales cercanas, que ameritan abordajes similares y con los mismos paradigmas. De hecho, reuniones científicas específicas como las Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia, los Congresos de la Asociación de Estudios Bolivianos, Congresos de Arqueología Argentina, Encuentros de la Asociación Argentina de Profesores e Investigadores de Historia del Derecho, Jornadas de Historia Moderna y Contemporánea, Jornadas de Estudios Coloniales y Modernos, Congreso de la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social (ALHIS), Congresos de LASA y AHILA, Congresos Internacionales de Americanistas, Congreso Internacional de Etnohistoria, Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y Congreso Iberoamericano de Género, Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social, Congreso Internacional Familias y Redes Sociales, entre otros tantos encuentros, se constituyen en espacios de presentación de resultados, validación de propuestas y articulación con grupos afines.

A más del dictado de seminarios y talleres que permiten la circulación y el trabajo conjunto con jóvenes investigadores, paulatinamente incorporados a nuestros proyectos y al Programa, la tradición de las reuniones de los miércoles es un clásico que supimos extrañar durante los dos años de aislamiento en pandemia y que acabamos de retomar con igual entusiasmo. La hora del té del miércoles es un ámbito de intercambio de información, de propuestas y de discusión de temas de trabajo que nos convoca

desde hace más de dos décadas, aunque los participantes sean otros y los problemas dispares.

A veintiocho años de su creación, el PROHAL resalta en su coherencia de trabajo en equipo con profesionales prestigiosos cuyas investigaciones y resultados están disponibles en los sitios institucionales nacionales y extranjeros y en los grandes soportes internacionales que dan cuenta de su prolífica y sostenida actividad.

Programa de Investigaciones en Historiografía Argentina (PIHA)

Nora Pagano

Por Resolución 4681 del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires (UBA), el 12 de octubre de 1994, se creaba en el ámbito del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (IHAYA), el *Programa de investigaciones en historiografía argentina* (PIHA). En los siguientes renglones procuraremos reseñar los principales factores que posibilitaron esa creación.

Según quien sería su primer Director –el Dr. Fernando Devoto–, el impulso creativo procedió de la cátedra de *Teoría e Historia de la Historiografía* de la mencionada Facultad, cátedra que estaba a su cargo. El programa de la materia contenía dos innovaciones significativas respecto de los precedentes: un recorte temporal que enfatizaba un cuadro cronológico relativamente corto, y la incorporación de la historia de la historiografía argentina. Tal incorporación exhibía elocuentemente la importancia concedida a esa temática, que de modo gradual se fue profundizando, ampliando y consolidando desde fines de los '80.

De ello daba cuenta el proyecto “Estrategias institucionales y formación académica de las corrientes historiográficas argentinas. 1906-1966” que contó con un subsidio procedente de la UBA y aquellos concedidos por el CONICET. Dicho proyecto se desarrolló entre 1989-1990 en el IHAYA por hallarse allí una buena parte del material heurístico empleado; de este modo

se iniciaba para el grupo el abordaje sistemático sobre aspectos significativos de la historiografía argentina.

Tres logros a destacar a partir de entonces: obtención de becas que posibilitaron investigaciones individuales y tesis post graduales; a su vez ello implicó la profundización y ampliación de las temáticas a indagar, así como el establecimiento de vínculos académicos con otras instituciones y especialistas del área como los procedentes de la Universidad de Rosario, la Di Tella, y la uruguayana Universidad de la República.

En este contexto de expansión deberíamos colocar el primer anclaje institucional de lo que luego sería el PIHA: el *Centro de estudios sobre historiografía contemporánea* bajo la coordinación de Fernando Devoto y con sede en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Algunos de sus miembros formarán luego parte del Programa.

Corría 1992, durante ese año y el siguiente, desde el *Centro* se desarrolló una intensa actividad académica centrada en dos direcciones: por un lado aquella referida a los ámbitos historiográficos francés e italiano; textos como “*La historiografía francesa contemporánea*” (1993) y “*La historiografía italiana contemporánea*” (1994), ilustran bien esta línea. Por otro, deben destacarse las indagaciones sobre historiografía argentina; ese campo de estudios, cristalizó a través de sendas compilaciones de 1993-1994: “*La historiografía argentina en el siglo XX*” (I y II) inicialmente editadas por CEAL y luego unificadas en un solo volumen. Esos pequeños libros contribuyeron a desarrollar investigaciones sistemáticas en torno de la historia de la historiografía argentina; varios de los artículos que los componen se constituyeron en “clásicos” en la medida que contenían los cimientos sobre los cuales se asentaría el edificio historiográfico local.

En tanto, se asistía a una notable articulación de redes académicas que por entonces ligaron a investigadores/as del *Centro* con sus pares de las

Universidades de La Plata, del Centro, y de San Andrés, tal como lo exhiben sobradamente las compilaciones antes reseñadas. Paralelamente los vínculos mantenidos con estudiosos extranjeros favorecieron intercambios, estadias y agendas intelectuales compartidas.

Como se señalara al principio de este texto, munido de estos antecedentes, F. Devoto propuso al por entonces Director del IHAYA –el profesor José Carlos Chiaramonte– la creación de un programa de investigaciones sobre historiografía argentina. Transmitida esta propuesta al Decano de la Facultad –el profesor Luis Yáñez–, la Comisión de Investigación y Posgrado de la Facultad en su sesión del 31 de agosto de 1993 aconsejó su aprobación, que finalmente cristaliza en la Resolución 4681 ya reseñada; a partir de entonces la dirección del PIHA fue ejercida por el Dr. Fernando Devoto con la coordinación de Mg. Nora Pagano.

Resulta necesario enfatizar en la renovación practicada por entonces en el IHAYA en el contexto de la consolidación democrática y la consiguiente “refundación de las instituciones universitarias”. En tal sentido resultaron fundamentales los rumbos impresos a la dirección por parte de José Carlos Chiaramonte; en efecto, a partir de los inicios de su gestión, se favoreció el fortalecimiento de equipos de investigación mediante el sostenido incremento del número de nuevos investigadores y de áreas de trabajo. Estos factores darían, a su vez, lugar a la conformación de los Programas y Seminarios de Investigación; esta y otras iniciativas centradas en la reorganización institucional, sumadas al desarrollo interno del grupo de “historiógrafos”, enmarcan la creación de nuestro Programa.

Como fuera dicho, desde sus inicios, sus miembros han llevado adelante una intensa tarea de investigación y difusión en torno de la historiografía argentina, temática escasamente transitada hasta entonces. En efecto, se trataba de un área de los estudios históricos en buena parte desatendida en nuestro medio; la actividad desplegada desde el PIHA contribuyó al

desarrollo de la especialidad de manera sostenida y continua. En tal sentido debe resaltarse el rol desempeñado por el primer Director del PIHA en cuanto artífice de una vasta red académica que vinculaba estudiosos del exterior e interior del país.

Los intercambios intelectuales, que tuvieron lugar durante los encuentros más o menos formalizados con pares del país y fuera de él, posibilitaron una nutrida actividad académica. En ese sentido los proyectos ocuparon un lugar central en la producción de saberes; los resultados de esas investigaciones fueron difundidos a través de las numerosas publicaciones, sean libros, artículos, ponencias. La organización y participación de y en eventos científicos como seminarios, jornadas y congresos de carácter nacional y también internacional, permitió confrontar el caso estudiado por los miembros del grupo con la producción de otros historiadores que se ocupaban paralelamente de temáticas afines en otras universidades nacionales y extranjeras.

A modo de ejemplos, citaremos algunos emprendimientos colectivos que tuvieron lugar hasta 2010.

Los proyectos de investigación colectivos dirigidos por Devoto se centraron en las sucesivas programaciones UBACyT entre 1995 y 2010; sus temáticas fueron: *La formación de la historiografía académica en la Argentina. 1896-1943: la Facultad de Filosofía y Letras en una perspectiva comparada*; *La historiografía académica en la Argentina: ideas, redes e instituciones. 1939-1971*; *La historiografía académica y la historiografía militante en la Argentina. Ideas, redes, debates y fronteras (1956-1983)*; *La historiografía de los últimos veinte años*; *El ensayo histórico y la historiografía en el siglo X*.

Tales investigaciones dieron lugar a algunas publicaciones –también colectivas– como los libros *La historiografía rioplatense en la posguerra* (2001); *La Historiografía académica e historiografía militante en la Argentina y Uruguay* (2004); *Historiadores, ensayistas y gran público* (2010).

A ellos debería sumarse los *Estudios de historiografía* editados por Biblos a fines de los '90; estos textos contenían artículos de miembros del grupo; tales artículos consistían generalmente en avances de investigaciones o bien en parte de las mismas, las cuales solían reflejar el abordaje a distintos temas así como en empleo de diversas perspectivas analíticas.

Algunos historiadores extranjeros que pasaron por el Programa como comentaristas, o bien disertantes, fueron entre otros R. Romano, J. Revel, F. Hartog, G. Levi, M. Gribaudi, M. Aymard, C. Aguirre Rojas, S. Loriga, J. A. Gallego y C. Zubillaga. El PIHA contó asimismo con la participación de historiadores locales como J. C. Chiamonte, T. Halperin Donghi, E. Gallo, J. C. Torre, E. Hourcade y V. Tau Anzoátegui.

Hacia fines de la primera década de nuestro siglo tuvieron lugar un conjunto de cambios en el IHAYA y en el PIHA; en el primer caso es relevante referir la doble dependencia –de la UBA y del CONICET– que el Instituto revisió a partir de entonces. Ello significó, entre otras cosas, una ampliación significativa de sus actividades académicas, número y procedencia de sus investigadores/as. Con respecto al Programa, Nora Pagano reemplazó a Fernando Devoto; visto a la distancia, acaso no resulte casual que esta primera etapa del PIHA culmine con un libro de ambos historiadores que refleja en buena parte las investigaciones realizadas durante la misma: *Historia de la historiografía argentina*. Más allá de los diversos rumbos emprendidos por su primer *staff*, el PIHA actual es heredero de una tradición en la que integran algunas innovaciones demandadas por los nuevos tiempos. Se abría otra etapa en la que la Mg. Martha Rodríguez se desempeña en calidad de co-coordinadora y jóvenes historiadores/as conforman el elenco de investigadores formados y en formación, becarios y asistentes.

Como en el caso anterior, los proyectos de investigación ocupan un lugar importante en la construcción de saberes; todos ellos tienen al IHAYA como

lugar de trabajo, a N. Pagano como Directora, y a los miembros del PIHA como algunos de sus integrantes.

Así, desde 2011, el Programa contó con dos proyectos; sus denominaciones dan cuenta de los intereses predominantes. Uno corresponde a la programación UBACyT de entonces y que fue continuado en la siguiente: *Patrimonio histórico y conmemoraciones en una perspectiva secular. Entre la Historia y los usos públicos del pasado*.

También ese año fue acreditado en la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica. ANCYT-FONCYT el proyecto *Cuatro pasados en cuatro presentes. La cultura histórica argentina entre dos siglos*. Ambos proyectos estaban vinculados entre sí, aunque cada uno acentuaba aspectos distintos de una conceptualización alternativa respecto de la problemática historiográfica: la cultura histórica. En un caso se enfatizaba en las dimensiones de esta última y sus entrecruzamientos en cuatro coyunturas; en otro se estudiaban dos manifestaciones de dicha cultura –patrimonio y conmemoraciones–, y su relación con la fórmula habermasiana “usos públicos del pasado”.

Va de suyo que el tratamiento de estas temáticas ocuparon gran parte de las actividades del PIHA; tres textos colectivos lo ilustran sobradamente: *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado. La elaboración social de la experiencia* (2014); *Episodios de la cultura histórica argentina. Celebraciones, imágenes y representaciones del pasado Siglos XIX y XX* (2015); *Patrimonio histórico, conmemoraciones y usos del pasado argentino* (2017).

Resta señalar que esta producción fue en gran parte el resultado de sendas jornadas organizadas para favorecer intercambios; nos referimos a las “II Jornadas Internacionales Historia, Memoria y Patrimonio: Las conmemoraciones en una perspectiva comparada” (Buenos Aires, 2013); “Imágenes de

la cultura histórica: monumentos, conmemoraciones y apropiaciones del pasado argentino” (Tandil, 2014).

La otra línea de investigación se inserta en el área de la historiografía argentina reciente.

Dos décadas de actividad historiográfica en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”. La gestión de Ricardo Caillet Bois (1956-1973; 1976-1977)”, es el título de un proyecto acreditado en el Programa “Historia y Memoria” de la UBA coordinado por el Dr. Pablo Buchbinder. El mismo se desarrolló durante el bienio 2017-2018 y procuró contribuir a la profundización de la historia institucional; asimismo, se propuso indagar las modalidades asumidas por una historiografía “tradicional” en medio de un clima renovador y contestatario.

Este último punto fue afrontado en el proyecto UBACyT acreditado en 2018 y actualmente prorrogado, *La actividad académica en el área de Ciencias Sociales en la Argentina entre los años '60 y '80: elencos, producción, instituciones, redes, publicaciones*. Efectivamente, explicar este proceso implica analizar la trayectoria historiográfica –escasa y parcialmente abordada– en la que coexistieron líneas tradicionales y no tradicionales. Se trata básicamente de una indagación sobre los modos de historiar en nuestro medio que abarcan las décadas del 1960, 1970 y 1980, procurando en cada caso abordar tanto actores individuales cuanto colectivos, así como establecer las características y dinámicas propias de un campo historiográfico diverso y complejo. Su hipótesis central consiste en pensar que la reconfiguración del campo académico de las Ciencias Sociales a partir de la transición democrática es, en buena medida, inescindible de una serie de procesos que se configuran en la década del '60 y se acentúan durante la siguiente, catalizados por la última dictadura. Analizar las características de ese campo académico iluminaría, de esta manera, los procesos de

reprofesionalización y las dinámicas de renovación intelectual producidas en las ciencias sociales a partir de mediados de los años 80'.

Algunos avances sobre la historia del IHAYA fueron publicados en el número 50 de *Trabajos y Comunicaciones* de la Universidad de La Plata (2019). Por su parte, el número 55 del *Boletín* del IHAYA (2021) refleja algunos aspectos de la historia reciente de dicha institución. Ellos están profundizados en el libro editado por EUDEBA y que actualmente se halla en prensa.

Respecto de la otra indagación, resulta pertinente citar las sesiones del Tercer Congreso Latinoamericano de Teoría Social, en el que el grupo de investigadores del PIHA presentó la labor historiográfica desarrollada desde los centros privados en la década de los '70. Esta investigación resultó relevante a la hora de explicar instituciones, problemáticas, elencos y redes que vincularon la producción historiográfica correspondiente a los tiempos dictatoriales y aquellos de la transición democrática.

Consecuentemente ambos proyectos se articulan a fin de proporcionar una imagen de conjunto, que permite restituir la diversidad y complejidad que reviste el movimiento historiográfico en las décadas previas a la recuperación democrática.

La formación de recursos humanos es verificable a partir de la dirección de numerosas tesis de grado y postgrado; ellas fueron defendidas exitosamente por parte de sus autores/as pertenecientes o no al PIHA pero todos interesados en la historiografía argentina. Asimismo, el Programa fue sede de postdoctorados vinculadas con problemáticas históricas trabajadas en el mismo.

Como tarea de extensión, resultó de interés el ciclo de conferencias abiertas que tuvieron lugar antes de la pandemia –y que aspiramos retomar–. Con una frecuencia mensual, especialistas en diversas temáticas referidas a la historia argentina expusieron sus respectivas investigaciones; esas exposiciones

estuvieron a cargo de A. Freijomil, P. Ortemberg, M. Franco, C. Herrera, D. Lvovich, T. Sansón Corbo, V. Carnovale y G. Swiderski.

Tal es en una apretada síntesis, la historia del Programa de Investigaciones en Historiografía Argentina.

El PEHESA: recorrido personal de una historia coral

Hilda Sabato

En este 2022 se cumplen treinta años de la incorporación del Programa de Historia Económica y Social Americana, el PEHESA, al Instituto Ravignani y hoy me toca evocar algunos hitos de su historia, que en realidad comenzó tiempo antes, allá por 1977.¹ Y para empezar, quisiera recuperar aquí esa trayectoria anterior, que nos marcó decisivamente como grupo.

Punto de partida

Los orígenes de nuestro Programa se remontan a los años más oscuros de la última dictadura militar, caracterizados por la represión sistemática ejercida en todos los planos y, en particular, sobre los campos científico y cultural. Ante esa situación crítica, se organizaron en el país diversos grupos que, por fuera de los ámbitos institucionales controlados por el régimen, sostuvieron la producción libre de conocimiento y el debate intelectual. Se formaron entonces diversos centros de investigación en el área de las ciencias sociales, y en el marco de uno de ellos, el Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA), un grupo de historiadores creamos en agosto de 1977 el PEHESA, como espacio para impulsar la reflexión y el

¹ Agradezco las sugerencias de Claudio Belini, Laura Cucchi y Juan Carlos Korol a una versión preliminar de este texto.

estudio en el campo de la historia social.² Por entonces, ese campo figuraba a la vanguardia de la innovación historiográfica, pero en la Argentina había quedado marginado de la agenda de investigación y los currículos universitarios. Se trataba de recuperar así parte de los esfuerzos que en la década anterior habían realizado algunos historiadores pioneros en ese terreno, como José Luis Romero, Tulio Halperin Donghi, Ceferino Garzón Maceda, Ofelia Pianetto, Aníbal Arcondo y Sempat Assadourian, entre otros.

El programa pronto se convirtió en un espacio de investigación y formación para sus miembros, en el que además confluían estudiosos de la historia y disciplinas afines en reuniones periódicas de debate e intercambio intelectual. En los cada vez más concurridos “Seminarios de los jueves” invitábamos a colegas locales o que estaban de paso por Buenos Aires a presentar y discutir sus trabajos con nosotros y todos los que se sumaban habitualmente a la conversación colectiva. En un contexto opresivo muy difícil para ese tipo de actividades, el PEHESA contó no solo con el respaldo institucional del CISEA sino también con el apoyo de investigadores destacados, referentes para nuestra labor, que se sumaron a su Consejo Asesor.³ También, recibió contribuciones de benefactores privados y algunos subsidios de instituciones internacionales que por entonces colaboraban con el sostenimiento de la investigación social que se hacía por fuera de los ámbitos oficiales controlados por la dictadura.

En un ambiente de entusiasmo y compromiso, a pesar de las restricciones del momento, los miembros del PEHESA pusimos en marcha varios proyectos

² Integraron inicialmente el PEHESA: Leandro Gutiérrez, Luis Alberto Romero, Juan Carlos Korol, Hilda Sabato, Miriam Trumper, José Luis Moreno, Haydée Gorostegui, Enrique Bourges y Fernando Suárez. Más tarde y luego del alejamiento de los cuatro últimos, se sumó Ricardo González. Con el fin de la dictadura, el programa se amplió para incorporar a Fernando Rocchi, Mirta Lobato, Juan Suriano y Beatriz Sarlo.

³ El Consejo Asesor estuvo formado por Jorge Balán, Horacio Giberti, Tulio Halperin Donghi, Jorge Enrique Hardoy, Alfredo Lattes, John Lynch, Richard Morse, Jorge Federico Sábato y Gregorio Weinberg.

unidos en torno de una preocupación común por los procesos de constitución de las sociedades modernas latinoamericanas, a partir de mediados del siglo XIX y hasta entrado el siglo XX. Muy influidos por los cambios que estaba experimentando la historia social de los años 70, y bajo el liderazgo intelectual de Leandro Gutiérrez, concentramos nuestras investigaciones en torno a la cuestión de la formación y transformación de los sectores populares en la Argentina de ese período, con proyectos específicos sobre mercados de trabajo, experiencias y condiciones de vida de las clases trabajadoras, la historia de los inmigrantes y la cultura urbana, entre otros. Combinábamos el esfuerzo personal con la labor colectiva, articulando la investigación en equipo con la formación a través de seminarios internos de lectura y discusión, y con el diálogo con colegas de grupos semejantes.⁴

El clima de trabajo cambió sustantivamente a partir de 1984, cuando la recuperación de la vida democrática abrió el camino para la reinserción de nuestro trabajo en el ámbito público. Así fue que varios de los integrantes del PEHESA nos incorporamos a la Universidad de Buenos Aires y al CONICET, repartiendo nuestras tareas entre ambos espacios. Viví ese momento en clave fundacional: para muchos de quienes nos reintegramos entonces a la vida universitaria, se trataba de reformar las instituciones públicas, de convertirlas en espacios de actividad científica genuina, de ponerlas a la altura de los tiempos. Con fervor creativo buscamos innovar en todos los planos, desde la enseñanza a la vida institucional, con un fuerte compromiso con la producción de conocimiento y, por lo tanto, con la investigación. Como muchos de mis colegas, debí a la vez organizar y coordinar actividades de cátedra, participar de la gestión de gobierno universitario (que recuperó la autonomía) en diferentes instancias, diseñar y poner en marcha proyectos y equipos de investigación. Nuestra actividad

⁴ Sobre la trayectoria del PEHESA en esos años iniciales ver María Cecilia Gascó: “Los grupos de estudio durante la última dictadura. Creación y primeros años del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA), 1977-1983”. Tesis de maestría, Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2019.

en el PEHESA se fundía cada vez más con nuestra vida universitaria, por lo que finalmente decidimos solicitar su incorporación institucional a la Universidad de Buenos Aires.

Así, en 1992 y por convenio entre las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de la UBA –en las cuales nos desempeñábamos como docentes–, el Programa pasó a formar parte de esa alta casa de estudios, con sede en el Instituto Ravignani, institución a la que ha quedado vinculado desde entonces.

La nueva casa

Cuando nos “mudamos” a la UBA, el Programa se instaló en el edificio de Puan 480, en dos oficinitas del cuarto piso. Pudimos así contar con un espacio físico que, aunque reducido, resultó fundamental como lugar de referencia, de asiento de la biblioteca y los papeles del grupo, de reunión de sus miembros y encuentro con colegas y estudiantes, y de radicación de la coordinación. Hasta 1998, esa función estuvo a mi cargo, y luego –sucesivamente– de Mirta Lobato, Luis Alberto Romero, Juan Suriano, Claudio Belini y Laura Cucchi.⁵

En los años que siguieron, el PEHESA mantuvo su perfil original: un colectivo de historiadores formados y en formación, plural en términos etarios y de género, nucleados en torno de una temática común: los procesos de transformación social, cultural, económica y política de la Argentina y América Latina desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días. Y junto con ello, reafirmó su compromiso como empresa intelectual plural, creativa y abierta. En esa dirección, se continuó con la práctica habitual de reunir a investigadores locales y del exterior, formados y en formación, de diferentes

⁵ Entre 1998 y 2018 el Programa contó con la decisiva colaboración de Silvia Badoza como secretaria académica.

especialidades y orientaciones, en seminarios de discusión de problemas y perspectivas. Al mismo tiempo, se produjeron cambios importantes: el Programa renovó, amplió y diversificó sus campos de investigación, expandió su planta de investigadores, y multiplicó sus vínculos con otras instituciones y colegas de la Argentina y de otros países del mundo.⁶

La historia social, núcleo en torno al cual se ordenó el PEHESA en sus inicios, fue cediendo paso a otras ramas del saber histórico, en consonancia con cambios historiográficos más generales que renovaron nuestra disciplina. Así, a partir de los años 90, se continuó con los trabajos sobre formación de las clases populares, incorporando nuevos enfoques, vinculados a la historia cultural y política y a la perspectiva de género. Al mismo tiempo, se fortaleció el área de historia económica, con énfasis en la temática del desarrollo y transformaciones de la industria y foco en las relaciones de producción y trabajo en las empresas. La historia política argentina y latinoamericana de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX constituye una tercera área de investigación, que incorpora interrogantes y puntos de vista novedosos y ofrece interpretaciones originales sobre la política del período. Por su parte, la historia cultural de la prensa en sus diferentes dimensiones ocupa un lugar muy destacado en la agenda del Programa, con varios proyectos concluidos y otros en marcha, que se ubican en el cruce entre los estudios sobre literatura, periodismo y otros medios de comunicación. A estas áreas de trabajo se ha sumado más recientemente una preocupación por la historia cultural y política de la guerra que, con base en las repercusiones de Primera Guerra Mundial en la Argentina, se proyecta hacia otros períodos y geografías.

Con la multiplicación de campos de estudio y la ampliación de su planta, el Programa adquirió una dinámica diferente a la original, pues ahora congrega a grupos de investigación que, aunque reunidos por un proyecto intelectual

⁶ Un listado de los actuales miembros del PEHESA y de los proyectos en curso se encuentra en el sitio web del Instituto Ravignani (<http://ravignani.institutos.filo.uba.ar/pehesa>).

e institucional compartido, realizan actividades y trabajan sobre temáticas diversas. En ese tránsito, lo que se ha perdido en coherencia interna, se ha ganado en otros terrenos, relacionados con la productividad intelectual, el intercambio interno y con otros grupos del Instituto Ravignani, la diversidad de enfoques y perspectivas de análisis, y la expansión de articulaciones hacia afuera. Este perfil plural ha favorecido los cruces con otros campos del saber –como la literatura, la filosofía política, la economía, los estudios de género, la sociología de la cultura y de las religiones, entre otros– que estimulan miradas inter y transdisciplinarias.

La labor conjunta se ve, sin embargo, dificultada por las conocidas carencias en materia de infraestructura –edilicia y de equipamiento– que nos limitan en la posibilidad del diálogo cotidiano y la colaboración en el lugar de trabajo. Por más que combinemos imaginación, esfuerzo y voluntad para sortear esas limitaciones, ello no alcanza para paliar sus efectos en términos del funcionamiento en equipo.

A futuro

Desde su creación en una etapa trágica de nuestro pasado reciente hasta su consolidación actual en tiempos democráticos en el seno de uno de los centros más prestigiosos de la Universidad de Buenos Aires, el PEHESA ha sido parte de la agitada vida institucional argentina. También, ha participado de las profundas transformaciones que ha experimentado la historiografía a lo largo del último medio siglo. A diferencia de los oscuros años 70, hoy contamos con decenas de grupos de investigación en historia, la mayoría con inserción universitaria y apoyo estatal, que cubren buena parte de la geografía del país. El desarrollo de nuevas áreas de estudio y perspectivas de análisis ha modificado radicalmente el campo, ampliando temáticas y diversificando enfoques. Al mismo tiempo, la institucionalización ha dado lugar a rutinas y rigideces que no siempre alientan la innovación.

En ese marco, desde sus comienzos nuestro Programa ha contribuido sostenidamente a la renovación de la disciplina. Quienes fundamos el grupo pronto fuimos acompañados por nuevas camadas incorporadas a la vida académica.⁷ En mi caso, al igual que varios de mis compañeros originales, continué como integrante del Consejo Honorario, pero el grueso de las actividades del PEHESA hoy está a cargo de nuevas generaciones de investigadoras e investigadores que han tomado la posta con un compromiso fuerte con la creación de conocimiento y la innovación historiográfica. También, con la tarea institucional en el seno del Ravignani y más en general, del sistema universitario y científico público. El futuro de esta empresa intelectual está, pues, en muy buenas manos. En una clave más personal, agregó que por casi medio siglo el PEHESA ha sido mi lugar de pertenencia como historiadora, mi casa. Y espero que lo siga siendo...

Marzo 2022

⁷ En el camino, perdimos a dos colegas entrañables: en 1992 desaparecía prematuramente Leandro Gutiérrez, uno de los creadores y animadores del PEHESA original, y en 2018, fallecía de manera repentina Juan Suriano, activo integrante del grupo y referente de la historia social argentina.

El Programa de Estudios Rurales (PROER) y la Red de Estudios Rurales (RER)

Raúl O. Fradkin

El Programa de Estudios Rurales (PROER) fue formalmente reconocido por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en octubre de 1999. Surgió por iniciativa de Jorge Gelman y José Luis “Pepe” Moreno, contó con el entusiasta apoyo de José Carlos Chiaramonte quien por entonces dirigía el Instituto y reunió en sus comienzos a once investigadores.¹ Creo que conviene detenerse un momento en esta convergencia. “Pepe” ya contaba con una larga trayectoria investigativa y era quien había impulsado una línea de investigación que habría de demostrar toda su potencia y fertilidad no solo para los estudios rurales sino para el conjunto de la historia social: la demografía histórica y, desde ella, estaba desbordando sus alcances para impulsar en nuestro país un campo tan poco transitado como era la historia de la familia. Jorge desplegaba por entonces un sistemático esfuerzo destinado a retomar y replantear los modos de hacer historia económica en general y, en particular, la historia agraria rioplatense a las que contribuyó con algunos de los libros que más influyeron en su renovación. Y José Carlos estaba sumido en una tarea que solo su capacidad y su perseverancia haría posible que se concretara: revitalizar y convertir al Instituto Ravignani en

¹ No puedo resistir la necesidad de mencionarlos quiénes éramos. Además de Jorge y Pepe participábamos de la iniciativa María Elena Barral, Julio Djenderedjian, Judith Farberman, Gladys Perri, María Inés Schroeder, Silvia Ratto, Daniel Santilli, Roberto Schmit y quien escribe esta evocación.

un foco central de la renovación historiográfica que estaba en desarrollo en esos años y convertirlo en un ámbito abierto y atractivo.

Mirados desde hoy los objetivos iniciales del programa eran tan modestos como ineludibles. Cuando en noviembre de 1998 se presentó el proyecto de constituir el programa solo presentaba como su objetivo principal uno tan sencillo como desafiante: “promover el desarrollo de los estudios de historia sobre el mundo rural del territorio argentino”. A poco de andar, se demostró que alcanzarlo era un desafío enorme y que, a la vez, se evidenciaría limitado pues los proyectos que cobijó el PROER y las actividades que impulsó estuvieron inspirados y animados por la firme convicción de inscribir firmemente las investigaciones sobre la historia rural argentina en las tendencias y debates que atravesaban a la historiografía agraria y rural internacional y, particularmente, en la latinoamericana. No era una demostración de voluntarismo, aunque sin el optimismo de la voluntad y la prepotencia del trabajo hubiera sido inviable: se partió de constatar que en los quince años precedentes estaba en curso en la Argentina una intensa multiplicación de las investigaciones en historia agraria, que ellas habían enunciado nuevos interrogantes y problemas y que además se estaba ensayando un uso muy renovado de herramientas conceptuales, metodológicas y heurísticas y la exploración decidida de cuerpos documentales hasta entonces escasamente explorados, al menos, sistemáticamente. Pero esa multiplicación no encontraba por entonces un ámbito adecuado para potenciarse en la UBA aunque la experiencia que desde mediados de 1995 veníamos desarrollando a través de la Red de Estudios Rurales atestiguaba fehacientemente que las condiciones estaban dadas y lo hacían necesario.

De esta manera, la RER y el PROER surgieron en conjunto y se nutrieron mutuamente. No puedo, entonces, dejar de señalar que ambas iniciativas contaron desde antes que adquirieran formato institucional con el apoyo y la entusiasta colaboración de investigadores que, sin pertenecer al Instituto, fueron imprescindibles. Son muchos y muchas pero algunos resulta ineludible

mencionarlos. Juan Carlos Garavaglia fue un animador insustituible de cada iniciativa y nos estimuló –en rigor, mejor sería decir que nos forzó– a imaginar que desplegarlas era tan posible como necesario. Raúl Mandrini y Eduardo Míguez fueron colaboradores frecuentes y con ellos, así como con el resto de los investigadores del IEHS, mantuvimos una relación tan estrecha sin la cual ni la RER ni el PROER hubieran sido posibles. Y Osvaldo Brasky fue otro generoso y entusiasta partícipe que tanto nos ayudó a superar la estrechez de nuestras miradas.

La Red de Estudios Rurales comenzó a formarse en abril de 1995 con la intención de darle forma institucional y continuidad a una práctica que ya veníamos realizando: reunirnos para discutir trabajos de investigación en curso y someterlos a un debate franco y abierto y cuando era necesario también fervoroso. Sin embargo, en un principio, era tan solo una iniciativa tentativa pero fue la riqueza de los intercambios que suscitó la que la tornó persistente y enormemente fructífera. Tuve la suerte que Jorge y Pepe tuvieran la generosidad de invitarme a participar de su coordinación y luego de compartir esa tarea con Julio Djenderedjian y Sol Lanteri.

Formar parte de la RER y participar de sus encuentros no ofrecía ninguna otra ventaja y utilidad que ser parte de un intercambio entusiasta, enriquecedor y por momentos apasionado en el que intervenían tanto investigadores formados de muy larga trayectoria y reconocimiento internacional como jóvenes que recién se estaban iniciando. No era poco para un ámbito como el académico que suele ser muchas veces extremadamente individualista y no pocas mezquino. Lo que la RER y el PROER ofrecían, en cambio, era la posibilidad de un trabajo colectivo orientado solo hacia la necesidad de saber más y explorar nuevas posibilidades. Reuniones de presentación y discusión de avances de investigación que a veces solo eran borradores tentativos; jornadas de debate de un conjunto de trabajos sobre una misma problemática explorada desde distintos abordajes, regiones y periodos; presentaciones y discusiones de libros recientemente publicados; o conferencias de expositores

invitados, fueron las actividades más habituales. Seguramente, el aspecto más significativo de esta experiencia fue que en muy poco tiempo concitó el interés y la participación de investigadores de una gran diversidad de instituciones y rápidamente integraron la Red de Estudios Rurales no solo aquellos que eran parte del Instituto y de otras unidades académicas de la UBA sino también de una miríada de instituciones, del CONICET y de las universidades del Centro de la Provincia de Buenos Aires, del Sur, Comahue, Córdoba, Cuyo, Jujuy, La Pampa, La Plata, Luján, Mar del Plata, Quilmes, Rosario, Salta, Tucumán, del AGN, Di Tella, FLACSO pero también de la Universidad de la República del Uruguay, de la Federal de Rio Grande do Sul y de la EHESS de París.

Hoy parece obvio pero cabe recordar que aquellos no eran todavía tiempos de conexión virtual y tengo para mí que un auténtico síntoma del ambiente que se vivía fue la respuesta entusiasta que concitó la primera reunión en la que ya participaron 25 investigadores de ocho universidades diferentes. Sin embargo, la Red de Estudios Rurales tenía objetivos muy modestos y conviene recordarlos para tener una idea aproximada del contexto: por un lado, confeccionar una base de datos sobre todos los investigadores e investigaciones sobre la historia rural del periodo colonial y la primera mitad del siglo XIX; por otro, promover reuniones periódicas de discusión de avances de investigación. Nada más y nada menos.

A poco de andar, ese entusiasmo no decayó a pesar de que, como se sabe, los tiempos y la vida se fueron haciendo cada vez más difíciles. Por el contrario, y a pesar de todo, se multiplicó y tan pronto como a fines de 1996 fue necesario pasar de encuentros frecuentes para discutir un trabajo de avance a jornadas más intensas y extensas que posibilitaran la discusión de varias investigaciones que examinando espacios y periodos distintos exploraran un mismo eje problemático. No eran tiempos fáciles (¿cuáles lo son?); no se disponía de recursos para solventar los gastos de traslado de los participantes y ni siquiera para fotocopiar los trabajos que se discutían en las jornadas.

No había ni recursos ni ventajas: solo se había logrado constituir un ámbito amable y generoso de intercambio, discusión y colaboración. Y tengo la obligación de decirlo, ese ámbito y sus cualidades que a tantos y tantas nos hizo bien no hubiera existido sin la perseverancia, la calidad profesional y la apertura mental de Jorge Gelman, mi inolvidable amigo que, como he dicho varias veces, era sin dudas el mejor de todos nosotros.

¿Qué se discutió en la Red de Estudios Rurales? A quienes les interese saberlo podrán tener una idea en la síntesis de las jornadas realizadas entre 1995 y 2020 que se encuentra disponible en la página del Instituto: <http://ravignani.institutos.filo.uba.ar/sites/ravignani.institutos.filo.uba.ar/files/Lista%20de%20reuniones%20RER-PROER%20%281995-2020%29.pdf>. No quisiera abusar del espacio disponible por lo que eludiré abrumar con referencias bibliográficas pero quien repase este listado y le interese indagar qué senderos fue transitando el campo de los estudios rurales en la Argentina encontrará en ella indicios precisos de los momentos en que comenzaron a gestarse artículos y libros decisivos sin los cuales esa historia rural hoy sería irreconocible. Y quien quiera profundizar un poco más podrá también reconocer sus transformaciones. Por lo pronto, cómo, cuándo y gracias a quiénes, se fue superando la ambigüedad inicialmente inadvertida entre historia agraria e historia rural y el campo de estudios fue también desbordando los imprecisos márgenes que tenía imaginados en un principio. ¿A qué me refiero? Por lo pronto, se desbordó la primigenia intención de propiciar estudios de historia rural sobre todo el territorio argentino; a medida que ello se fue consiguiendo –gracias a la RER y el PROER pero también a muchas otras iniciativas e instituciones– el campo de estudios se amplió mucho más. A la vez, si en un comienzo estaba demasiado concentrado en el área pampeana colonial y de la primera mitad del siglo XIX, la misma dinámica del intercambio colectivo fue abarcando cada vez con más intensidad muchos otros espacios, otros periodos y perspectivas temporales de largo plazo. Un tercer desbordamiento se hace también evidente de inmediato: de una mirada que inicialmente estaba demasiado concentrada en la historia agraria se fue pasando a una que tomara

mucho más en consideración las múltiples dimensiones de la vida social rural hasta tal punto que, debo confesarlo, fuimos advirtiendo que la misma denominación de estudios rurales se estaba haciendo demasiado restrictiva. Y, creo también necesario subrayar algo más: estas ampliaciones no derivaron en un abandono de la historia económica; por el contrario, fueron redundando en su enriquecimiento y renovación hasta llegar a proponerse formas de practicarla y abordaje de problemas que inicialmente eran unimaginables. Lamentablemente hay una dimensión de esos encuentros de la RER de la cual no ha quedado constancia escrita y que fuera notablemente enriquecedora: las largas conversaciones que seguían después de las reuniones en el bar que estaba frente al Instituto y que se prolongaban hasta que nos echaban. Fue en ellas que se imaginaron jornadas y libros colectivos que jalonaron el desarrollo de los estudios rurales.

Desde un comienzo el PROER definió sus objetivos primordiales y desde entonces no cejó de trabajar para alcanzarlos y actualizarlos. Por un lado, impulsar las investigaciones sobre la historia rural en el actual territorio argentino, pero también sobre el conjunto del espacio rioplatense. Por otro, facilitar los intercambios entre historiadores e historiadoras del mundo rural cualquiera fuera la fase de formación por la que estuvieran transitando de modo que el programa y sus actividades sirvieran como un espacio abierto y adecuado para la formación de nuevos investigadores e investigadoras. Creo no equivocarme si me atrevo a subrayar que si algo realmente se logró fue justamente esto.

Los proyectos que integraron sucesivamente el PROER se fueron ampliando y diversificando y algunos de los grupos con que hoy cuenta el Instituto se fueron formando en su entorno, como el Grupo de Historia Económica (GHE) o el Grupo de Historia Popular (GRUHP). Los proyectos actualmente vigentes abordan aspectos poco conocidos de las relaciones de poder, la economía y la sociedad rioplatense y argentina entre los siglos XVIII y XX. El proyecto “Resistencias, movilización política popular e identidades colectivas

en el Río de la Plata (1767-1875)” se ocupa principalmente del análisis de la movilización política y la conflictividad social rural particularmente en el litoral y sus fronteras atendiendo a la heterogeneidad y la multiétnicidad de sus poblaciones y las transformaciones operadas en el funcionamiento de las relaciones de poder y las formas locales de autoridad territorial. El proyecto “La desigualdad argentina en el largo plazo. Condiciones de vida y derechos de propiedad en perspectiva comparada. Siglos XVIII-XX”, tiene más vastos alcances y busca examinar las relaciones entre crecimiento económico y los cambios en la distribución de la riqueza y las condiciones materiales de vida, y las formas que adoptó el tratamiento de la pobreza desde el Estado, las élites y su vinculación con los sectores subalternos. Y el proyecto “Las transiciones del orden económico y fiscal en el Río de la Plata entre 1760 y 1840” examina el papel de la acción estatal y las vías institucionales de conformación de un régimen moderno de propiedad de la tierra y de los recursos que intentaría modificar antiguas tradiciones prerrevolucionarias y el orden social resultante en función de los mismos.

Lo que vendrá seguramente será mucho mejor, sobre todo, si se mantiene vigente la vocación por el trabajo colectivo y la apertura hacia los y las jóvenes que quieran dejar su impronta en esta rica tradición que sin pretenderlo se fue gestando, revisarla, discutirla y enriquecerla.

Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura “Oscar Terán”: una historia de memoria

Adrián Gorelik¹

Ideas, intelectuales, cultura: los tres términos que Oscar Terán incluyó en el nombre del seminario que decidió echar a andar en 1988 en el Instituto Ravnani muestran bien la concepción que tenía del terreno historiográfico que apenas se estaba comenzando a definir. Como indica la *boutade* que acuñaría más adelante, para él la historia intelectual era “la historia de la relación entre lo que son las ideas y aquello que no son las ideas”. Se trata de una ambición temática y metodológica que no sólo venía a ensanchar el universo clásico de la “historia de ideas”, sino que, al incluir contextos, prácticas, actores, soportes, formas textuales y no textuales, lo iba a transformar hasta lo irreconocible.

Esa apertura se producía en relación con una tradición historiográfica que entonces no gozaba de gran vitalidad entre nosotros (Terán la había conocido en su versión más consolidada durante su exilio en México); por eso, quizás, no aparecía en primer plano para quienes nos sumábamos al Seminario. Lo que se percibía con mucha mayor claridad, en cambio, es que la empresa de desarrollar una historia cultural o de las ideas en cualquiera de sus vertientes no tenía ningún lugar asegurado en el campo

¹ Con una “ayudita de mis amigos” del Consejo de Dirección del Seminario, a quienes agradezco la fraternal disposición de siempre.

historiográfico local. No hay que olvidar que la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano que Terán comenzaba a dictar en esos mismos años estaba –y continúa estando– radicada en la carrera de Filosofía, no en la de Historia. La gran renovación en la historiografía traía cambios sustanciales en cada uno de los subcampos, pero no parecía modificar la arquitectura general que se fundamentaba en la trinidad de las historias política, económica y social. Esto pone en valor la acogida que el Instituto le dio a la propuesta de Terán (siendo él mismo alguien “de afuera” de la Historia), y permite recuperar algo de la efervescencia y la plasticidad de esos años.

De todos modos, aquella geometría institucional de la disciplina hacía sentir su peso y es importante tenerla presente porque explica algunas características constitutivas del Seminario desde entonces: una provechosa marginalidad hacia afuera y, hacia adentro, una muy relajada liberalidad en la afiliación. La hospitalidad con que el Instituto recibió la propuesta de un seminario permanente en historia de las ideas, los intelectuales y la cultura no se acompañó de ninguna presión configuradora –a veces, en la vida académica, la indiferencia puede ser la mejor compañera de la hospitalidad. Y la imposibilidad de consolidar un núcleo de investigación radicado en el propio Instituto (Terán, que había imaginado al Seminario como la contraparte investigativa de la Cátedra, lo intentó sin éxito, advirtiendo temprano que no habría otros recursos disponibles además del lugar de reunión) redundó en una formación elástica, sin otros lazos que el deseo y la voluntad de sostener el modesto objetivo que se planteó desde el inicio: reunirse el último viernes de cada mes, de abril a noviembre, a discutir los trabajos de investigación en elaboración (así como los libros que iban apareciendo de autores locales y, en casos más excepcionales, algunos de la producción teórica e historiográfica internacional). ¿Quiénes nos reuníamos? Éramos algo así como una quincena de “jóvenes”, de entre 25 y 35 años, integrantes de las primeras camadas de doctorandos y becarios de la Universidad y el CONICET democráticos, que nos agrupábamos en torno de unas pocas figuras del perfil de Terán, es decir, intelectuales que rondaban entonces los 45/50 años, con

una trayectoria ya iniciada en dictadura pero que se sumaban recién a las instituciones públicas y planteaban sus primeros proyectos de investigación en los nuevos marcos académicos.

La marginalidad tuvo otros efectos, además de la posibilidad de emprender un desarrollo autónomo, decidido exclusivamente por la dinámica interna. En primer lugar, dotar a una actividad tan sencilla como sentarse regularmente a conversar sobre textos, de un aura de militancia intelectual: “ir al Ravignani” era formar parte de una aventura colectiva que no se sabía bien a donde llevaba, pero que se sentía imprescindible. (Como toda aventura colectiva, fue gestando sus rituales gregarios: uno de los más persistentes, que se convirtió en sello de las reuniones, es la continuación de la discusión en los bares del Bajo con el auxilio de picada de milanesas y vino.)

En segundo lugar, la colocación descentrada respecto de las orientaciones dominantes en la Historia abrió el diálogo a otras disciplinas, contribuyendo a que se consolidara un grupo en sí mismo multidisciplinar. De todos los núcleos de renovación historiográfica que surgieron en ese momento inaugural, el de las ideas y la cultura es quizás el que resultó más convocante de miradas históricas que no se habían formado en la carrera de Historia: las múltiples proveniencias de quienes se sumaban, de Letras y Sociología, de Psicología y Filosofía, de Arquitectura y Artes, también de Historia, por cierto, pareció casi programática en la consolidación de una definición muy porosa de la historia intelectual / cultural.

Las afinidades electivas de Terán privilegiaron desde el comienzo los vínculos no con la filosofía, sino con la crítica literaria, a la que le reconocía los primeros intentos de una historia sociocultural de la vida intelectual, en la tradición de *Contorno*. No puede dejar de mencionarse la importancia que tuvieron en esos años las visitas de Adolfo Prieto, radicado en los Estados Unidos, que vino al Seminario a discutir tanto *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (1988) como *Los viajeros ingleses y la emergencia de la*

literatura argentina (1996), dos libros que iban a mostrar la renovada productividad de una sociología de la literatura con gran sensibilidad histórica para dar fundamento a una historia cultural. Prieto, además, fue probablemente el primero que, para sorpresa de todos los presentes, que habíamos naturalizado la dinámica seminarial como parte constitutiva del trabajo de investigación, celebró la oportunidad del debate contándonos que en su Universidad nunca había tenido la oportunidad de discutir sus textos. Algo análogo mencionó hace poco Pilar González en una conversación transmitida como parte de las celebraciones del centenario del Instituto: señalando la importancia que tuvo para su formación la ebullición del Instituto en la segunda mitad de los años ochenta, cuando estaba en Buenos Aires investigando para su tesis doctoral, describió al Seminario como un lugar anómalo para lo que ella había conocido en Francia, que permitía “cruces de lecturas” reuniendo “exigencia de debate” y “libertad” (y Pilar es un buen ejemplo de otro tipo de participante del Seminario que se haría frecuente, los doctorandos en el extranjero en sus temporadas en Buenos Aires).²

Esos rasgos del Seminario fueron posibles porque funcionó como un laboratorio no tanto de mezcla, como de *traducción* de todos esos lenguajes diversos, construyendo un vocabulario común, socializando una biblioteca y experimentando colectivamente formas de leer y criticar; y, en un campo académico que iba a tender irremediablemente a una mayor especialización, autoimponiéndose el seguimiento atento de las más variadas manifestaciones de la producción contemporánea en temas definidos laxamente como afines. En este sentido, puede verificarse una parábola descrita por el Seminario a lo largo del tiempo, indicativa de transformaciones mayores en nuestro mundo académico: lo que comenzó como un intento de establecer patrones rigurosos de lectura e investigación que favorecieran la profesionalización

² Jeremy Adelman y Pilar González Bernaldo, “De la Historia Argentina a la Historia Global”, diálogo conducido por Flavia Macías y Gustavo Paz, ciclo “Hacer historia en el Ravignani”, canal de youtube del Instituto Ravignani, octubre de 2021.

en un medio todavía improvisado y amateur, se fue convirtiendo en un espacio de fruición del libre debate y la curiosidad intelectual en contraste con el encierro sobre los propios temas al que parece llevar el estilo de profesionalización que se ha ido imponiendo.

Ya van más de 35 años de funcionamiento continuado, pero no estaba previsto que durara tanto: cada final de año hacíamos un balance para decidir si valía la pena reabrirlo al año siguiente, ya que Terán estaba convencido de que el Seminario no debía prolongarse rutinariamente. La debilidad de los lazos institucionales tuvo siempre como contrapartida necesaria una evaluación atenta de su productividad. Pero más allá de bajones ocasionales, año a año se siguió manteniendo un núcleo duro de integrantes que seguía garantizando su sentido y necesidad, con reuniones que podían oscilar entre 25 y 30 participantes, con ocasiones especiales en que el número se duplicaba por algún invitado notable –son memorables, en este sentido, las reuniones en que Tulio Halperin, que no dejaba de asistir durante sus estancias en Buenos Aires, presentaba algún trabajo. En los años noventa Leticia Prislei y yo fuimos los coordinadores, poniendo en evidencia que a esa altura el Seminario funcionaba como parte de un triángulo institucional montado por Terán, ya que a la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano se había agregado en 1994 el Programa de Historia Intelectual, que organizó con Carlos Altamirano en la Universidad Nacional de Quilmes. Luego se integró Karina Vásquez, manteniendo el esquema e iniciando las convocatorias un poco más amplias y sistemáticas por e-mail (hasta entonces el anuncio de cada reunión se hacía pegando en los pasillos de 25 de Mayo y de Puan unos cartelitos en tamaño A4).

El sentido del Seminario se replanteó muy duramente en 2008, por la temprana muerte de Oscar. La decisión de honrar su memoria continuándolo se impuso en seguida, al mismo tiempo que una doble evidencia: que su figura no iba a poder ser reemplazada –no ya por sus dotes intelectuales, sino por el magnetismo de su personalidad que lo convertía en un polo de agregación

de voluntades—, y que la vigilancia para que la continuidad no fuese un gesto vacío debía ser todavía más inflexible. El Ravignani confirmó su respaldo sosteniendo un Seminario en el que ya ninguno de sus participantes estables es miembro del Instituto (una situación bastante atípica que muestra el lazo al mismo tiempo laxo y firme que se ha consolidado en tantos años). Y conformamos una dirección colectiva que buscó reunir los rasgos cuya presencia Terán mismo había favorecido —variedad disciplinar y generacional—: Martín Bergel, Lila Caimari, Alejandra Laera, Jorge Myers, Fernando Rodríguez, Hugo Vezzetti y yo.³

La pandemia interrumpió más de diez años de funcionamiento en esta nueva etapa —con el Seminario ya rebautizado con el nombre de su creador—, en la que continuamos verificando que el mismo esquema seguía rindiendo frutos y que seguía renovándose el interés de nuevas generaciones de participantes, aunque el desarrollo del campo de estudios —siempre tan ampliamente concebido como para eludir cualquier definición estricta de “campo”— llevó a la decisión de no discutir más avances de trabajos en elaboración, sino centrarnos en libros publicados. Durante los dos años de pandemia se mantuvo un funcionamiento mínimo de dos reuniones por año por Zoom, que nos sorprendieron con una importante respuesta de un público incluso internacional (respuesta entusiasta y quizás efímera, como tantas cosas ocurridas durante la pandemia). Y ahora estamos, como todos seguramente, expectantes de verificar qué nuevo escenario académico-intelectual encontramos en la post-pandemia dispuestos a seguir evaluando en qué condiciones puede seguir teniendo significado la continuidad de nuestro Seminario.

³ El último viernes de abril de 2008 se realizó la primera reunión del Seminario sin Oscar, dedicada enteramente a su memoria, con intervenciones que también dejaron registro de diversas experiencias de paso por el Seminario; ver “Homenaje a Oscar Terán. Reunión especial del Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura, Instituto Ravignani”, *Prismas* N° 12, 2008.



Reunión del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA) realizada en 2019, Sala de Investigadores Dr. Jorge Gelman.

Reflexiones sobre mi experiencia como director del Instituto Ravignani

José Carlos Chiaramonte

En noviembre del 2012, en el acto en que me despedí de la dirección del Instituto, expliqué que había pensado reseñar lo realizado desde 1986, cuando asumí su dirección, pero que, dado el tiempo que hubiera demandado recapitular tantos años de trabajo, desistí de ese propósito para concentrarme sólo en algunos problemas. Hoy, en los límites de este escrito, me ceñiré aún más, resumiendo lo que entonces expuse y agregando algunas pocas reflexiones sobre puntos que me parecen sobresalir del conjunto.

Comenzaré por recordar que en agosto del 2008 decidí presentar ante el Comité Académico la propuesta de iniciar gestiones para la conversión del Instituto en Unidad Ejecutora del CONICET, de doble dependencia UBA-CONICET. El objetivo era el de dotarlo de una mayor solidez institucional mediante un nuevo estatus, que entre otras cosas incluyese un mejor sistema de concurso para renovar su dirección y, cosa no menor, un presupuesto, algo de lo que los institutos de la Universidad en ese entonces carecían. Esa iniciativa fue resultado de una sugerencia del secretario de Ciencia y Técnica de la Universidad, Ingeniero Hugo Sirkin, a quien debemos agradecer no sólo el consejo sino también su sostenido apoyo en el curso de la tramitación, así como su preocupación por otros aspectos del funcionamiento del Instituto.

Pero el estudio y discusión del proyecto llevó su tiempo, de manera que recién en mayo de 2010 presentábamos la correspondiente solicitud ante las dos instituciones, que fue aprobada por el CONICET y por la Universidad en septiembre y noviembre, respectivamente, del 2011.

Como sabemos, el Instituto Ravignani tiene por principales objetivos realizar investigaciones en el campo de la Historia Argentina y Americana, formar nuevos historiadores y contribuir así al mejor desarrollo de la actividad docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. A esos objetivos debemos agregar también la pretensión de influir en el mejor conocimiento de la historia nacional por parte del público, de manera de ofrecer una alternativa seria a las diversas “historias oficiales” que padecemos.

Rememorando mis más de tres décadas de labor, los principales problemas que percibí conciernen a dos distintas esferas del funcionamiento de un organismo como el Instituto Ravignani. Una de ellas es la que concierne a la organización del trabajo destinado a facilitar y estimular la labor de investigación. La otra, de distinta naturaleza, es la que atañe a su inserción en el complicado mundo de la política universitaria.

Respecto de la labor de investigación, recuerdo que al asumir la dirección en abril de 1987 advertí que los institutos de la Universidad de Buenos Aires poseían características que complicaban su gestión. Porque, además de ser instituciones sin presupuesto, padecían la ambigüedad derivada del estatuto de la universidad de 1966, el que por una parte tendía a reunir la investigación con la docencia, una reunión personificada en la figura del profesor-investigador y, por otra, conservaba la separación institucional de docencia e investigación, separación que en facultades de las llamadas “ciencias duras” suele ser superada en el marco de cátedras que reúnen ambas actividades, cosa que no es usual en el ámbito de las Humanidades y de las Ciencias Sociales donde investigación y docencia funcionaban en ámbitos separados.

Estas características –escribíamos hace tiempo– significaban que los institutos respondían a una de las concepciones vigentes en el siglo pasado sobre la naturaleza de las universidades contemporáneas, criterios que, respecto del desarrollo de las actividades de investigación, consistían en separarlas de las de docencia para acrecentar sus posibilidades de éxito, aunque sin resignar la aspiración a reunir las de alguna forma, en consonancia con el entonces vigente concepto humanista de las universidades.

Esta aspiración había sido difícil de satisfacer –dificultad expresada en la persistente insistencia en la necesidad de unir docencia e investigación– dado que, con el crecimiento incesante de la matrícula y la consecuente necesidad de recurrir a docentes sin formación de investigadores, la antigua separación todavía se había mantenido. Pero el régimen de dedicación exclusiva implantado en la Universidad de Buenos Aires constituyó una importante contribución al objetivo de unir la labor docente con la de investigación, y las condiciones de concursos para las cátedras, que requieren formación tanto en la docencia como en la investigación, han contribuido en el mismo sentido. Hay quienes opinan que no es necesario que el docente sea investigador, basta que sea un buen y responsable estudioso de las investigaciones como para poder cumplir su función docente, pero creo que una experiencia de investigación es imprescindible, porque es ella la que le permite al docente procesar lo que hacen otros investigadores.

Es así que, aparentemente, escribíamos en un artículo publicado en 1988, el Estatuto de 1966 quiso superar el divorcio estableciendo la prioridad del docente-investigador, pero, aunque habilitaba a los departamentos para realizar investigaciones, conservaba a los institutos como unidades de investigación, sin que resulte claro si este incongruente objetivo era sólo un tributo a una realidad imposible ya de modificar o algo deseado para cumplir con uno de los propósitos esenciales de toda universidad, que es el de hacer de la investigación una de sus principales contribuciones a la cultura de un país.

De manera que, y esta es una característica que se prolonga, los Institutos no eligen sus investigadores, los que provienen de las selecciones realizadas por el CONICET o por la Universidad. Simplemente, son sede de los investigadores así seleccionados, aunque con la posibilidad de aceptar o rechazar tal selección si no se la considera apropiada.

En síntesis, no es posible planear adecuadamente la labor de investigación sin interrogarse sobre cómo se efectúa el reclutamiento de investigadores y cómo es, consiguientemente, la composición del Instituto en materia de origen de los investigadores. Por eso, reconocía en 1991, era importante advertir que el personal del Instituto asignado a tareas de Investigación se componía, según el origen de su designación y renta, de dos sectores. Uno designado por la Facultad y otro por el CONICET. En la actualidad, por efecto de la política de la UBA de ampliar la concesión de dedicaciones exclusivas a los docentes y, por otra parte, de la expansión de regímenes de subsidios a cargo de UBACyT, CONICET y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, la composición de la planta de investigadores se ha hecho más compleja, integrándola investigadores pertenecientes a la carrera de investigador del CONICET, docentes con dedicación total o parcial que han radicado su proyecto en el Instituto e investigadores que participan temporariamente en proyectos de CONICET, de la Agencia y de UBACyT con sede en el Instituto. Asimismo, de los becarios con sede en el Instituto, algunos tienen becas UBACyT, otros del CONICET –y, hace tiempo, podían tener becas, como también subsidios los investigadores de la ya extinguida Fundación Antorchas. En cuanto a los miembros del personal auxiliar del Instituto, algunos pertenecen a la carrera de personal de apoyo a la investigación del CONICET, mientras otros fueron designados por la Facultad.

Este variado panorama del origen laboral de los investigadores y auxiliares de la investigación no es privativo del Instituto Ravignani sino un reflejo de la también variada estructura y financiamiento del sistema científico argentino. Una estructura que intentó ser reformada y en la que por efecto

de las trabas que todo intento de reforma suscita quedó en una situación híbrida, una reunión de estructuras distintas que, pese a la incompatibilidad de sus proyectos originales, igualmente sostienen la investigación científica. En la etapa de la presidencia de Raúl Alfonsín, la política científica, en lo que respecta al problema que analizamos, tendió principalmente a centrar la investigación en las universidades nacionales y a volcar la actividad y recursos del CONICET al fomento de la investigación en ellas. Durante la presidencia que le siguió, se revirtió esa política en favor de los propios institutos del CONICET y se intentó modificar radicalmente el financiamiento de la investigación. Es decir, suplantarlo con el sistema de carrera de investigador con integrantes permanentes seleccionados por concurso, tal como la carrera del investigador del CONICET y otras que surgieron en el interior del país, por otro de *investigación por proyecto*, con los consiguientes cambios en los procedimientos de financiamiento.

Aparentemente, esa política buscaba reemplazar el CONICET, con todo lo que el mismo implica, por un organismo –la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica– destinado a financiar los proyectos con evaluación positiva que tuviesen sede en cualquier organismo válido a los fines de la investigación, universitarios o no. Pero como el CONICET no fue suprimido y la Agencia perduró, el resultado ha sido el heterogéneo escenario que está a la vista. La investigación científica argentina no privada reside, por un lado, en el seno de las universidades y es financiada mediante organismos ad-hoc, como UBACyT en el caso de la Universidad de Buenos Aires. Y, por otro, se desarrolla en el ámbito del CONICET, sea en institutos propios o en otras instituciones en las que sus investigadores tienen sede. Mientras, por otra parte, subsiste la Agencia Nacional con una disponibilidad de recursos para financiamiento de proyectos, que exceden con creces los que provienen del CONICET y de las universidades reunidos.

Estas características así resumidas hacían de la labor de dirección de un organismo como el Instituto Ravignani algo bastante complejo, mucho más

si advertimos la escasez de recursos de las universidades en los años '80, agudizada frecuentemente por las vicisitudes económicas del país en las últimas décadas del siglo XX, prolongadas en el XXI. Por lo tanto, dadas esas características, y dado el comentado estado del Instituto en 1987 –en cuya biblioteca, por ejemplo, recuerdo que además del estado de abandono de los libros, había en el suelo algunas montañas de ellos cubiertos con planchas de plástico para protegerlos de las goteras– era necesario adoptar medidas de urgencia.

En una carta que escribí entonces, el 17 de mayo de 1987, a Juan Antonio Oddone –el sobresaliente historiador uruguayo ya fallecido–, le contaba que acababa de ser designado director del Instituto y agregaba un breve párrafo que traducía mi impresión de lo que debía afrontar. Al ser designado director del Instituto, le escribía a Oddone, “... entré en el torbellino de la necesidad de inventarlo pues como le digo a los amigos discretos –agregaba–, [el Instituto] es en gran parte una ficción, y el resto, ruina”.

La primera de las decisiones de urgencia fue resistir la tentación de dedicar parte de nuestros esfuerzos para aparecer en los medios –actividad para la que, por otra parte, carecíamos de recursos de gestión. De tal manera, como he recordado más de una vez, decidí reunirme con los pocos investigadores válidos que integraban entonces la planta del Instituto –Jorge Gelman, Noemí Goldman y Oscar Terán– y acordar que sólo íbamos a hacer tres cosas: investigar, enseñar a investigar y reconstruir los servicios de apoyo a la investigación, comenzando por la biblioteca.

Pero, sucedía que, para lograr esos objetivos, hubo una etapa en que contábamos con una “burocracia” nula, sin secretaría ni empleados administrativos. Posteriormente, logramos una persona para la secretaría. Recuerdo por ejemplo que en una oportunidad nos visitó un historiador mexicano, Hira de Gortari, director entonces del Instituto José María Luis Mora. Al llevarlo a recorrer las dependencias del Instituto me preguntó algo

así como “cuántas personas tienes tú en la secretaría”. Tomado de sorpresa, atiné a multiplicar por cinco a nuestra única secretaria y logré así salir del paso con cierto decoro. Pero al llevarlo a la biblioteca me descerrajó otra pregunta más complicada: ¿Y qué presupuesto tienes tú para compra de libros? Recurrí al astuto procedimiento de contestar una pregunta con otra: ¿Y cuánto tienes tú? Contestó con una cifra que superaba si mal no recuerdo los cien mil dólares anuales. Afortunadamente una bibliotecaria nos interrumpió y me evitó recurrir a otra fechoría aritmética como en el caso anterior, fechoría que hubiera fracasado, porque, como Uds. saben, el resultado de multiplicar por cero es cero...

No voy a hacer el relato de la penosa y a veces conflictiva historia de los primeros años. Quisiera recordar, en cambio, que si pudimos salir adelante fue en buena medida por la ayuda que recibimos desde fuera de la universidad, como la de la hoy desaparecida Fundación Antorchas y luego del CONICET. Pero también de la que provino desde dentro de este edificio de 25 de Mayo, de miembros de su personal no docente, que fueron decisivas para sortear muchas de las dificultades.

Sin embargo, un acontecimiento crucial para la vida del Instituto fue la decisión del CONICET, en 1989, de proveernos de dos cargos de personal de apoyo a la investigación, para cubrir la secretaría y la dirección de la biblioteca. Esa decisión me hizo posible retirar la renuncia que había presentado entonces, renuncia motivada justamente por las resistencias burocráticas a las iniciativas para cambiar el estado de la biblioteca. Quiero destacar además que, con la acertada cobertura de esos dos cargos pudimos ir paulatinamente superando la situación y afianzar el resurgimiento del Instituto.

La valiosa biblioteca de este Instituto, que contiene obras que van del siglo XVII en adelante, pudo comenzar a revivir y, posteriormente, a asimilar como objetivo algo propio de las universidades actuales, en las que las bibliotecas asisten a un paulatino reemplazo de su nombre legendario por el de *centros*

de información, debido a las transformaciones derivadas del desarrollo de la informática. Esto es un gran avance, aunque nos pese que nos alejemos cada vez más de aquel tipo de biblioteca que reflejaba Don Francisco de Quevedo cuando mirando sus viejos libros decía vivir en conversación con los difuntos y escuchar con sus ojos a los muertos, algo que más de una vez vino a mi memoria al deambular por el añejo acervo de la nuestra.

De tal manera, pudimos también reorganizar el modesto archivo del Instituto, crear y hacer funcionar un laboratorio de digitalización de documentos y libros, el Programa de Recuperación y Preservación de Patrimonio Histórico Nacional. Mención especial merece la hazaña de haber publicado, con tal escasez de recursos, pero con la generosa dedicación de los miembros de su Comité editorial, 35 números de la tercera serie de la revista del Instituto hasta el final de mi dirección y que, actualmente, llegan a 56.

Por último, en lo que respecta a las dificultades derivadas de la política universitaria, no es este el lugar adecuado para tratarlas. Pero sí quiero decir que frente a ellas –y esto es algo que quiero subrayar– nuestro criterio fue siempre el de aspirar al apoyo necesario sólo como retribución a la calidad de la labor académica.

De tal manera, tuvimos que habituarnos al uso de estas instalaciones y a una crónica escasez de recursos para el trabajo cotidiano. En octubre de 1988, al exponerle al Decano de la Facultad la grave situación de los Institutos alojados en el edificio de 25 de Mayo, explicaba que, en su conjunto, definían un cuadro de deterioro y abandono que estaba por debajo de las posibilidades reales de la Universidad de Buenos Aires. Prueba de esto era que los Institutos de investigación todavía no existían como tales en el presupuesto de la Facultad. Y agregaba que la Facultad de Filosofía debía mostrar con hechos que la investigación en la universidad no es una mera formulación verbal, librada a lo que podían realizar por su cuenta los directores de Institutos

y sus colaboradores, sino una actividad que debía ser atendida como toda labor universitaria.

Pese a todo esto, los cuatro investigadores de CONICET con sede en el Instituto, de 1987, al dejar la dirección se habían convertido en 34, y los cuatro becarios en 35, mientras que, contando investigadores de la Universidad y por proyectos, en total sumaban entonces más de 80.

Posiblemente un déficit aún no superado en la labor del Instituto ha sido la escasa reflexión de sus investigadores sobre los fundamentos de la Historia como disciplina y el sentido de sus investigaciones en esa perspectiva. En una reunión que realizamos en setiembre de 2004 nos proponíamos cambiar ideas sobre cuál es el sentido de nuestra labor, los fundamentos de la elección de temas de investigación y la relación de esos temas con una concepción global de la Historia y con el estado actual de la Historiografía. La inquietud formulada en el texto a discutir era la de concebir a la historia como el estudio de un conjunto de diversas actividades humanas y no como una colección de disciplinas especializadas (historia económica, historia política, etc.). No para negar la validez de estas disciplinas, sino para comprenderlas como transitorias, aunque necesarias construcciones que permitan ahondar en diversos aspectos de la historia, pero sometidas al planear sus metas al objetivo central que es la historia como unidad.

Esto que estoy exponiendo gira en torno a una preocupación: ¿Cuál es el sentido que otorgamos a nuestra labor de historiadores? Cuestión que es imprescindible considerar porque frecuentemente parecería que nos conformamos con explorar la parcela histórica en que comenzamos a especializarnos por razones que pueden ser diversas: a veces, por sugestión de algún colega mayor cuando iniciábamos nuestra carrera; otras, por sugerencia emanada de las lecturas de los historiadores más destacados (en este último caso, algo así como respondiendo al consejo que alguna vez dio Hobsbawm a quienes

debían iniciar su labor de historiadores: fijarse en qué hacen los historiadores (de punta) o, frecuentemente, porque es lo que se hace en el medio académico.

Pero es evidente que, abandonada ya, por suerte, la tónica de inscribir nuestra labor en una interpretación global de la historia pensada en términos de modos de producción, formaciones económico-sociales, etapas del desarrollo (*take off* incluido), u otras, hemos retrocedido a una preocupante falta de inquietud respecto del sentido que poseen nuestras investigaciones, más allá del muy importante de aclarar algo del pasado. O, algo distinto, pero quizás peor, a seguir las modas que en sucesivas oleadas invaden la vida académica y, frecuentemente, uniéndose esto a la tendencia a satisfacer una paralela demanda de la industria editorial en la que el cálculo de beneficios suele estar ligado a la percepción de esas modas.

Asimismo, me ha preocupado siempre que un campo en el que no hemos logrado una adecuada cobertura es el de la divulgación histórica. La historia es una disciplina, voy a tratar de no llamarla ciencia para no meternos en una discusión compleja, que necesita ser hecha con los requisitos propios de una disciplina científica. Por lo tanto, el producto puede no ser consumible por un público amplio no especializado porque la historia tiene que ser hecha con los requisitos del oficio. Pero, al mismo tiempo, debemos admitir que el público tiene una demanda legítima que creo es bueno y útil satisfacer, sobre todo, para contribuir a evitar su deriva hacia visiones ideologizadas del pasado. Esto debe ser hecho mediante lo que llamamos divulgación científica; la divulgación es una cosa importantísima y muy difícil; es más fácil hacer un *paper* o una ponencia para un congreso que escribir un trabajo de divulgación. Esto último requiere un esfuerzo de información sobre el campo que abordamos y un esfuerzo de síntesis, un esfuerzo pedagógico, adoptando un lenguaje accesible.

Para finalizar, diría que una norma de la que tuve clara y firme conciencia desde el primer día de mi gestión fue que el Instituto debía constituirse

en un espacio de convivencia de las distintas orientaciones historiográficas que sus integrantes podrían poseer. De tal manera, el principal aporte de la dirección en esa tercera etapa fue el de tratar de crear condiciones apropiadas para el trabajo intelectual, adoptando las prioridades comentadas anteriormente y convencida de que esto es el mejor estímulo que puede recibir la investigación científica en una institución como la nuestra, reconociendo también el estímulo que para el Instituto derivó de las expresiones de reconocimiento de colegas del país y del exterior, de su creciente prestigio nacional e internacional y, sobre todo, de la reconocida calidad de los trabajos de sus investigadores y becarios, prestigio que, dada su actividad actual, aún sigue mereciendo.

Memoria es lo que no se olvida

María Inés Schroeder

1. De secretaria académica a una Secretaría como espacio de articulación del adentro y el afuera del Instituto

Me convertí en secretaria académica del Instituto Ravnani en el marco de las transformaciones reglamentarias que lo llevaron a convertirse en Instituto Universitario. Mientras en el viejo reglamento se establecía el cargo de secretaria técnico-administrativa con funciones de asistencia al Director, con la llegada del Reglamento Provisorio, encuadrado en los que regían los Institutos de la Facultad de Filosofía y Letras, el cargo adquirió su impronta académica. En ese nuevo marco, un Comité Académico que remplazaría la anterior Junta Consultiva, incluía como integrante a la secretaria académica, con funciones en ambos casos de asesoramiento de la Dirección. Cuando en 2011 el Instituto se transformó en Unidad Ejecutora UBA-CONICET, con sede en la Facultad de Filosofía y Letras, la adecuación de los marcos normativos mantuvo el cargo de secretaria académica en esos términos, aunque ya no como integrante del nuevo Consejo Directivo. El mismo había mutado su función de asesoramiento en el de un espacio de decisión, incorporando la figura de un Vice Director elegido entre sus miembros a propuesta del Director, el cual a su vez había sido designado en concurso público y abierto.

Fueron años de fuerte producción de un andamiaje institucional que hicieron más complejas las funciones de la secretaria académica del Instituto, en

tanto las tareas de asistencia a una Dirección y a un Consejo Directivo cuyas deliberaciones eran cuidadosamente registradas en actas acordes al carácter público y abierto de sus reuniones, adquirieron mayor relevancia con el carácter directivo del Consejo.

La confección del orden del día, así como la circulación de las actas por los representantes entre sus representados, se habían iniciado cuando se instaló la Junta Consultiva en el Instituto, en las primeras etapas de mi gestión.

Entre las imágenes más vívidas que conservo de esos años, recuerdo la primera reunión de un cuerpo colegiado en que la representación de los investigadores estuvo integrada por Jorge Gelman e Hilda Sabato, la de los becarios por Omar Acha, con la participación del personal técnico de apoyo representado por Abel Roth. Esas deliberaciones ya fueron cuidadosamente registradas y creo que las recuerdo porque, desde mis tiempos de estudiante, aquello que escribía no se me olvidaba. Pero las recuerdo también porque si algo se aprende en la experiencia de gestión, es a escuchar. Y, al revisar los borradores manuscritos de las actas, que no sé por qué conservo, verifico la autoridad que confería a las posiciones de aquellos representantes de investigadores, becarios y personal de apoyo del Instituto. Un Instituto es una Biblioteca y las reuniones tenían que ser públicas y abiertas, según definió la intervención de la representante de los investigadores. Si las reuniones no se pudieron realizar siempre a puertas abiertas, en un sentido literal –los que trabajábamos cotidianamente en el edificio de 25 de Mayo sabíamos lo difícil que era mantenerlo calefaccionado–, la circulación de las actas que tomaban a su cargo los representantes garantizaban el carácter abierto de las deliberaciones.

Por entonces, la incorporación de una nueva colaboradora bajo la opaca denominación de art. 9, en el escalafón de CONICET, sumó recursos humanos inestimables a la Secretaría, hasta entonces dotada únicamente con un cargo de designación entre el personal no docente de la Universidad. Esto permitió

una reorganización del Archivo que aún hoy refleja las múltiples mediaciones que se anudaban en la Secretaría: hacia adentro, entre Secciones del Instituto, y, hacia fuera, con Instituciones vinculadas de manera muy estrecha, como la Facultad de Filosofía y Letras, la Universidad y el CONICET, entre otras con vínculos más abiertos. Sin mencionar la atención a cada uno de sus integrantes o a quienes atravesaran la puerta de la Secretaría, llamaran por teléfono o enviaran un correo electrónico.

La Secretaría pudo afrontar esos desafíos, convertida en lo que llegó a ser una maquinaria aceitada capaz de resolver en equipo las crecientes demandas que los sucesivos cambios normativos acarrearaban. La duplicación de memorias institucionales al convertirse en Instituto Universitario fue la primera de las nuevas tareas, condicionada por la necesidad de generalizar entre los miembros del Instituto la práctica de informar novedades, de lo que dependía mantener actualizadas las altas y bajas de su planta. Esta planta ya no era simplemente la de quienes requerían designaciones de renovación anual y trabajaban cotidianamente en él, sino una planta entendida, además, como padrón electoral, cuya formalización supuso establecer e interpretar criterios para definir la condición de investigadores en cada uno de los marcos reglamentarios. En suma, ese cambio de escala por el que la planta ya no era la treintena de investigadores y otros tantos becarios, del momento de mi incorporación, multiplicaba las dificultades. Era manejable con los tres miembros de la carrera de personal de apoyo del CONICET (CPA) y dos colaboradores del personal no docente de la UBA en Secretaría y Biblioteca, a los que se sumaban una decena de cargos de designación docente para tareas administrativas en las otras Secciones del Instituto, de renovación anual, tras la presentación de sus correspondientes informes de actividades. Mantener actualizado el padrón, interpretando los cambiantes marcos reglamentarios, se fue volviendo más complejo. La importancia de esta tarea residía en la necesidad de contar con la información pertinente en cualquier momento, ya fuera en repuesta a pedidos de informes, como para su aprobación cuando

los listados de investigadores, becarios y personal de apoyo del Instituto, eran la base de la transparencia de las elecciones.

Las prácticas de realizar informes periódicos de todo cambio en la situación de revista terminaron por generalizarse, con la colaboración de los investigadores de mayor trayectoria, cuya escuela era perceptible en quienes se habían formado bajo su dirección.

Garantizar la transparencia de las nuevas formas de participación en la vida del Instituto era una preocupación central de la Secretaría, y estos nuevos rituales electorales fueron conformando una cultura política con la que no se contaba en los comienzos de mi experiencia de gestión. En mi opinión, ese fue uno de los logros más importantes de estos años, con fuertes repercusiones en el sentido de pertenencia y compromiso institucional.

Dicho sentido de pertenencia cobraba mayor importancia a la luz del cambio de escala del Instituto. En la Memoria presentada a la UBA en 2010 sobre el período 2007-2009, se consignaban 137 investigadores, que se elevaban a 167, según la estadística realizada para una nota dirigida al Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, en uno de los habituales intentos de obtener espacios para las actividades académicas. En esa estadística, se incluía a integrantes de Programas y Grupos de relación más abierta con el Instituto, para argumentar la necesidad de nuevos espacios por encima de los 2.412,08 m² de superficie que se consignaban en la Memoria 2010, a todas luces insuficientes.

Me sorprende hoy que ni siquiera para tan nobles propósitos se nos ocurriera dibujar un número. Pero era así, del mismo modo que con las actas, las Memorias eran rigurosamente confeccionadas, en condiciones en que obtener la información requerida en los nuevos formatos, parecía a veces una misión imposible.

Esas complejidades crecientes alcanzaron su mayor envergadura cuando, al vencer el Convenio marco UBA-CONICET de 2005, bajo el que se había formalizado la incorporación del Instituto a la condición de Instituto UBA-CONICET, las instituciones madres no lograron mantener los acuerdos básicos que habían regido esa incorporación y, sólo en diciembre de 2012, lograron un nuevo acuerdo marco que reducía el alcance de lo resolutivo al cambio de denominación del Consejo Directivo por Consejo Interno, posponiendo las cuestiones de fondo sobre las que no habían logrado acuerdos a futuras disposiciones complementarias.

La UBA no reconocía como integrantes de un cuerpo directivo a los representantes del personal no docente, en virtud del Estatuto Universitario, aceptando su participación en esos cuerpos con voz, pero sin voto. Por su parte, el CONICET insistía en la incorporación de los CPA al Consejo Directivo del Instituto, en base a un decreto presidencial que la UBA no aceptaba en razón de la autonomía universitaria.

De modo que, tras un período en que se recibían instrucciones contradictorias, que no se podían acatar, el nuevo Convenio Marco redujo el alcance de lo resuelto al cambio de denominación de Consejo Interno. En cuanto a la representación, se proyectó una posterior ampliación de los investigadores formados y de los investigadores en formación, a los cuales se sumó el antiguo claustro de los becarios, constituyendo un nuevo desafío para su instrumentación. Ya en la gestión de la actual Directora del Instituto, la Dra. Noemí Goldman, y tras la sustanciación del segundo concurso realizado como Instituto UBA-CONICET, renovar el Consejo Directivo de acuerdo a la nueva normativa ocupó buena parte de los esfuerzos iniciales.

Esto supuso, para la Secretaría, no sólo la tarea de conformación del nuevo padrón, presentado al Consejo Interno con la información correspondiente para su aprobación, sino la elevación de los resultados de la elección a cada

una de las instituciones de referencia, en las modalidades y formatos pautados por las demandas diferenciales de cada una de ellas.

Una Secretaría que funcionaba aceitadamente, como una estructura diferenciada, hacía posible sortear estas alternativas, más allá del rol de la secretaria académica, última instancia de responsabilidad de lo realizado en ella.

Tal vez la iniciativa que mejor refleja ese rol articulador de la Secretaría es la Gacetilla, por la que se informaba a todos los integrantes del Instituto de las reuniones y resoluciones del Consejo Directivo, además de los eventos académicos que se realizaban, ya sea en la Sala de Investigadores, el Aula C o algunos de los espacios en que los investigadores se reunían cuando se generalizó la práctica de compartir los lugares de trabajo. La agenda de uso de esos espacios comunes, que registraba la propia Secretaría, permitía disponer de esa información.

Iniciativa de la Dra. Goldman, la Gacetilla expresa bien, en mi opinión, el rol articulador de todas las Secciones del Instituto que la Secretaría fue adquiriendo dada la especificidad y complejidad creciente de sus tareas, pero, sobre todo, la centralidad del Consejo que la constituyó en una bisagra clave en la estrecha relación de éste con la Dirección. La formalización de las actas rubricadas por el Director, la secretaria académica y los integrantes del Consejo Directivo, en representación de investigadores, becarios y personal técnico, luego transformado en Consejo Interno, con investigadores formados, en formación y representación informal del personal de apoyo y administrativo, eximen de mayores detalles porque contienen la narrativa de estas alternativas de febriles creaciones institucionales, debates, intercambios y resoluciones tomadas por consenso que rigieron el Instituto. El carácter público del Consejo se hacía más visible con la circulación de la Gacetilla, que una Secretaría ampliada había podido tomar a su cargo, con la colaboración de María Eugenia Druetta primero y de Eugenia Bedini después,

que se sumaron a la querida Fabiana Arbia, que mantiene viva su memoria. Para ellas, toda mi gratitud.

2. Entre conmemoraciones, un texto recuperado

Si una línea de recuerdos admite estructurarse a través de la producción de ese entramado institucional que incluía el cargo mismo de secretaria académica, que tuvo como resultado la construcción de la propia Secretaría como un andamiaje acorde a las nuevas necesidades, capaz de articular las Secciones del Instituto y mediar las relaciones con un afuera ampliado; sería admisible también convertir a la Secretaría en un observatorio adecuado para una mirada, de todos modos absolutamente personal, sobre los años de esa gestión que permita un horizonte de más larga duración que la gestión de uno u otro director. Una mirada que concluye el 1º de marzo del 2020, con la presentación de mi renuncia por jubilación, en los plazos de las disposiciones previsionales de la Universidad de Buenos Aires.

En este sentido, el período aparece signado por una fuerte impronta conmemorativa. Desde las primeras reuniones de la Junta Consultiva y luego del Comité Académico, se alternaba el interés por los temas institucionales con diversos proyectos conmemorativos. Mientras un Informe de Dirección, por ejemplo, incluía una reseña de reuniones mantenidas con Directores de Institutos Filo, para lo que preparamos una tabla comparativa de los marcos reglamentarios de los Institutos Filo y el Reglamento de Institutos UBA, que subrayaba las condiciones y requisitos previstos para el concurso de Director en cada caso, en el Orden del Día empezaba a registrarse una agenda de trabajo que daba cuenta de diversos proyectos de Conmemoración del Bicentenario de la Revolución. La representación de los Becarios presentó un proyecto que culminó en una Jornada Conmemorativa en 2009, cuyas ponencias fueron entregadas a la Secretaría para su archivo por la nueva representación de los Becarios, incorporada al Comité Académico en 2008,

Ana Leonor Romero. Por entonces, el Informe de Dirección consignaba los avances en la digitalización de Asambleas Constituyentes Argentinas que formaba parte del proyecto conmemorativo propuesto por la Dirección del Instituto. El Boletín N° 33 publicó las ponencias de las Jornadas centrales realizadas en abril del 2010, y dio cuenta con una circulación amplísima del interés suscitado por el debate que se insinuaba. Un debate que adquirió otras dimensiones, cuando una intervención no prevista de estudiantes con pancartas irrumpió en el Acto de Conmemoración del Bicentenario de las Independencias en el Salón Auditorio de la Facultad de Ciencias Económicas, tras las disertaciones de José Carlos Chiaramonte, Ana Frega y Raúl Fradkin, evidenciando en todo caso una participación de actores y públicos ampliados para las conmemoraciones del 2016.

Este ciclo conmemorativo de las Revoluciones de Independencia se empalmaría con los del Centenario de la Facultad de Filosofía y Letras, anticipado en 2015 con la celebración de los 80 años del Instituto de Literatura Hispanoamericana, en el que participó el Director del Instituto Ravignani, por entonces Jorge Gelman, con una intervención sobre las relaciones entre Literatura e Historia.

Sobre los preparativos de la conmemoración de los cien años de la Facultad, el Consejo Directivo recibió informes periódicos del Vicedirector, en quien se había delegado el seguimiento de la participación del Instituto en los mismos. Finalmente, la Conmemoración del Centenario del Instituto y el Bicentenario de la Universidad de Buenos Aires del que esta publicación forma parte, ocuparía un lugar central en el Plan de gestión de su actual directora, al cual pude acompañar en los primeros tramos de su implementación.

Es en esta superposición de ciclos conmemorativos que me parece oportuno recuperar la iniciativa de publicar, en la Serie de las Tesis doctorales del Instituto, el texto de la tesis doctoral en Jurisprudencia de Emilio Ravignani sobre las finanzas revolucionarias. No porque estuviera animada de ningún

sentido conmemorativo ni hagiográfico, que se descartaba explícitamente, sino porque plasmaba formas de colaboración entre las distintas Secciones del Instituto. El texto de la tesis doctoral de Emilio Ravignani estaba en la Biblioteca del Instituto y Abel Roth lo trajo a la Secretaría, indicando que había sido Marcelina Jarma quien lo había conseguido.

La curiosidad por una tesis de jurisprudencia sobre las finanzas revolucionarias por parte del historiador-abogado despertó mi interés, aún contando con la historicidad de estos ejercicios doctorales que había trabajado para la primera mitad del siglo XIX. Se encomendó a la Coordinadora del Archivo Documental, Sandra Sauro, la pesquisa en el Instituto de la Facultad de Derecho, donde se encontraban los originales, y se invitó a Pablo Buchbinder y a Alejandro Cattaruzza a realizar sendos abordajes historiográficos. Un Estudio Preliminar, con una breve Introducción de Jorge Gelman, recuperaba el sentido de la iniciativa, pensada para públicos y lectores ampliados, por el carácter *online* de la publicación. Los textos de Sandra Sauro y el de mi autoría se sumaron a los de Pablo Buchbinder y Alejandro Cattaruzza en ese Estudio Preliminar.

La disertación de Nora Pagano en el acto académico de lanzamiento de la Serie, que contó con la participación de Carlos Cárcova, Director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Facultad de Derecho que era repositorio de los originales de las tesis doctorales de la Universidad de Buenos Aires –el otro es la Biblioteca Nacional–, completaron el sentido de la iniciativa al evocar las complejas y cambiantes relaciones de la Historia y el Derecho, que tuvo tal centralidad en la historia del Instituto Ravignani.

Un interés sostenido en las reformulaciones de esos diálogos se advertía en las líneas de investigación en curso en el Instituto, y las tesis de jurisprudencia de la Universidad de Buenos Aires estaban siendo incorporadas a esas investigaciones.

De modo que, más allá de la curiosidad inicial por la paradoja del interés del historiador constitucionalista por el tema de las finanzas revolucionarias, que la intervención de Nora Pagano vinculó a modo de hipótesis con las creaciones institucionales de la Universidad, por entonces la creación de la Facultad de Ciencias Económicas, y más allá de las relaciones interinstitucionales en el acto académico de lanzamiento de la Serie que la inscribía en las complejidades del diálogo entre la Historia y el Derecho, la publicación de una tesis histórica en sí misma, colocaba esos ejercicios doctorales y su producto “tesis” en una perspectiva histórica, al inscribirla en el corpus de las tesis doctorales de Jurisprudencia de la Universidad de Buenos Aires.

La función del Instituto en la formación de historiadores en la Carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires recuperaba un lugar en la discusión, dada la doble condición de Jorge Gelman, Director regular del Instituto y Profesor titular regular de Historia Argentina I “B”. El dictado anual de seminarios de grado, temáticos, de investigación o de tesis, en los que dio participación al conjunto de la cátedra, representó un trabajo de formación de estudiantes avanzados en el grado que empezaron a circular por el Instituto y su Biblioteca con una intensidad que mostró las ventajas de una iniciación temprana de la formación en investigación, en futuros becarios.

Una Comisión integrada por Roberto Schmit, Fernando Boro y Nora Souto asumiría la edición de esa tesis histórica, precedida por el Estudio Preliminar y las tesis sucesivas, en el marco reglamentario establecido en el Consejo Directivo.

La última de las tesis publicadas hasta ahora es la de Nora Souto, que recupera las mejores tradiciones del Instituto en el rigor del trabajo de los materiales documentales.

En la esperanza de que no lo sea por mucho tiempo, contando con que los avances de la Biblioteca Central en la edición digital de las tesis doctorales de la Facultad de Filosofía y Letras permitan contar con los link que remitan a los textos presentados por los doctorandos en el momento de la entrega de sus tesis, hago augurios por la posibilidad de contar con el acceso abierto y en tiempo real a públicos ampliados de los materiales que ofrezcan una información actualizada y menos mediada de las líneas de investigación en curso en el Instituto.

Me permito interesar a quienes formaron parte de esta historia del Instituto en lugares de representación en incorporar sus propias tesis a esta Serie, cualquiera sea el grado de conformidad con que se las haya concluido, o lo más o menos satisfechos que se pueda estar de los resultados. Son ejercicios doctorales.

Sería bueno poder compartir, con la edición del link, la noticia de la graduación como doctores de los becarios del Instituto.

Un indicio que me parece cargado de sentido tuvo lugar cuando colaboradoras de la Secretaría consultaron si podían organizar un brindis para homenajear a Nora Souto, tras la defensa de su tesis de doctorado, iniciativa que desde luego se apoyó.

Me parece que esos lazos de camaradería entre los compañeros del trabajo cotidiano en el Instituto encontraban en esos usos intensificados de la Sala, donde inicialmente se pensó realizarlo, un modo de mantener en la memoria el magisterio de Jorge Gelman, al respecto.

Yo misma, cuando tenía que recomendar algo o resolver una consulta, más de una vez me encontré preguntándome qué hubiera dicho Jorge sobre tal o cual asunto.

3. Un eco inesperado del 2001 en diciembre de 2017. Días de prueba o la hora más difícil

Jorge Gelman murió un sábado de diciembre de 2017.

Si bien ya se había despedido en la reunión del Consejo Directivo del miércoles anterior, anunciando la designación del Vice Director Alejandro Cattaruzza como Director Interino y la convocatoria a la brevedad del concurso de renovación del cargo de Director, al que no se presentaría, habíamos acordado reunirnos el viernes para ultimar detalles sobre el brindis de fin de año que tendría lugar el lunes siguiente.

Ese viernes el Instituto permaneció cerrado, por adhesión de los no docentes a un paro de actividades que resistía la Reforma provisional en un nuevo aniversario de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Los últimos intercambios a través de un correo electrónico se referían a eso, y esa última reunión tuvo lugar en un bar.

Esa situación del Instituto cerrado se mantuvo los días lunes y martes siguientes y postergó la despedida final de Jorge, a la espera de la finalización de ese cese de actividades.

Esta imagen del momento más dramático de la despedida final del Director del Instituto, tras firmar como testigo el acta que se requería para concluir las formalidades previas, y a pedido de su esposa que me distinguía con ese honor, se superponía –en una continuidad que me cuesta todavía recordar– con otra cuando, concluida la dolorosa ceremonia, y ya en el auto convertido en despacho de Director y Secretaría volante, presentaba a la firma del Director interino en funciones la documentación requerida para la renovación de la planta del Instituto. Se cerraba el año académico llevando a Puan todo lo necesario para la continuación del siguiente. Tal vez, lo más notable es que

podiera presentar para la firma del Director esa documentación sin haberla leído, en la confianza absoluta de quien la había preparado, accediendo con su llave al Instituto aún cerrado por el paro, imprimiéndola, encuadernándola y llevando consigo la voluminosa carpeta que yo podía presentar al Director interino para su firma con los ojos cerrados.

Una Secretaría funcionaba aún en las condiciones más dramáticas, trasladada adonde hiciera falta, como en esa ocasión.

Sólo resta reiterar mi agradecimiento a quienes lo hicieron posible, a todos los miembros del Instituto que estuvieron a la altura de lo que había que hacer, y a todos los que desde la Facultad y la Universidad nos hicieron sentir que no estábamos solos.

En esos días de prueba, el Instituto marchaba sobre los carriles previstos con una normalidad absoluta, con un Director Interino en funciones y la sustanciación del concurso de Director en condiciones de realizarse, y podía contarse, sin que se notara, con una Secretaría que garantizaba que esto funcionara. A todos reitero mi gratitud por honrarme con su confianza.

Desde luego sería excesivo atribuirme ese resultado como un propósito y, sobre todo, violentaría el sentido histórico. Pero no está mal tampoco que, por una vez, al levantarse el telón, se vea la trastienda.

A todos, nuevamente mi agradecimiento.

Entre la Secretaría, la Biblioteca, el Archivo Documental y la gestión administrativa

Daniel Santilli

En noviembre de 1999 me incorporé al staff del Instituto y permanecí en él hasta octubre de 2020, cuando accedí a mi jubilación. Casi veintiún años. El lector muy fácil puede deducir que yo ya tenía una actividad laboral previa de muchos años, treinta para ser más preciso. Me había desempeñado, hasta ese entonces, en puestos administrativos en diversas empresas, incluso bancos, llegando al cargo de gerente administrativo. Siempre digo que hice la carrera de historia a partir de la beca que significaba tener un empleo más o menos seguro en la actividad privada. Pero mi ubicación en el Instituto se produjo porque la última empresa en la que había trabajado presentó quiebra. De modo que me hallaba, en ese momento, sin empleo, sin ingresos y con mi licenciatura en Historia, que nada tenía que ver con mis actividades previas para las que, de continuarlas, me faltaban actualizaciones profesionales. Decidí entonces priorizar la carrera. José Carlos Chiaramonte, director, y Jorge Gelman, que conocían mi situación de desocupado, vieron en mí condiciones para ocupar un puesto en el Ravignani.

Mis tareas nunca fueron de Secretaría, pero dada mi cercanía geográfica se me asimiló muchas veces a la misma. De tal modo, una buena parte de los investigadores, becarios y público en general me consideraba como perteneciente a esa área. Se me asignó el despacho contiguo a la dirección, al cual sólo se podía acceder pasando por la oficina de la Secretaría; a eso me

refiero con la cercanía geográfica. En ese entonces la misma estaba ocupada por Susana Yazbek y por Fabiana Arbia, con quienes tenía contacto estrecho.

Mi función específica era coordinar las áreas de información en el Instituto, que significaba hacerse cargo de la difusión de actividades del mismo, de la organización de la informatización de los catálogos de la Biblioteca y del Archivo Documental, del ordenamiento de este último y una tarea que tenía que ver con mis experiencias previas: la administración de los escasos fondos con que contaba el Instituto, provenientes de subsidios otorgados por diversos organismos e instituciones. Esta función se iría incrementando con el tiempo por el cambio de estatus del Instituto, dado que accedió a asignaciones financieras de la UBA y del CONICET. Ya volveré sobre tales labores.

Durante el primer año de mi incorporación se comenzó a formar la red Clio, de la que fui responsable hasta mi jubilación, a cuyos inscriptos se informaba de las actividades del Instituto en general, de la biblioteca en particular y de la profesión. Incluía novedades bibliográficas, convocatorias, congresos, jornadas, etc. También se procesó el catálogo de la Biblioteca, tarea que se prolongó por varios años, primero en forma independiente de la dirección de la Biblioteca Central, cuyos archivos formaron parte más tarde del actual Catálogo Colectivo de las Bibliotecas de la Facultad de Filosofía y Letras.

Una de las situaciones más impactantes del período fueron los sucesos del 19 y 20 de diciembre de 2001. El Instituto está ubicado a doscientos metros de la Plaza de Mayo, lugar donde se produjeron los hechos por todos conocidos, la movilización a la plaza, la violenta represión y la renuncia del entonces presidente Fernando De la Rúa. Recuerdo llegar el 19 al mediodía al Instituto y encontrar el edificio cerrado. Y no volvió a abrir por el resto del año. Recién nos reencontramos a la vuelta de las vacaciones. Sucesos como éste se reiteraron en varias oportunidades durante el transcurso de mi vida laboral en el Ravignani. Por ejemplo, en diciembre de 2017 el edificio

permaneció cerrado por las movilizaciones que se ocasionaron durante la discusión de la ley previsional que recortaba derechos a los trabajadores. Nos encontramos con María Inés Schroeder y Jorge Gelman, en ese entonces secretaria y director respectivamente, en la puerta y fuimos a tomar café al bar de la esquina; no sabíamos que iba a ser la última vez que vimos con vida a Jorge, quien falleció al día siguiente.

Lentamente, en esos primeros años del nuevo siglo, se fue generando la red de computación que conectó a todas las áreas del Instituto. Esa tarea también estuvo a mi cargo, aportando planificación, ideas y sistemas que requerían la aprobación del Director Chiaramonte y de los usuarios de la red local y de Internet. Esta tarea llevó varios años, porque debía hacerse en concordancia con la misma obra en la Facultad de Filosofía y Letras, también demorada por restricciones presupuestarias.

La renuncia de Susana Yazbek a la Secretaría, que fue reemplazada por María Inés Schroeder, es otro hito importante en la vida del Instituto y en mis propias tareas. Se especificaron más claramente las delimitaciones de mi cargo y de mis actividades con las propias de la Secretaría. Uno de los cambios fue el resultado de la incorporación del Instituto directamente a la Universidad de Buenos Aires, generando nuevas y más específicas tareas de la Secretaría. En definitiva, el funcionamiento de la institución se complejizó delimitando funciones y generando nuevos cargos y labores. Por ejemplo, se incorporó un Consejo Directivo, conformado por investigadores, becarios y personal de apoyo, con funciones consultivas.

Pero esta complejización no se detuvo. Años después se solicitó, y luego se realizó, la inclusión del Instituto a la nómina de instituciones con dependencia mixta, es decir UBA y CONICET. Dicha concreción significó la asignación de fondos para su funcionamiento, posterior a la formulación de un presupuesto anual. Fondos que hubo que administrar y llevar la contabilidad de las asignaciones, tarea que me fue encargada por mi experiencia previa.

También significó un cambio en las normas para el nombramiento del Director, resultado de un concurso, y del Consejo Directivo, conformado con el voto de los investigadores, becarios y personal de apoyo, adecuando su funcionamiento a las normas del CONICET. La Secretaría se hizo cargo de observar el cumplimiento de los reglamentos que impusieron la UBA y el CONICET. En cuanto a la administración contable, quedó a mi cargo. Mediante concurso llegó a la dirección del Instituto Jorge Gelman. Esta nueva situación produjo cambios tanto edilicios como de actividades y de organización, que otorgaron al Instituto un prestigio mayor al que ya tenía y que prontamente se reflejaron en el crecimiento de la cantidad de investigadores, de becarios, de docentes y de personal de apoyo.

Tuve a mi cargo la administración de los fondos presupuestarios otorgados por el CONICET, para lo cual accedí a la firma conjunta de cheques y comprobantes con el director. Asimismo, el organismo de ciencia y técnica nos otorgó un subsidio especial, mediante concurso, orientado a realizar mejoras edilicias, en concreto baños y cocina, que también administré.

Hacia el fin del período de dirección de Gelman la UBA fijó una asignación anual a todos los institutos de su dependencia, monto que se sumó al presupuesto del CONICET, de modo que se profundizó el proceso de reformas y actualizaciones de equipamiento. También fui designado para la gestión de esta nueva propuesta.

En este lapso la planta de personal permanente se acrecentó; cuando yo ingresé, en 1999, no alcanzaba a diez personas, entre docentes y no docentes, personal de apoyo, etc. A mi egreso éramos alrededor de veinticinco, trabajando en un ambiente por demás confortable y con excelentes relaciones.

En definitiva, el período que le cupo a Jorge Gelman, 2012-2017, fue de intensa actividad y reformas edilicias, al punto en que decía que “él pasaría a la historia del Ravignani porque bajo su dirección se modificaron los

baños y la cocina”. En realidad la modernización edilicia y académica del Instituto tuvo que ver con estas asignaciones presupuestarias, el prestigio del Instituto y el empuje que el inestimable Jorge le otorgó a su gestión.

Lamentablemente, Jorge falleció en diciembre de 2017, pero su empuje y criterios siguen vigentes en la continuidad de la dirección y de las diferentes secciones del Instituto. Me retiré en octubre de 2020, en plena pandemia, con el Instituto cerrado desde marzo, pero sigo y seguiré unido profesional y afectivamente a él.



Dirección del Instituto Ravignani, en el 2° piso de 25 de Mayo 221, Buenos Aires.

La Biblioteca del Instituto Ravnani

Abel Roth

Llegué al Instituto Ravnani cuando se iniciaban las actividades del año académico, en 1987. Había pedido el pase a ese Instituto hacía meses y se había hecho efectivo en los últimos días de 1986.

Solo conocía el lugar por haber ido un par de veces a la Biblioteca, pero había escuchado hablar de él en muchas ocasiones, “ese es tu lugar” me habían dicho varias veces sabiendo de mi inclinación por la Historia Argentina.

Al conocer al Instituto “por dentro”, me sorprendió el gran espacio que ocupaba y el descuido en que se encontraban algunos sectores; el mobiliario era antiguo, faltaba limpieza y, sobre todo, personal.

La biblioteca (del más grande de los Institutos de la Facultad), estaba atendida solamente por una bibliotecaria que era la única persona que sabía dónde se encontraban los libros. La Sala de lectura estaba bastante ordenada, pero al ingresar al depósito me encontré con un laberinto de estanterías que no tenían ningún orden (había una con el número 65 y al lado otra que decía: “*Apartado 9...*”). Fue necesario confeccionar un plano de la Biblioteca a fin de ubicar todos los muebles.

El Director de entonces, Eduardo Saguier, me pidió que ordenara legajos en la Sala de investigadores y que reemplazara a la bibliotecaria cuando ella se retiraba, con lo cual yo cumplía con funciones técnicas y administrativas.

Dos meses después era nombrado Director del Instituto José Carlos Chiaramonte, que llegó acompañado de Noemí Goldman. Al poco tiempo se notó que querían darle un nuevo impulso al Instituto para que ocupara el lugar que merecía.

El nuevo Director me preguntó si quería ser técnico o administrativo, con lo cual elegí el puesto de técnico en la Biblioteca donde cumplía la función de referencista y de atención al público.

Al poco tiempo llegaron a la Biblioteca dos refuerzos: una bibliotecaria (Violeta Antinarelli) y una profesional principal del CONICET (Marcelina Jarma) las cuales se abocaron a la tarea de ordenar la Biblioteca (tarea bastante ardua). La Hemeroteca era un pasillo largo que llegaba casi hasta el extremo del edificio que estaba bastante ordenada y con colecciones muy valiosas como la *Revista del Río de la Plata*, la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* o la *Revista Argentina*, algunas de las cuales habían pertenecido al Dr. Emilio Ravignani. El problema era ubicar los libros que se pedían ya que no había un fichero unificado. La Biblioteca que había pertenecido a Ravignani estaba ordenada con Clasificación Decimal Universal (CDU). Había un fichero de fichas grandes donde estaban los libros más antiguos del Instituto hasta los años 50'. Por último, había un tercer fichero incorporado en los años 60' donde se pretendía unificar los anteriores junto a los libros que se iban incorporando, tarea que se encontraba a medio hacer.

En un cuarto al fondo del pasillo de la Biblioteca se encontró una buena cantidad de cajas con libros donados por la Biblioteca Lincoln que no estaban entrados y una apreciable cantidad de ejemplares del diario *La Nación* encuadernados de principios del siglo XX. Los diarios serían ordenados por un profesional adjunto que había llegado del CONICET: Christian Werckenthien.

En un armario metálico que el Director nos autorizó a abrir se encontraron libros de la primera época del peronismo y también de la revolución libertadora, como estaban sin entrar se llenaron dos estantes con ellos.

Al tiempo llegaron dos bibliotecarias más para atención al público y entrar libros, luego llegarían las computadoras donde se iría volcando todo.

Tuve la suerte de conocer en la Biblioteca a una buena cantidad de investigadores extranjeros, entre ellos: Ruggiero Romano, Antonio Aninno y Loris Zanatta de Italia; Susan Socolow, Lyman Johnson y George Reid Andrews de Estados Unidos; Geneviève Verdo de Francia; João Pimenta de Brasil; Carlos Marichal de México y una larga lista... algunos venían a dar charlas, otros seminarios y otros se quedaban meses en Buenos Aires investigando, también nos visitaban investigadores del interior frecuentemente.

Párrafo aparte merece Tulio Halperin Donghi que cada vez que venía a Buenos Aires visitaba la Biblioteca.

El funcionamiento de la Biblioteca a fines de los 80': muchas veces atendíamos a sala llena, entrábamos a las 14, guardábamos los libros que quedaban del día anterior y a las 14:30 comenzábamos a atender al público. Esa media hora de 14 a 14:30 era frecuentemente utilizada para ingresar a la Sala, así que a pesar de poner carteles de atención al público a las 14:30 y viendo que muchos hacían caso omiso, hubo que echar llave a la puerta de entrada hasta el horario de atención. Por otra parte, debían preservarse aquellos libros que no podían prestarse a domicilio ni fotocopiar; tengamos en cuenta que no había teléfonos celulares con los que se pudieran fotografiar las páginas.

Por empezar, los libros de la Biblioteca que perteneció a Emilio Ravignani no se prestaban para fotocopiar y menos aún para préstamo domiciliario. Pero también había una buena cantidad de libros en la Biblioteca que estaban desde antes de la colección Ravignani que por su antigüedad o estado no se

podían prestar ni siquiera para fotocopias porque se despegaban las páginas. Esto, sumado a que de la mayoría de los libros hubiera un solo ejemplar hizo que el Director decidiera que solo los miembros del Instituto podían llevar en préstamo aquellas obras que podían salir, cualquier otra posibilidad debía contar con la autorización de la Dirección del Instituto. Esto hizo que se preservaran los libros antiguos o en mal estado.

Otros dos problemas fueron la falta de espacio y el excesivo peso que implicaba tener esta gran cantidad de libros.

Una comisión enviada por el Rectorado había aconsejado no cargar con más peso a la ya amplísima biblioteca, pero tampoco había espacios para seguir colocando muebles. Así que se decidió derivar a otras salas del Instituto una buena cantidad de libros que no se pedían o estaban duplicados, además se derivaron revistas que no se utilizaban a otras bibliotecas, por ejemplo, *Cuadernos Hispanoamericanos*, una conocida revista española que ocupaba todo un mueble y era más de literatura que de historia, por lo que fue derivada a otra biblioteca ya que en el mismo edificio había tres Institutos que tenían esa publicación.

Justamente las publicaciones periódicas (revistas) podían llevarse a fotocopiar si su estado lo permitía, pero no podían llevarse a préstamo domiciliario.

Durante la gestión de Chiaramonte llegaron al Instituto una buena cantidad de computadoras. Solo en la recepción de la Biblioteca se instalaron tres de ellas para consulta de los lectores cuando la mayoría de los Institutos de la Facultad tenía una que también era utilizada por el bibliotecario. Ahora los usuarios de la Biblioteca podían consultar directamente las bases de datos, además cada bibliotecario tenía una PC de uso personal.

Creo que los problemas graves de esos años fueron dos: un derrumbe que hubo en el tercer piso del edificio con caída de agua que afectó libros de un

sector de la Biblioteca y los robos, todo esto en los años 90'. El derrumbe fue de tal magnitud que mereció tapa del diario de mayor circulación: *Clarín*, en ese entonces con un tiraje de ejemplares bastante mayor al actual.

Esto hizo que las autoridades de la Facultad tomaran debida nota y enviaran a la Biblioteca máquinas para eliminar la humedad. Algunos libros fueron restaurados gracias a la tarea de las bibliotecarias.

El otro tema, el de los robos, no era privativo del Ravignani, sucedía en distintos Institutos del edificio, esto pasaba porque las llaves quedaban en Intendencia, planta baja, en un tablero donde eran fáciles de sacar, los robos sucedían por la noche o los fines de semana. El tema se fue solucionando con un mayor control sobre las llaves.

Las compras de libros que realizaba la Facultad no eran abundantes pero la Biblioteca fue enriqueciendo su acervo gracias a distintas donaciones; el profesor Luis Alberto Romero donó los libros de su padre José Luis Romero que se referían a Historia de América (los de Historia Europea fueron al Instituto de Historia Medieval), también la donación de la Biblioteca Zapico fue una de las más importantes y más recientemente la que perteneció a Jorge Gelman, ex Director del Instituto, entre otras.

El cambio de siglo encontraría a la biblioteca en plena transformación. Se incorporaba más personal, se adquirían más computadoras y se conectaban con las redes bibliográficas.

Ahora los usuarios podían consultar los fondos bibliográficos del Instituto y además otras redes. Lejos habían quedado los tiempos en que Roa Bastos buscaba en forma manual en la biblioteca datos históricos para su novela más trascendental, *Yo el supremo*. La Biblioteca, además de ser la más voluminosa, pasó a ser la más adelantada de la Facultad.

Alguien que hubiera consultado en los años 90' la Biblioteca y volvía ahora se sorprendería de los cambios, me lo han comentado en más de una oportunidad. Allí tuve la suerte de conocer personalmente, además de Chiamonte, Goldman y Gelman a algunos de los autores que había leído en mis tiempos de estudiante: Hilda Sabato, Ana María Presta, Raúl Fradkin, Juan Carlos Garavaglia y, por supuesto, Tulio Halperin Donghi.

Hoy la biblioteca está considerada entre las mejores del país (para muchos es la mejor), ha ampliado y diversificado sus servicios y cuenta con personal capacitado. La unificación de los ficheros fue una tarea que por su magnitud llevó bastantes horas de trabajo de las bibliotecarias y bibliotecarios que cumplieron esa tarea. En ese lugar conocí muchas personas extraordinarias, algunas hoy son grandes amigos y con otros mantengo el contacto a través de las redes. Cuando me llegó la noticia del retiro supe que lo iba a extrañar y me quedó flotando la frase de Borges: “siempre pensé que el paraíso era una especie de biblioteca”.

Entrevista a Marcelina Jarma

Entrevista de Omar Acha

Marcelina Jarma fue responsable de la biblioteca del Instituto Ravignani entre 1988 y 2002. El encuentro con Marcelina tuvo lugar en su departamento, en el barrio de Recoleta, ciudad de Buenos Aires, el domingo 7 de noviembre de 2021. El texto corresponde a la desgrabación de la conversación, con la elisión de algunas digresiones, y algunas pocas enmiendas posteriores por parte la entrevistada.

Omar Acha: ¿Podés hacer un pequeño *racconto* de tu biografía hasta el momento en que llegás al Instituto Ravignani?

Marcelina Jarma: Nací en 1936, en Santiago del Estero, en la ciudad capital. Fuimos siete hermanos, muy bochincheros y muy unidos. Mis padres no eran intelectuales. Eran comerciantes. Lo único que pretendían era que nosotros estudiáramos y fuéramos buenos estudiantes. Yo estaba muy apegada a mis padres, a todo lo que ellos decían, a lo que querían para nosotros. Y además fueron muy generosos con nosotros, generosos para cosas que fueran de estudio y de formación. Todo lo otro les parecía fantasía.

Hice el bachillerato en Santiago, pero me parecía una ciudad muy chiquita. Mi hermana mayor, Elena, de mucho carácter y que quería mucho para sus hermanos, ya estaba estudiando en Buenos Aires. Me recibí de bachiller muy joven, a los 15 años, y me quedé unos años con mi madre en Santiago.

Yo vine cuando ya todos mis hermanos estaban aquí. Mis padres no vinieron. Mi madre vino cuando enviudó y estaba sola en Santiago. Mi padre murió en agosto de 1966. La primera carrera que yo estudié fue Arquitectura. Lo que a mí me interesaba era Arte. Pero para entonces, mediados de 1956, no existía.

OA: ¿Cuándo comenzaste la carrera de Letras?

MJ: Me cambié a Letras estando todavía en Arquitectura. Seguía buscando una carrera de Arte, Teoría del Arte. De dónde habría sacado eso, no lo sé. Leía libros que llevaban mis hermanos. Mis padres eran lectores del Antiguo y el Nuevo Testamento. Y del diario de Santiago, *El Liberal*. Algunos días de la semana leían *La Nación*, que venía de Buenos Aires.

Para el '58-'59 decidí estudiar Letras porque me gustaba mucho leer y escribir. Me anoté en Letras e hice la carrera en tiempo. Me recibí en julio de 1965. Yo no quería vivir en Santiago. Luego de un año con mi madre, vinimos a Buenos Aires y desde 1967 toda la familia se quedó acá.

Antes de graduarme quería trabajar en una editorial y fui a Eudeba [Editorial Universitaria de Buenos Aires]. Su director, Boris Spivacow, estaba por irse. Venía [el golpe de Estado del general Juan Carlos] Onganía. Siempre teníamos la espada de Damocles de una intervención cuando estaba en la Facultad de Arquitectura. Y en Letras también. Tuve profesores fantásticos. La Facultad estaba en la calle Viamonte. Enfrente estaba una muy buena librería, la de Paulino Vázquez. Más hacia la calle San Martín estaba la librería Letras, de dos chicas que tenían libros más modernos, más actuales. También había muchos bares cercanos a los que solíamos ir.

Había trabajado haciendo la misma tarea para una editorial ubicada en Congreso, de una firma muy importante. Quería trabajar en Eudeba porque era muy de la Universidad de Buenos Aires. Entonces pedí para trabajar y me dijeron que sí. Aprendí a corregir pruebas de imprenta. Es lo que me ha

quedado como oficio. Para mí era muy importante trabajar en una editorial donde se hacían los mismos libros, porque para mí si hay algo digno de ser tomado en serio es un libro, cualquier libro, cualquier cosa para leer.

Trabajé en el Centro Editor de América Latina. En planta muy poco. Pero trabajé haciendo las correcciones [*free lance*] durante mucho tiempo. Es el oficio que me ha quedado. Aún hoy puedo hacerlo muy bien. Eso duró hasta que fui a la Biblioteca Nacional para trabajar como referencista. Ahí me di cuenta de que yo como referencista era eficiente. Porque lo primero que hacía era ver los libros, y yo había leído muchos libros. Lo que me preguntaban, contestaba, y podía guiar al lector a encontrar lo que necesitaba. Lo que me preguntaban yo podía buscarlo y guiar al lector. Porque un investigador pregunta cuestiones especiales, no específicas. No son cosas que van al grano. No se puede saber dónde están. Hay que pensar mucho para saber dónde están. Piden cosas que a veces uno ni se imagina.

OA: ¿En qué año comenzaste a trabajar en la Biblioteca Nacional?

MJ: Comencé a trabajar porque una amiga me avisó que necesitaban a una persona para atender a la gente. Fui y estaba como director Dardo Cúneo. Trabajé tres años en la Biblioteca Nacional entre 1985 y 1988.

OA: ¿Cómo fue que te llegó la novedad del Instituto Ravnigani?

MJ: Un día [de 1988] que yo estaba en la Biblioteca Nacional llegó Ernesto Cussianovich, a quien yo conocía del Centro Editor de América Latina. Habíamos sido compañeros, más bien poco tiempo. Él me dijo que en el Instituto Ravnigani necesitaban una persona para trabajar en la biblioteca. Amanda Toubes le había dicho que me fuera a ver. Ese mismo día les pregunté a Rodolfo y Alicia Borello, en cuya casa vivía, y Alicia me dijo “No te vas a quedar en la Biblioteca Nacional”. Rodolfo me dijo: “Tenés que ir al Instituto”. Al otro día lo llamé a Ernesto y le dije que sí. Fui a la

Biblioteca Nacional y vi al director, Dardo Cúneo, para decirle que me iba al Instituto Ravignani. Me despedí de mis compañeros porque yo estaba en la parte de Referencia. Me despedí de una manera triste para mis adentros, porque estaba muy contenta de estar en la Biblioteca Nacional. Había conocido esa biblioteca como estudiante, cuando todavía estaba en la calle México. Yo iba de mi casa a pie, a pesar de que eran muchas cuadras. Era para mí la biblioteca más importante.

OA: ¿De qué manera ingresaste a la biblioteca del Instituto?

MJ: Lo vi a [José Carlos] Chiaramonte, que me hizo esperar en la biblioteca. Apareció y yo miré la biblioteca. Era la sala principal. Miré un poquito y estaba muy desordenado todo. Más que desorden se veía incuria. Estaba la mesa grande que todavía debe estar. Esas mesas largas que había visto como alumna de la facultad. Me dijo que necesitaban una persona para atender la biblioteca, que era biblioteca de investigadores y lo que me pagaban era bastante porque iba a estar en el CONICET [en la carrera de Personal de Apoyo]. Dije que sí y al otro día comencé a trabajar.

OA: ¿Ya lo conocías a Chiaramonte?

MJ: No lo conocía, pero sí a la biblioteca. Yo iba a los Institutos que estaban dentro de la facultad, en [la calle] Viamonte. Arquitectura la cursé en la calle Perú. Viamonte y Perú eran para mí la universidad. Bueno, miré y dije para mis adentros: “Esto es un trabajo enorme”. Pero dije que sí. Me parece que en ese momento lo que me decidió fue que yo había consultado casi todos los institutos como alumna de la facultad, esos libros eran importantes y había que cuidarlos.

Empecé a trabajar al otro día. Recorrí el lugar. La tarea principal fue algo muy particular mío. Quise ver si todavía estaba una edición número once de la *Enciclopedia británica*, encuadernada en cuerina color bordó. Es una

edición fantástica. Cada artículo está firmado por especialistas. Está en papel biblia, con caracteres en una tinta muy negra. Busqué y la encontré. Entonces me quedé tranquila y comencé a trabajar. Fui hasta el fondo de la biblioteca y vi que todo estaba hecho un lío. Y como todo estaba hecho un lío, encontré unos papelitos blancos y dije que cada día ordenaría una parte, aunque pequeña de la biblioteca. De esa manera llegué a ordenar casi toda la biblioteca en bastante poco tiempo, debo decir.

Segunda cosa que vi cuando llegué es que al mirar dos o tres estantes todas las revistas estaban mezcladas. Y dije, “este trabajo es el primero que tengo que hacer”. Entonces empecé a limpiar. Llevaba guantes de algodón blanco, que eran mejores para los libros. Dejé un estante vacío. Ese estante vacío me permitía poner orden en las revistas mezcladas. Llevaba de mi casa unos cepillos viejos, limpios, y entonces cepillaba los cantos un poco hasta que me compraron una pequeña aspiradora. Había mucho polvo. También compré muchos caramelos. Yo era la última que se iba y conversaba con los ordenanzas. Les daba caramelos. Yo comía caramelos que me gustan mucho. Y les decía qué parte quería que limpiaran. Era poca la gente que estaba ahí para ayudar. Así empecé a ordenar las colecciones. Me caí dos veces. Yo me subía a las escaleras. En lo alto ponía lo que pensaba no lo pedían o lo pedían poco.

Trataba de que todo estuviera sin polvo, porque había mucha mugre. Un día sin decir nada, no, yo le dije al director que teníamos que pedir una persona que nos dijera cuál era el grado de suciedad, no dije “suciedad”, que había ahí. Me dijo que no, que eso era caro y no había plata. Yo por mi cuenta fui a la asociación de químicos argentinos y le dije a uno de los químicos si podía venir. Él me dijo: “esto es totalmente insalubre”. Le pagué de mi bolsillo y le dije si me podía hacer un papel. Lo presenté al director y le dije “esto es lo que me ha dicho el químico”. Me dijo “¿por qué lo llamó?”. Fue una de las primeras discusiones con el director, que tenía bastantes pero era muy buen tipo Chiaramonte. Me dijo “¿Cómo usted llama sin decirme nada?”.

[Respondí:] “Porque usted me había dicho que no, y entonces yo necesitaba saber el estado real porque si viene gente a trabajar, y yo estoy trabajando aquí...”. Efectivamente, yo tengo una bronquitis aguda gracias a ese lugar. Dos veces tiraron agua por encima de los libros. Logré salvar todos los libros, menos uno.

OA: ¿Cuántas personas estaban en la biblioteca cuando llegaste?

MJ: Estaba Violeta Antinarelli. Después se la llevó una señorita de la Academia Nacional de la Historia. Le dijo que era mejor, y se fue Violeta. El director dijo que se fue por mí. Le dije: “no se fue por mí, se fue porque le pagaban más y estaba todo limpio”. Era la verdad. La biblioteca dejaba mucho que desear. Yo llevaba gamuzas de mi casa. No sé si yo era referencista, bibliotecaria o personal de servicio. Yo limpiaba todo el tiempo los libros y los estantes. Era tierra, polvo, todo. Después quedó todo muy bien. Me acuerdo de que una vez vino el profesor [François-Xavier] Guerra y dijo: “Marcelina, usted sabe que el profesor Chiaramonte me dijo que todo esto es obra suya”. Le respondí: “son cosas que dice el profesor...”.

Después estaba un muchacho, Abel [Roth], que entró a la biblioteca cuando yo estaba en la biblioteca. Él estaba en otra biblioteca de documentos en biblioratos enormes que había copiado Ravignani. Esa era la biblioteca que estaba más cerca de la dirección.

OA: ¿Durante la década del ‘90 fueron tomando más gente?

MJ: Sí, yo pedí bibliotecarios. Tomaron una alumna de bibliotecología y una bibliotecaria. Después tomaron otra, cuando yo salí. Teníamos muy poca gente. Me decían que yo los hacía trabajar mucho. Yo creo que no los hacía trabajar mucho porque yo trabajaba a la par de ellos.

OA: ¿Cómo veías la diferencia respecto de la Biblioteca Nacional, pues si bien también allí se investiga, es más amplia, en cambio la del Ravignani es más especializada?

MJ: Era una biblioteca de investigación. Muchas veces fueron a ver con chicos de colegios, de colegios muy caros de aquí, particulares, para ver pequeñas cosas para los alumnos de la secundaria. Yo les decía que era una biblioteca de investigación. Se enojaban las madres que iban con los niños para que consulten. Yo les decía: “hablen con el director”. Los acompañaba. El director luego me decía: “¿por qué hizo eso?”. Y yo le decía: “porque ésta es una biblioteca de investigación, usted sabe”.

OA: ¿Qué diferencias había con el trabajo de referencista en el Ravignani respecto del de la Biblioteca Nacional?

MJ: Yo aprendía de los investigadores. Un bibliotecario tiene que saber escuchar. Si sabés escuchar, sabés preguntar a él, por qué te pregunta eso, dónde lo encontró. Vos te abris a él: “esto yo no lo sé, lo quiero saber”. Entonces aprendés del lector. Empecé a estudiar bibliotecología. Hice dos años y dejé porque no me venía bien el horario. Además ya conocía todo lo que ellos hacían.

OA: ¿Cómo se fue desarrollando la colección?

MJ: Con las donaciones, que iban al fondo. Completé muchas de las colecciones de la biblioteca. Porque había como un consenso de que un profesor se llevaba un libro, lo dejaba en su casa y no lo devolvía. Yo empecé a ver las boletas y a cobrar los libros. Me decían: “¿cómo me dice a mí que yo voy a devolver ese libro?”. “Porque lo tiene que devolver”, contestaba yo, “el libro es de aquí, no es suyo”. Natural, si algo hay algo natural en el mundo. Así se completaron muchas colecciones. Y también con las donaciones, aunque no había tantas donaciones yo las solicitaba y tenía buena respuesta.

Por compra llegaba poco. Siempre hubo poca plata para compra. Yo hacía intercambio. Para mí el intercambio fue muy importante. Intercambiaba con todas las bibliotecas. Si tenía repetidos, guardaba un libro y otro ejemplar por si se perdía, y el tercero lo intercambiaba. Era mucho trabajo. Había que hacer listas. Había que traerlos y no todo el mundo quería ir y traerlos. Muchas veces he ido y he traído paquetes a la biblioteca.

Había una cosa... [risas]. Una vez me dijo el director: “pero Marcelina, ¿a quién le saca plata usted?”. [Le respondí:] “A nadie profesor”. Por ejemplo me preguntaban por un libro nuevo, y les decía “ese libro no está aquí, no lo pudimos comprar, no tenemos dinero”. Entonces me decía el usuario: “yo le doy el dinero”. Entonces yo decía, “bueno, voy a preguntar”. Y no preguntaba porque me iban a decir que no. Iba y compraba el libro, pedía un duplicado [de la factura], le mostraba al usuario que lo había pagado, y el libro quedaba en la biblioteca. Le mostraba al director, el director me daba un reto y yo lo guardaba en la biblioteca y ya está. Los usuarios me decían que estaba bien. No era cosa mía. Y el director no quería creer. Cómo le voy a decir que no al usuario, pensaba yo.

OA: ¿Pedías libros a las editoriales?

MJ: Sí, pero las editoriales son muy mezquinas. Son muy tontas. Creían que no les iban a comprar. Muchas veces les dije que el que ve en una biblioteca un libro, después lo compra. Cosa que era verdad. Pero las editoriales no son buenas con las bibliotecas. Por lo menos no cuando yo trabajé.

Lo que yo tenía que hacer en la biblioteca era una lucha diaria, todos los días. Tenía que considerar lo que pedían los lectores, ver después dónde podía estar, si lo teníamos o no porque todavía la biblioteca estaba en organización. Yo dejé la biblioteca organizada. Cuando estuvo organizada me fui. Me dijeron que no me fuera. Ya tenía 65 años y dije “ya está”.

OA: ¿En qué año te fuiste?

MJ: El 31 de agosto de 2002.

OA: ¿Cuáles dirías que fueron los logros mayores de tu trabajo en la biblioteca?

MJ: Que la levanté, la ordené y le di relieve. La biblioteca después que murió Ravignani se vino abajo. Cuando estuve en la biblioteca, y cuando estuvo Chiaramonte en el Instituto, eso se levantó, se hizo una institución más relevante para la historia, para la historia de la Argentina y para la historia internacional. Venían muchos investigadores jóvenes y menos jóvenes. Venían de Europa, de Ámsterdam, de Francia, de Inglaterra, de Estados Unidos y de países limítrofes, y de las provincias.

A mí gustaba estar en la biblioteca, esa es la verdad. Y creo que algo muy importante para cualquiera que trabaje es que esté bien donde trabaja. Que te guste. Si no te gusta, no funciona. No es eso lo que le toca a todo el mundo, también lo sé. A mí me tocó, a mí me gustó ese trabajo, o yo hice que me gustara. No lo sé. Pero a mí los libros me gustan.

OA: De alguna manera trabajar en la biblioteca era seguir desarrollando esa relación con los libros...

MJ: Exactamente.

OA: ¿Vos leías textos de historia?

MJ: Siempre leí. De historia, literatura, literatura de ficción, poesía. Estaba relacionada con gente de literatura. Entonces aunque sea con vergüenza tenía que saber algo. También era una cuestión de saber qué pasaba con el arte. Tuve como profesores gente muy buena.

OA: ¿Alguna otra cosa que quieras decir de tu experiencia en la biblioteca?

MJ: Que fue muy feliz. Fue un periodo muy feliz de trabajo. Lo disfruté porque disfrutaba los libros. Disfruté todo lo que estaba ahí. Las colecciones que estaban y deben estar, supongo, son hermosas.



Sala de lectura de la Biblioteca del Instituto Ravignani.

Notas sobre dos decenios de trabajo de gestión en los archivos y las publicaciones del Instituto Ravnigani

Roberto Schmit

En 1991, cuando aún estaba terminando mis estudios de maestría, convocado por José Carlos Chiaramonte ingresé con un cargo de gestión interina al Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravnigani”. Desde entonces y por más de veinte años, además de mi trabajo como docente-investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y del CONICET, me desempeñé en diferentes tareas cotidianas como parte del personal del Instituto.

Inicialmente en esa etapa de refundación del Instituto, a pesar de que por entonces los integrantes del mismo (investigadores y personal) colaborábamos a diario en múltiples actividades¹, me asignaron desde la dirección dos

¹ Recuerdo que, a pesar de tener responsabilidades concretas, inicialmente a diario casi todos los integrantes del Instituto por entonces (un plantel reducido) realizábamos de hecho diferentes tareas de cooperación con variadas tareas, más allá de las asignadas principalmente. Ello implicaba que como integrante del Ravnigani, dado el escaso personal de apoyo a las actividades académicas, de gestión y de mantenimiento, por entonces hacíamos una amplia serie de colaboraciones voluntarias. En mi caso implicaron en muchas ocasiones desde enseñar a utilizar las computadoras, los programas y asesorar al personal de Biblioteca y administración, hasta colaborar en diferentes roles en las reuniones, trasladar mobiliario y materiales de trabajo (sobre todo desde que se produjo la ampliación del Instituto a las restantes oficinas del segundo piso de 25 de Mayo y la creación de nuevos programas). Incluso en alguna ocasión también

tareas principales para desarrollar que fueron la salvaguardia, organización y catalogación de los archivos que por entonces se encontraban totalmente dispersos y casi abandonados por las gestiones anteriores y las tareas de apoyo en la secretaría del *Boletín del Instituto Ravignani*.

En aquel momento buena parte de los valiosos documentos (originales y copias) del Instituto no estaban organizados ni siquiera respecto de su ubicación física, ni existía un catálogo completo que diera cuenta de ellos. Por tanto, la enorme tarea a desarrollar incluía en sus orígenes la necesidad de ubicar toda la documentación, valorar su estado, reubicar los documentos cuando fuera necesario, salvaguardar su estado y hacer una catalogación de ellos.²

Para esa época los principales archivos existentes eran los documentos originales de variada procedencia, las copias de documentos de los copistas, quienes habían sido enviados durante años por Ravignani a diversos archivos históricos en diferentes países, que estaban sobre todo ubicadas en la Sala de Investigadores. En tanto el archivo institucional del Instituto y personal de Ravignani se hallaba disperso entre varios salones,

tuvimos que acondicionar y pintar parte de la oficina que usábamos, dadas las limitaciones de los servicios que por entonces ofrecía la Facultad.

² A pesar del esfuerzo permanente que se hizo (incluso de los investigadores y del personal de Biblioteca), desde el mismo inicio de la gestión de Chiaramonte en el Instituto, no era raro que debido al desorden heredado se fueran descubriendo a medida que se avanzaba en las tareas de reubicación, organización y catalogación, numerosos documentos dispersos en diferentes partes de este, así como el mal estado y la falta de cuidado de los materiales por la manera en que habían sido guardados. Por lo cual era necesario, a medida que se avanzaba en las tareas y se “descubría” documentación, reubicar, reponer su orden y la uniformidad de los mismos al tiempo que se iban catalogando. Aquellas situaciones no me resultaron para nada sorprendentes, pues recuerdo que antes de la llegada de Chiaramonte a la dirección del Instituto, cuando aún cursaba la carrera de grado en historia, había consultado –no sin ejercitar mucho la paciencia– con cierta regularidad la biblioteca y archivos del Instituto, y en una ocasión recuerdo que pedí un libro sobre historia europea bastante clásico y luego de un largo rato, Aida –la bibliotecaria de entonces– me trajo la mitad del tomo (era sólo la primera parte) y me comentó que a pesar de sus intentos aún no había podido ubicar dónde estaba la otra mitad faltante.

literalmente depositados en diferentes lugares de las últimas salas de la biblioteca o en oficinas, archivados y resguardados de mala manera en una gran cantidad de carpetas de tipo contable con los documentos en algunos casos en estado de riesgo.³

De modo que bajo mi coordinación emprendimos la tarea mencionada, inicialmente junto con el auxilio de Fernando Boro y sobre todo de Mariano Metsman, y con la disponibilidad del trabajo de asistencia cotidiano de los profesores Zans, Litter y D'Agostino. Así se fueron revisando una por una las carpetas con documentos para salvaguardar su estado y para proceder a su catalogación general. Fue una tarea de muchos años en las cuales día a día en un orden acordado se fueron analizando los documentos, primero los de la Sala de Investigadores y más tarde los del archivo institucional y personal de Emilio Ravignani. En esa tarea se limpió parte de la documentación, se cambiaron buena parte de las carpetas que contenían los documentos y se fue armando un catálogo. En el caso del archivo institucional y personal de Ravignani, además, se pudo elaborar para cada documento un copete que resumía el tema y los contenidos principales.

La tarea implicó una primera larga etapa de evaluación del estado de cada documento y una segunda de elaboración de su fichaje a través del análisis de su contenido para proceder al armado de su catalogación y de la adecuada descripción en cada caso. Para ello se fue organizando el trabajo repartido entre los profesores asistentes y luego se procedía a una revisión global del documento a través de una segunda inspección más general.

³ Más tarde se terminaron de incorporar al archivo la serie completa de los documentos de los fondos de Facundo Quiroga y Elizalde. Así como otros numerosos materiales y periódicos a raíz del convenio con la Biblioteca del Congreso Nacional. Como también posteriormente se recibieron otras importantes series de donaciones de archivos personales y familiares que han enriquecido mucho el acervo documental de Instituto.

De ese modo, para mediados de la década de 1990, puestos ya en salvaguardia los documentos, se pudo disponer de un catálogo general de los archivos de Instituto que permitía a cualquier interesado conocer su ubicación física, disponer de una descripción general y, en el caso del archivo Institucional y personal de Ravignani, de contar con razonables copetes sobre los mismos.⁴

En los últimos años que estuve a cargo de aquellas tareas dispusimos también del asesoramiento de los expertos en papel de documentos históricos de la Fundación Antorchas y comenzamos a proceder con un cambio de una buena parte de las carpetas en las cuales se encontraban archivados los documentos. Así, sobre todo el Archivo personal de Ravignani y el Institucional (bajo la denominación conjunta de Archivo Documental) fueron mudados a un nuevo lugar físico más adecuado dentro del Instituto y al mismo tiempo se resguardaron en nuevas carpetas para su mejor preservación. Esa tarea fue avanzando en años posteriores cuando los archivos del Instituto ya habían pasado a estar coordinados a cargo de mi colega y amigo Ernesto Cussianovich.

Por otra parte, al momento de mi ingreso al Instituto el *Boletín* había retomado la edición de su tercera serie desde 1989 editado por la Facultad de Filosofía y Letras con la colaboración en la producción editorial de Fondo de Cultura Económica y contaba por entonces con la dirección de José Carlos Chiamonte, un Comité editor integrado por Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero, Enrique Tandeter y Oscar Terán, con la secretaría de redacción a cargo de Jorge Gelman.⁵

⁴ Actualmente en el Instituto existe una sección de archivos y disponemos de nuevos catálogos para su consulta a través de la página web del Instituto.

⁵ Más tarde el Comité se ampliaría y también registraría varias modificaciones (de ingresos y egresos) en sus integrantes en diversos momentos. Así han participado José Luis Moreno, Fernando Devoto, Jorge Gelman, Hilda Sabato, Lilia Ana Bertoni; siguen participando Noemi Goldman, Ana María Presta, Alejandro Cattaruzza. Y desde época más reciente Pablo Buchbinder, Claudio Belini y Roberto Schmit.

En los primeros años comencé a colaborar en diversas tareas con el *Boletín* desde el número 3 editado en 1991, ya para entonces con la Secretaría de Redacción a cargo de Jorge Gelman y de Noemí Goldman. Desde entonces y hasta el número 12 de 1995 realicé tareas de asistencia a la Secretaría de la revista que para entonces, por la radicación temporal de Gelman en España, había quedado a cargo únicamente de Noemí Goldman. Desde el número 13 de 1996 pasé a desempeñarme como secretario de redacción de la publicación hasta el número 33 editado en 2010. Durante esos 14 años se realizaron arduas tareas en la Secretaría en torno al trabajo de la publicación del *Boletín*.

Recuerdo que, al comenzar el trabajo en la Secretaría del *Boletín*, Jorge Gelman me comentó que él se sentía más que satisfecho ya solo con haber podido sostener su tarea inicial en los dos primeros números de la revista dado que, sin duda, publicarla sin un presupuesto asignado y con los avatares de las coyunturas de la época era una tarea titánica. Pues efectivamente la edición del *Boletín* implicaba un enorme trabajo casi voluntario y disponibilidad de recursos casi inexistentes detrás de la aparición de cada número.

Durante aquella etapa que solo había edición en papel, se necesitaba una suma importante dinero para publicar los ejemplares de la revista, para lo cual había que gestionar con mucha perseverancia, anticipación y de manera sistemática la búsqueda de los escasos subsidios de esa época, que permitieron obtener recursos ajustados para las ediciones, provenientes a lo largo de aquellos años del CONICET, de la Fundación Antorchas, de un concurso de la Ford Foundation y de algunas colaboraciones de la propia Facultad a fin de poder solventar sus costos, en un contexto económico siempre cambiante y por demás desafiante para una publicación académica con una tirada papel. Así se debió gestionar, desde la dirección y estrategias de Chiramonte y el Comité Editor, todas las fuentes posibles de financiamiento y mantener la calidad de la edición de la revista. No sin sucederse en ese proceso un conjunto de renegociaciones y tensiones a diario entre las partes involucradas en que se fueron acordando una importante serie de convenios.

Así inicialmente desde el número 3 se firmó un convenio con Fondo de Cultura Económica que funcionó hasta su número 24. Desde entonces y hasta el número 30 pasó a editarse la revista a través de un nuevo convenio con la editorial EUDEBA. Para, más tarde, en función de mejores opciones presupuestarias y luego del inicio de la era digital, comenzar a editarse mediante renovadas opciones, como por ejemplo las de Teseo.

Aquel enorme esfuerzo de la revista implicaba la negociación y revisión de los convenios, la búsqueda permanente de subsidios, la presentación y rendición de los mismos en tiempo y forma. Así como la necesidad de mantener dentro de los márgenes posibles la regularidad de la edición, se hizo posible la recepción, a través del canje, de más de 150 revistas nacionales y del exterior, en la era previa a las revistas electrónicas, para luego disponer de ellas para su consulta libre en la biblioteca del Instituto o de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Asimismo, la tarea más invisible de la revista se hacía desde la Secretaría de Redacción y del trabajo del Comité Editor. La Secretaría contó a lo largo del tiempo con el trabajo de muchos colegas, que colaboraron en diferentes momentos, como los casos de Silvia Ratto, Pablo Buchbinder y Victoria Basualdo. Y sobre todo desde el número 24 de Julio Djenderedjian, primero como asistente de redacción y luego desde el 32 como secretario de redacción.

Las actividades de la Secretaría implicaron durante aquellos años la recepción permanente de los trabajos para las diversas secciones de la revista, la consideración de estos por parte del Comité Editor, el envío a los evaluadores externos y toda la correspondencia posterior a través del correo postal. Eso implicaba una significativa gestión diaria de archivos en papel, así como los tiempos y gastos del correo postal. Para lo cual era muy intensa la diversa correspondencia semanal respecto de los todos los asuntos en marcha, tratando de mantener los tiempos razonables de los mismos y la habitual incertidumbre respecto de la recepción de la correspondencia. A ello

había que sumar la casi inviabilidad de los costos crecientes de los envíos del canje y las suscripciones.

Por otra parte, había que preparar la coordinación de las reuniones del Comité de la revista y todas sus actividades volcando los materiales de trabajo impresos, dentro de los límites y las dificultades propias de los escasos recursos de computadoras e impresoras y presupuesto de fotocopias que había, sobre todo inicialmente, durante la década de 1990.⁶ Esas cuestiones fueron cambiando sustancialmente a medida que los recursos informáticos fueron ofreciendo mayores opciones, y también con la llegada primero del fax y, sobre todo más tarde, del e-mail y las cuentas ofrecidas por el servidor de Retina que resultó un notable facilitador de las tareas de la Secretaría.

En aquel contexto inicial no fueron pocos los casos de correos postales que nunca llegaron a destino (muchas veces la correspondencia exigía también un chequeo telefónico simultáneo para asegurarse su recepción y aceptación), las dificultades de mantener las amplias agendas bien actualizadas respecto de las direcciones postales adecuadas a los cuales debía dirigirse la correspondencia. Así como las notables demoras que solían registrar los envíos tanto en el orden nacional como internacional. Por todo lo cual se debe imaginar para esa época el extenso trabajo y el tiempo de oficina que demandaba trabajar con los textos originales (anónimos, limpios de auto-referencias y legibles), enviar los artículos a los evaluadores, las sucesivas correcciones solicitadas por los evaluadores o el Comité de la revista, en algunos casos de hasta tres o cuatro versiones antes de su publicación o de su rechazo. Todo lo cual podía fácilmente demandar para cada caso un

⁶ Durante los primeros años de la década de 1990 en el Instituto se disponía de unas pocas computadoras PC e impresoras, para lo cual debíamos acordar una especie de turnos para su uso, ya que eran demandadas simultáneamente a diario por la Secretaría del Instituto, por el Boletín y las áreas de Archivos y Biblioteca, así como por el trabajo cotidiano de los investigadores.

plazo promedio de entre casi uno y dos años para la publicación, aunque se procesaran los trabajos con la mayor agilidad posible en todos los procesos de recepción, evaluación y respuestas.⁷

Por ello se trató de una etapa que, en buena medida, estuvo marcada por un intenso trabajo clásico de la Secretaría de Redacción de las revistas en la etapa de recepción, evaluación y resolución de los trabajos. Así como de envío de originales y de corrección de galeras. Y todo ello funcionando en un contexto aún de lenta transformación de las opciones de acceso a los recursos informáticos de producción y a la circulación postal durante el decenio de 1990. Aquél recién fue ajustándose más hacia un contexto de mayores cambios, sobre todo desde el nuevo milenio, que permitió al final de mi gestión como secretario de redacción comenzar a dejar atrás aquella época de supremacía del papel y del correo postal, para ingresar primero en la era del e-mail, luego en la producción de textos en formato electrónico, con las comunicaciones vía opciones de la web, y el comienzo de la edición digital de la revista y solo de una pequeña cantidad en papel.

De esa transición significativa de cambios en el contexto y en los recursos sin duda mucho se ha beneficiado el trabajo, la edición y la circulación del *Boletín* a partir del nuevo modo de producción y acceso de los últimos decenios, en el cual he podido participar, pero ya como integrante del Comité Editor de la revista.⁸

⁷ Sucedieron situaciones anecdóticas en numerosos casos, como por ejemplo: notables demoras debido al extravío hasta en tres oportunidades sucesivas del envío postal de trabajos para la revista o la devolución del correo seis meses después de su envío con solicitudes de evaluaciones. O algún pedido recibido dirigido a nombre del Dr. Emilio Ravignani, que llegaba con alguna recurrencia, para la suscripción o para diversas solicitudes a la revista.

⁸ Actualmente gracias a un importante trabajo de digitalización y edición electrónica el *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* se encuentra totalmente disponible en versión digital y se puede acceder libremente a través de la página web del Instituto.

El Boletín del Instituto Ravignani desde adentro y los desafíos de la era digital

Julio Djenderedjian

Desde finales de los años 1990 el equipo del *Boletín* se fue ampliando progresivamente en la medida en que también crecía la profesión, la especialidad y el propio Instituto Ravignani. En 2003 ingresamos Julio Djenderedjian como asistente de redacción y, en 2008, Juan Luis Martirén. Pero además de ambos hubo mucha gente que colaboró circunstancialmente, tanto del Instituto como de fuera de él. Ellos nos permitieron solucionar múltiples problemas y hacer frente a los desafíos que se multiplicaban por el progresivo avance de las nuevas tecnologías, que impactaron en forma directa en la edición hasta cambiarla por completo. Entre muchos otros, Juan José Santos, Alicia Aparicio, Julián Giglio, Pablo Escalante Stamble, María Clara Diez y, desde hace poco, Soledad Salvatierra, nos ayudaron a lidiar con los vericuetos de los nuevos requisitos de presentación, las agencias de evaluación, las indizadoras y las plataformas de archivo. Al mismo tiempo, Marcelina Jarma, Nora Souto y Edgardo Riera colaboraron en la corrección editorial, un trabajo clásico que es imprescindible, y que se ha vuelto mucho más indispensable en los tiempos que corren, en que las facilidades de la edición digital atentan contra los plazos más mesurados y atentos que requiere el control exhaustivo de lo que finalmente se publica. Con profesionalismo, la sección de Publicaciones de la Facultad preparó ejemplares antiguos para su posterior digitalización, realizada luego por algunas empresas privadas y por personal de nuestra Biblioteca. El engorroso y largo proceso de

clasificación, organización, metadateo, redacción de descriptores y carga de información a las bases de datos del material publicado en los ejemplares antiguos fue realizado por Eugenia Bedini, Irene Sánchez, Leticia Penayo, Patricia Inés Conway, Patricia Avendaño, Lucía Torrija, Claudio Fernández y Leonardo Silber, bajo la dirección de Cecilia Ferroni; asimismo, Juan José Santos, Edgardo Riera y Fernando Boro colaboraron en la preparación de los archivos para su carga en los repositorios institucionales. Contar con apoyo financiero de la Universidad de Buenos Aires y del CONICET fue algo imprescindible también. De ese modo, a la fecha el *Boletín* cuenta con más de 1.400 artículos disponibles *on line*, con varias decenas de miles de páginas en total, digitalizadas en alta calidad, y cuyos textos son completamente consultables a través de los motores de búsqueda. Si hoy podemos ofrecer todo ese valioso material publicado desde hace un siglo, abierto y accesible a todos, es sin ninguna duda gracias a ellos. Y es importante también recapitular las enormes transformaciones que el *Boletín* experimentó durante las dos décadas que transcurrieron hasta hoy, transformaciones en las que todos, y muchos más, tuvieron también un papel.

A inicios de 2000 ocurrían cambios de magnitud que impactaron en la gestión diaria del *Boletín*, pero cuyo carácter transformador sólo llegaría a dimensionarse en plenitud mucho tiempo después. En primer lugar, la generalización de las conexiones digitales a Internet y de los medios electrónicos de comunicación reemplazaba por completo las viejas cartas manuscritas. La correspondencia institucional migró rápidamente al correo electrónico, agilizando enormemente el trabajo y permitiendo un ahorro sustancial de fondos. La seguridad de la recepción del mensaje era otro valor apreciable, algo que un envío en papel no podía garantizar, salvo con el costo adicional de entrega bajo firma. Los ejemplares de la revista continuaron enviándose por correo postal, tarea de la que se ocupaba la Facultad, según los fondos y los tiempos con que contara; pero de todos modos el hecho de que la mayor parte de lo que atañía a la comunicación con autores, evaluadores

y suscriptores se pudiera efectuar por medio de las nuevas redes resultaba enormemente útil.

Esa innovación permitió asimismo completar la migración de los textos desde el papel a los procesadores, ya que mediante los envíos por correo electrónico era posible reemplazar el intercambio de largas versiones físicas de los manuscritos. Los envíos de textos a evaluar siguieron durante un tiempo exigiéndose en papel, a fin de poder considerarlos internamente sin necesitar imprimirlos y, dado el caso, remitirlos a los evaluadores externos que los solicitaban en ese formato; pero para las correcciones y versiones finales esa exigencia pronto se eliminó, pasándose a intercambiar únicamente archivos de Word for Windows, el programa que pronto se impuso como más popular. Ello a su vez fue impulsando el armado de las ediciones en digital para su envío a la imprenta, y la segmentación en artículos para su inclusión en los primeros repositorios. En efecto, al mismo tiempo comenzaron a aparecer las agencias de indización, y luego de evaluación. Desde ya, las redes que primero se afianzaron en el ámbito lógico de pertenencia, el argentino y americano, tuvieron prioridad; poco después de su lanzamiento en 1999, el *Boletín* integró el Núcleo Básico de Revistas Científicas, creado y sostenido por el CONICET; paralelamente se incorporó a Latindex (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal), y desde 2016 a Redalyc (Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal). En el camino quedaron otras plataformas que no lograron tener la misma trascendencia. En 2002 el Boletín se integró a la red SciELO (Scientific Electronic Library On Line), en la que aún se encuentra, y que fue la primera en la que volcó sus contenidos. Los artículos eran (y son aún) cargados allí individualmente, luego de ser adaptados al lenguaje de marcado respectivo. Siguió existiendo por algunos años intercambio físico para otros elementos más (como por ejemplo los cheques recibidos del exterior por pago de suscripciones) pero de todos modos los engorrosos y costosos trámites que implicaban hacían esperar alguna pronta superación de esas formas tradicionales de operar.

Con el tiempo, todo ello a su vez fue llevando a la concreción de las ediciones digitales completas, que el *Boletín* inició en 2012 con su número 35/36. Las mismas, al principio paralelas a la edición en papel, pronto se fueron volviendo el soporte principal de la revista, toda vez que permitían la puesta en línea inmediata, la llegada instantánea a todos los interesados, y la consulta mucho más segmentada y especializada, además de, obviamente, en forma más rápida y eficaz. Con todo, aun diez años después la edición en papel continúa, constituyendo un costo adicional que se justifica sólo para venta, soporte alternativo y reparto a los autores y bibliotecas; el monto para editarla se encuentra hoy relativamente accesible por la existencia de un presupuesto anual para el Instituto, pero de todos modos cada vez resulta menos justificable, en un medio y un lugar en el que los recursos siempre son muy escasos. Es de destacar el apoyo que, para la edición digital, ofreció desde el primer momento el portal de publicaciones científicas PPCT, lanzado y sostenido por el CAICYT de CONICET. La edición digital del *Boletín* se alojó allí hasta el número 51 (2do semestre de 2019), pero posteriormente el PPCT dejó de ser mantenido y actualmente (marzo 2022) se encuentra desactivado. A partir del número 52, la ampliación, modernización y mejoramiento general del Portal de Revistas Científicas de la Facultad de Filosofía y Letras, dirigido por el secretario de publicaciones Matías Cordo, permitió alojar en él al *Boletín*, contando allí con la valiosísima colaboración de María Clara Diez para el armado, la asignación de DOIs y el arte de la página. También se cuenta allí con la última versión del software de gestión OJS, lo cual es una invaluable ventaja. Y, desde ya, siendo el portal de la Facultad el lugar natural de alojamiento de la revista, se halla en un entorno que históricamente le ha sido siempre afín, además de que los contenidos se archivan desde allí en el portal SISBI, el Sistema de Bibliotecas e Información de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires.

Dos cuestiones fundamentales que surgieron a partir de todas esas transformaciones fueron, por un lado, la infinita capacidad de reproducción de los trabajos publicados que los nuevos formatos permitían; y, por otro, las

cuestiones ligadas a la oferta para publicación de material plagiado o autoplagiado, circunstancia que previamente debía detectarse para poder rechazarlo. Con respecto al primero, el *Boletín* optó, desde un principio, por el acceso abierto y la reproducción libre, con la única condición de reconocer la publicación original, incluyendo sus datos de edición. Tratándose en su mayor parte de conocimiento científico pagado por organismos financiados por el Estado, y de interés público, habría resultado contradictorio y aun enojoso limitar el acceso al material publicado. El tiempo establecido como embargo hasta la autorización de republicación (un plazo mínimo de seis meses) resulta en la actualidad algo extemporáneo puesto que el solo hecho de subir un artículo a alguna de las plataformas de intercambio académico existentes (como por ejemplo academia.edu) habilita de hecho a reproducirlo en forma infinita; pero de todos modos se considera como un mínimo requisito que no complica la difusión del trabajo, y desde ya la circulación del archivo digital, provisto de los datos de referenciación y el DOI, contribuye, *lato sensu*, a que lo que en realidad se propague sea la versión original. En lo relativo a la segunda cuestión, el plagio o autoplagio, tampoco hubo demasiado espacio para el debate; desde siempre el *Boletín* había aclarado que el material ofrecido para su publicación debía de haber sido hecho con seriedad, lo cual incluía no sólo los aspectos más obvios del trabajo erudito y teórico, sino la importante condición de originalidad. Desde el desarrollo de las indizaciones esto quedó aún más claro en las especificaciones técnicas y las instrucciones a los autores; para la detección de plagios la misma proliferación de herramientas digitales (que multiplican las copias) facilitan paradójicamente el control, al encontrarse *on line* la casi totalidad del material que se publica en los centros académicos mundiales (aun cuando no siempre sea libremente accesible). De todos modos el control debe ser y sigue siendo exhaustivo, y las evaluaciones internas y externas buscan también sostenerlo.

Pero las exigencias (ya no sólo alternativas) que la revolución tecnológica de las últimas décadas volcó sobre el *Boletín* implicaban también avanzar sobre soluciones y servicios de nuevo cuño. La multiplicación de portales e

indizadoras hacía urgente definir en cuáles nos posicionaríamos (que debían ser no sólo las más prestigiosas sino también las que garantizaran mayor difusión en el ámbito de la especialidad), y dar los pasos más rápidos que fuera posible hasta concretarlo. Las métricas automáticas como el factor de impacto (IF) se han convertido en un punto fundamental a la hora de posicionar trabajos científicos, dejando paradójicamente en segundo lugar a los clásicos (e irrenunciables) criterios de calidad académica y originalidad, que, se supone, deberían ser previos, lo que no necesariamente siempre se cumple y que, desde ya, por sus mismas características los hace albergar una cierta cuota de discrecionalidad. Para sentar precedente al respecto, el *Boletín* adhirió a la Declaración de San Francisco (DORA), de 2012, que promueve la evaluación de calidad académica por sobre la simple medición cuantitativa ofrecida por los parámetros de impacto. Pero al mismo tiempo, no puede ignorarse la importancia que esta última, y la indización, revisten en la actualidad para las agencias de medición del desempeño académico.

En cualquier caso, hay vastas tareas que hoy resultan imprescindibles, y que son siempre requisito previo para contar con indizaciones destacadas. La principal de ellas es el sostenimiento de la periodicidad, y el respeto a las fechas estipuladas de publicación. El *Boletín*, como muchas otras revistas de la etapa analógica, sufría recurrentes retrasos: la causa principal era la dificultad de allegar fondos para la costosa edición en papel. En medio de una permanente escasez de fondos y de los desafíos de procesos inflacionarios salvajes que reducían a la nada en poco tiempo, incluso antes de haberse acreditado, los limitados dineros que se conseguían, los costos de editar en papel estaban, para peor (y aún lo están), atados a la evolución de los precios de materias primas valuadas en moneda dura. De ese modo, los desafíos de sacar a tiempo cada número se hacían a menudo irremontables. Los subterfugios empleados son antiguos; algunos datan incluso de la primera serie del *Boletín*. Se optó por rebajar la cantidad de páginas por número; luego, reducir progresivamente los números por volumen, hasta hacer coincidir uno y otro (cuando en un principio cada volumen incluía 10 números). Por

fin, en la tercera serie se buscó combinar dos números en uno solo, como ocurrió con el 16/17, y luego con el 35/36. Eso ya no es posible: la presencia en plataformas *on line*, y las indizadoras, dificultan o aun impiden contabilizar una edición bajo caracteres no numéricos, dobles, o no correlativos. Pero, a la vez, la digitalización barrió con los problemas financieros de antaño; implica una puesta en línea inmediata y sin costos físicos, salvo los salarios y, claro está, el esfuerzo de los colaboradores no remunerados, siempre imprescindible y crucial. Es claro así que sus beneficios superan con mucho a sus desventajas.

Igualmente, las tareas no son más sencillas, y puede aun decirse que se volvieron cada vez más complejas. Contar con todos los elementos a tiempo para construir un número ha sido siempre una empresa quijotesca; entre muchas otras cosas, es preciso perseguir amablemente a evaluadores valiosos, colapsados de tareas y nunca compensados por su preciosa labor; los autores a menudo se encuentran con largas listas de puntos a resolver o evidencia a incorporar, que implican días o semanas de esfuerzo adicional en tiempos acotados. Pero quizá lo más complejo sea construir números lo suficientemente equilibrados, con material homogéneo y a la vez diverso, siempre interesante y de máxima calidad académica. El *Boletín*, además, compite hoy en día con múltiples revistas especializadas, del país y del exterior, muchas de ellas de gran excelencia, que han proliferado en las últimas décadas y que a menudo cuentan con instrumentos de gestión y apoyo abundantes. En un medio profesional de esas características, las ventajas de una larga trayectoria y, sobre todo, el atractivo y la calidad de sus artículos, se constituyen en un modo especial de diferenciarse. Pero a la vez esos factores no siempre son coincidentes con los criterios de las agencias de indización: una de las principales, por ejemplo, valora positivamente la diversidad geográfica, institucional y temática de autores, temas y aun del Comité Editor; algo que lógicamente sería muy difícil de lograr para una revista volcada a un área de especialización puntual, ligada a un tiempo y un espacio acotado.

Son desafíos de una etapa que transformó radicalmente a las revistas académicas, y potenció en forma impresionante la difusión de la labor científica. Basta simplemente comparar las antiguas y voluntariosas ediciones en papel, de unos pocos cientos de ejemplares, que acumulan polvo en los estantes de las bibliotecas, con las miles de visualizaciones y descargas que posee en la actualidad cada artículo. Mantener una calidad integral, no sólo en el contenido sino en la edición, la corrección, la estética, el balance de los temas, y a la vez sostener una constante puesta al día de la edición digital, significa combinar lo mejor de una larga tradición que lleva ya un siglo, con las ventajas que ofrece la revolución tecnológica actual. Un reto que emprendemos cotidianamente y que, hasta ahora, nos ha dado grandes satisfacciones. Es así que el *Boletín*, en la actualidad, constituye una de las revistas más reconocidas de la profesión, y se enorgullece de contar entre sus autores a los más destacados de la misma, a menudo con trabajos que pronto se volvieron clásicos, siendo éstos también útiles instrumentos de enseñanza.

El Archivo Histórico del Instituto Ravnani: memorias de tres momentos

Sandra Sauro

El objetivo de estas líneas es reseñar, apelando a mis experiencias y recuerdos, los años transitados desde 1993 cuando me incorporé al Instituto Ravnani. Trataré de aportar con mi relato individual a la memoria colectiva, poniendo un toque anecdótico y evocativo, aunque sin duda será inevitable describir, casi a modo de anuario o crónica, los contrastados contextos de las diferentes gestiones con los impactantes cambios tecnológicos que fueron transformando los procesos de nuestro trabajo cotidiano, y hasta nuestras propias vidas.

El ejercicio de memoria y evocación me llevó a reflexionar acerca de tres momentos de mi trabajo en el Archivo, desde 1993 hasta el 2001, desde el 2005 al 2012 y desde el 2012 hasta el presente. Del contexto de esos tres momentos trata este escrito.

Llegué al Instituto en 1993. Desde algunos años antes, un grupo de graduados recientes y una graduada, con quienes habíamos compartido algunos tramos de la cursada de la Carrera de Historia en la facultad, Roberto, Ernesto, Fernando, Juan José y Nora, formaban parte desde 1986/1987 del equipo del Director José Carlos Chiaramonte. A través de alguno de ellos acerqué mi CV al Instituto, José Carlos me recibió en su despacho para entrevistarme y confirmó mi incorporación al staff.

Mis tareas se iniciaron en el entonces denominado Archivo Documental bajo la coordinación del Lic. Ernesto Cussianovich, y también presté colaboración en el Proyecto de Patrimonio Histórico que estaba en pleno lanzamiento y organización.

Recuerdo que el archivo estaba compuesto por la documentación existente en el propio instituto, a la que luego se fueron sumando otras importantes donaciones. En el día a día se realizaban tareas generales de organización y mantenimiento de los fondos documentales. Nos dedicábamos a revisar, ordenar y conservar los documentos que constituían el fondo institucional, rotularlo y ubicarlo en su espacio físico de guarda que era la Sala de Investigadores. Paralelamente, dos asistentes del Instituto realizaban bajo nuestra supervisión, la descripción por unidad documental siguiendo un formato de ficha en el que se indicaba: fecha, ciudad, emisor, destinatario y asunto. Asimismo el archivo se abría a la consulta de investigadores que, por aquellos tiempos, se circunscribía a un público reducido conformado básicamente por los investigadores del propio Instituto y, en menor medida, por algunos becarios internos o externos.

Un recuerdo singular de aquellos tiempos relacionado con el edificio de 25 de Mayo: su arquitectura imponente contrastaba con su estado deteriorado por falta de mantenimiento, pintura y servicios. La angosta y vieja cocinita del segundo piso parecía detenida en el tiempo: una hornalla siempre encendida calentaba todas las tardes la pava de aluminio, a la cual seguramente Abel le había asignado un número de inventario. Hacíamos cola o “sacábamos turno” para llenar el termo para el mate o la taza para el té. Quien se iba, reponía el agua para el siguiente de la cola. Mientras esperábamos, aprovechamos para charlar un rato de la vida. Este recuerdo me conecta con un tiempo (social y de vida) más lento, parecería que había tiempo para la espera.

Entre el año 2001 y 2005 me mantuve ajena al Instituto usufructuando una licencia para realizar mi doctorado. A mediados del año 2005 me reintegré a las tareas del Archivo coordinado ahora por Daniel Santilli.

Me incorporé a trabajar con Carolina Romero y con Daniel que ya venían realizando un trabajo colaborativo entre Archivo y Biblioteca. Carolina había confeccionado una planilla de Excel cuyos campos definían posibles búsquedas para los usuarios: por número de Caja, tipo de documento, fecha, descripción y archivo de origen. Desde ese momento hasta el 2020 el Archivo ofreció a los usuarios (incluso fue subido a la web) un inventario por unidad de conservación de todos los fondos y colecciones conservados en el Instituto. Para la consulta en Sala de Investigadores los fondos se presentaban en forma impresa. Todavía conservamos en el Archivo estos ejemplares de aquellos años. Listas de documentos impresos organizados por fondos, con carátulas anaranjadas realizados en programas de computación (seguramente en Word Perfect, el mejor procesador de textos según la opinión de José Carlos).

A propósito de haber realizado mi doctorado (defendido en mayo del 2008) en torno a concepciones de tiempo e historia en la historiografía de la historia de la ciencia, tuve la oportunidad y la aprobación del Director para asumir en forma complementaria con el Archivo, tareas en la Biblioteca Central de la Facultad, sede de Puan. Colaboré en la confección del inventario y ubicación física de los libros, revistas y artículos periodísticos recibidos en donación de la Biblioteca de Aldo Mieli que hoy alberga la Hemeroteca de la Facultad de Filosofía y Letras. Luego se procedió a incorporarlos a la base de datos general de la Biblioteca. Este acervo bibliográfico resulta de un incalculable valor histórico, científico, patrimonial y cultural para el desarrollo de trabajos de investigación vinculados con la historia y la filosofía de la ciencia, especialmente en cuanto a la llegada de Aldo Mieli a la Argentina y a su actuación y desempeño en la Universidad del Litoral, su vinculación con José Babini, historiador de la ciencia argentino y profesor en la Universidad de Buenos Aires.

Dentro del Proyecto institucional para el festejo del Bicentenario de la Revolución de Mayo a celebrarse en el 2010, tomé a mi cargo desde mediados del 2009 la confección del listado de los periódicos aparecidos en el Río de la Plata entre 1800 y 1900. La información recopilada no pretendió ser exhaustiva, ya que sólo se pudieron relevar tres reservorios (Biblioteca Nacional, Archivo General de la Nación y Archivo del Museo Mitre) pero sí completa en función de los objetivos propuestos: orientar y allanar el trabajo profesional de búsqueda y consulta de fuentes primarias. Finalmente, esta información se incorporó a una base de datos, y está a disposición de los investigadores en la página del Instituto.

El último de los momentos que me propuse reseñar se inicia en noviembre del 2012 fecha en la que asumí la Dirección Jorge Gelman. Daniel Santilli tomó nuevas funciones y yo quedé plenamente a cargo de la Coordinación del Archivo en el año 2013. Recuerdo que brindé apoyo al equipo de Patrimonio Histórico en el Proyecto de digitalización presentado al *Centro de Estudios Históricos e Información Parque de España* (CEHIPE). Para realizar la digitalización se requería revisar el convenio de microfilmación celebrado en 1989 entre la Facultad de Filosofía y Letras y la Biblioteca del Congreso de la Nación por el cual los fondos (en soporte microfilm) pertenecientes al *Brigadier Gral. Don Juan Facundo Quiroga* y *Dr. Rufino de Elizalde* habían ingresado al Instituto. Fue necesario rastrear esta normativa que finalmente hallé en el tercer piso de Puan. Revisando los libros de Mesa de Entrada encontré la ficha de ingreso del expediente, la copia del convenio, la resolución de aprobación por la Facultad en agosto de 1989 y la posterior ratificación de la Universidad.

Jorge Gelman lanzó en 2014 el Proyecto “Las Tesis del Ravignani” en línea, que tenía el doble propósito de difundir y permitir el libre acceso para toda la comunidad científica. Propuso empezar por la publicación de la tesis doctoral del primer director del instituto, a la que luego se irían sumando sucesivamente las producidas por los integrantes del instituto. Jorge me encomendó

la búsqueda de la tesis doctoral de Emilio Ravignani que todos suponíamos debía encontrarse en la biblioteca o en el archivo de nuestro instituto. Pero no fue así. Rastreando datos y cruzando información, reorienté la indagación hacia la Facultad de Derecho de la UBA donde, luego de sortear nuevos obstáculos, ahora entre la biblioteca y el Instituto Gioja, pude dar con el Libro de Actas de defensa de tesis. Llegué así al folio 304 y 305 del Tomo I en el aparece registrada la tesis doctoral “Las finanzas argentinas desde 1810 a 1829” defendida por Emilio Ravignani en 1911.

Luego de este derrotero y exitoso hallazgo, Jorge me bautizó (y lo digo con humildad y cierto pudor) “la microhistoriadora por confiar en su intuición y seguir los indicios”. Sin dudas me sorprendió con su generoso comentario que recuerdo con mucho afecto pero que también lo pinta a él, por su modo de vincularse, el respeto por nuestra tarea y el valor que inspiraba del trabajo en equipo. De modo tal que a continuación me encargó la elaboración de “una ficha técnica” para integrar a la publicación que daba comienzo a la serie *Las tesis del Ravignani*.

Por esos años empecé también a indagar, en forma muy amateur, la instrumentación de la Norma Internacional General de Descripción Archivística/ISAD (G) para la elaboración de descripciones archivísticas compatibles a nivel nacional e internacional. Buscando información, consultando con Juan José Santos y con Cecilia Ferroni, de Patrimonio y Biblioteca respectivamente, me fui animando a establecer algunas primeras identificaciones y explicaciones del contexto y contenido de los documentos de nuestro inventario presentado en formato Excel.

Al mismo tiempo, era necesario poner atención en la conservación preventiva de la documentación, renovar cajas, limpieza y reacomodamiento, especialmente en un sector de la estantería que se había venido abajo, literalmente. Esta cuestión motivó emprender un trabajo de diagnóstico, elaboración y solicitud de presupuesto de materiales así como la gestión con el sector de

maestranza para que reparara, volviera a colocar los estantes y procediera a su limpieza. Por nuestra parte resolvimos la limpieza de los documentos, el cambio de caja y su re-ubicación en el espacio físico de guarda.

Volviendo al ejercicio de recordar y fijando nuevamente la atención en el aspecto edilicio, durante la gestión de Jorge Gelman se pudo refaccionar el baño y la cocina del Instituto Ravignani, y equiparla con heladera, cafetera y hasta microondas. Aumentó la cantidad de personal estable, se sumaron más compañeros y compañeras de trabajo en Biblioteca, en *Boletín* y también aumentó el número de becarios e investigadores que solicitaban sede de investigación. Empezaron a ser más frecuentes las actividades de los Programas, Grupos de trabajo y visitas de profesores extranjeros que dictaban charlas o conferencias. En este punto hay que reconocer un nuevo contraste con la gestión anterior. Los años de José Carlos tuvieron un ritmo intenso en cuanto a la organización y puesta en funcionamiento de las áreas de trabajo del Instituto, que conllevó un esfuerzo inmenso por no disponer de presupuesto propio. Sabiendo esto, dejó allanado el camino para que la gestión que lo sucediera no se viera limitado por este problema. El Instituto que ya pertenecía a la FFyL pasó a pertenecer también a la UBA y se convirtió en Unidad Ejecutora de CONICET. La gestión de Jorge dispuso de presupuesto propio. Pero más allá de los presupuestos, fundamentales para el desarrollo de cualquier institución de orden público, otros factores hacen incomparables los años de las décadas de 1990/2000 con los años actuales. El ritmo acelerado del cambio tecnológico, el uso de Internet, las redes y la circulación de la comunicación compiten de modo desleal con los dos únicos teléfonos de línea que existían, uno en la Secretaría y otro en Biblioteca. Muchos y muchas recordarán que para comunicarse con el exterior había que solicitar línea al conmutador que se encontraba en la planta baja marcando el número 9 e insistir hasta conseguir tono. De más está decir que daba siempre ocupado.

El fax y el mail representaron toda una revolución hasta llegar hoy a las redes sociales que nos intercomunican al instante y nos sumergen en la inmediatez más absoluta.

Por otro lado, la ubicación geográfica del Instituto hacía difícil sustraerse de las marchas de protesta que se oían en distintos momentos políticos del país en las calles adyacentes con cita final en la Plaza de Mayo. Muchas veces también, el edificio se cerraba o se dificultaba el acceso al encontrarse vallada la zona, incluso a varias cuadras de distancia.

El año 2017 finaliza en mis recuerdos, y seguramente en los de la comunidad del Instituto, con la triste noticia de la muerte de Jorge, inesperada, sorprendente y dolorosa. Volver al Instituto en el 2018 fue raro, por momentos difícil, descolocante. El Instituto quedó a cargo del vicedirector, Alejandro Cattaruzza, por un breve período mientras se sustentaba el concurso para el cargo de director/a.

Fuera de la consulta de investigadores/as vinculada centralmente con el campo historiográfico, el Instituto recibió en el año 2018 a la curadora encargada de la Exposición dedicada a Manuel Kantor, programada para abril-mayo de 2020, que seleccionó algunas importantes imágenes conservadas en nuestro Archivo para reproducir en el formato de gigantografías.

Siguiendo con el relato del tercer momento de mi reseña, en abril del 2019 comienza la gestión de Noemí Goldman quien asume por concurso la dirección del Instituto. Noemí propuso el trabajo colaborativo entre las diferentes áreas lo cual impulsó una nueva dinámica de trabajo. En el caso del Archivo, esto se tradujo en una mayor participación en proyectos o acciones que se articularon con Biblioteca y Patrimonio Histórico.

En el año 2018 una investigadora del campo de las letras consultó el fondo Alberto Gerchunoff del que seleccionó material para su investigación que

culminó en la publicación de un libro. Allí destacó el valor cultural y patrimonial de este acervo. Esta situación nos motivó para apoyar la presentación al concurso de digitalización del CEHIPE gestionado desde el área de Patrimonio Histórico. Desde el Archivo intervinimos, con la colaboración de Eugenia Bedini, seleccionando una parte significativa de documentos para digitalizar, acompañada de un inventario a nivel de unidad documental, tarea a la cual se sumó Andrés Dlugovitzky desde la Biblioteca.

También en coordinación con Biblioteca y Patrimonio, desde el Archivo gestionamos en el 2019 la incorporación al Sistema Nacional de Archivos Históricos (SNDH), obteniendo la adhesión al sistema básico (finalizado) y actualmente se está concluyendo la incorporación al sistema intermedio. En ese año también se comenzó a trabajar por primera vez en la elaboración de un Reglamento de Consulta para usuarios/investigadores del Archivo Histórico y a organizar la solicitud de la consulta por la vía del mail institucional.

Nuevamente nos topamos con problemas de infraestructura del edificio relacionadas con grietas en paredes del primer piso donde funciona el Instituto de Lingüística. Por orden del arquitecto, debimos desocupar la oficina en la que se guardan las cajas del archivo y reubicarlas en otros sectores del Instituto. Por este motivo, tuvimos que suspender la consulta del Archivo Documental.

Dentro del tercer momento que estamos rememorando, sin dudas la pandemia indica un parteaguas. Comenzando el 2020, se intentó reorganizar el archivo y volver las cajas a su sitio físico correspondiente, pero no fue posible dado el comienzo de la cuarentena. A partir de marzo-abril el trabajo se realizó obligatoriamente de forma remota. Se inició una etapa que parecía difícil de sortear pero sin embargo, dio sus frutos. En primer lugar, yo venía trabajando sola desde 2012 y para encarar este proyecto necesitaba apoyo y recursos humanos. La suerte estuvo de mi lado cuando Eugenia Bedini me

confirmó que iba a incorporarse al Archivo. Me produjo una alegría inmensa, primero porque ya nos conocíamos, habíamos trabajado en la descripción de Gerchunoff. En segundo lugar, Eugenia es profesora en Historia pero además no sólo se está formando en bibliotecología sino que se apasiona con los documentos y los archivos y trabaja con gran dedicación en cada cosa que hace.

Comenzamos entonces a evaluar qué tipo de tareas podían realizarse de forma virtual. Desde mediados del 2019 veníamos pensando programar actividades para el 2021 en el marco del centenario del Instituto que se avecinaba. En acuerdo con Noemí, nos propusimos ejecutar con criterios de archivística profesional el acervo institucional y elaboramos el Proyecto: *El Archivo Institucional y de la gestión del director Emilio Ravignani: diagnóstico y estrategias para su visibilidad y consulta pública en el marco de la conmemoración del centenario del Instituto (1921-2021)*. Se buscaba mejorar las condiciones de consulta, modos de identificación, organización, descripción y tratamiento de los materiales, con la aspiración de instrumentar la búsqueda on line y facilitar al usuario el acceso a los fondos y colecciones.

Fue así que en el contexto inesperado de ASPO consideramos posible, y muy pertinente, comenzar una capacitación virtual en temas de archivística que nos fuera preparando para ejecutar este aprendizaje cuando se volviera a la presencialidad. La puesta en valor de la memoria institucional se tornaba imperativa no sólo por el inminente aniversario, sino por la importancia de la documentación histórico-institucional y patrimonial que conserva la institución. La capacitación y el asesoramiento archivístico estuvo a cargo de la Lic. María Eugenia Sik e implicó para el personal del Instituto reuniones virtuales con la capacitadora e internas de trabajo del personal del Archivo, organización, ajuste y puesta en común de los aprendizajes y las prácticas logradas en la capacitación.

En simultáneo se tomó contacto con la Subsecretaría de Biblioteca de la FFyL-UBA, a cargo de la Mg. María Rosa Mostaccio y su colaboradora Giselle Fagioli, para solicitarles información acerca del proyecto de archivos de la facultad y del sistema de carga Collective Access. De allí surgió la propuesta de que el Instituto pudiera formar parte del fondo de Archivos de la Facultad, en condición de sub-fondo y con acceso para la carga remota de nuestros documentos. Desde ese momento iniciamos la carga, nos ejercitamos en el uso del programa y trabajamos en los ajustes y solicitudes de permisos para las características de nuestra documentación.

A fines de 2020 tuvimos la segunda gran incorporación de Marina Mattina, profesional archivera que se sumó al equipo de trabajo, y estudiante de Historia. Unos años antes nos habíamos conocido, allá por el 2016, cuando Marina formaba parte del proyecto que llevaba adelante la Facultad de Filosofía y Letras que tenía por finalidad relevar el estado de sus archivos. Se acercó al Instituto, charlamos, le mostré el lugar de guarda, grabé y registré la entrevista con mucho detalle. Recuerdo también que nos hizo una satisfactoria devolución luego de considerar la situación de nuestro archivo.

El año 2021 estuvo signado por las actividades programadas para el centenario, particularmente nos dedicamos a pensar cómo hacer visible el trabajo realizado tanto desde el plan intelectual como desde las cuestiones técnicas. En cuanto al primer punto, me refiero a las ideas y criterios que pensamos para diseñar el cuadro de clasificación del archivo en condiciones en las que no teníamos acceso a los materiales. Luego de estos replanteos, una de las conclusiones a las que llegamos fue la de cambiarle el nombre. El Archivo Documental pasó a denominarse Archivo Histórico. En cuanto al segundo punto, teníamos cierto temor con respecto al funcionamiento del Collective Access dado que seguíamos en la etapa de prueba, ajuste y reporte de dificultades a medida que iban surgiendo. Nos planteamos entonces otro modo posible de mostrar nuestro trabajo que pudiera aparecer en la web del Instituto. Aprovechando el criterio del trabajo colaborativo que Noemí

propició desde el inicio de su gestión, pedimos colaboración al área de Edición a cargo de Soledad Salvatierra y al área de Comunicación a cargo de Tomás Guzmán y Mariano Aramburo. De este modo fue posible ofrecer una nueva estructura para la página del Archivo dentro de la del Instituto y visibilizar allí la publicación en línea del estado de fondos. Finalmente, logramos un doble acceso: a través de la web de Filo Digital-Archivo (Collective Access) y de la web del Instituto Ravignani.

La experiencia que fuimos logrando en este trabajo del archivo según los criterios de la archivística profesional sirvió de base para elaborar dos ponencias que fueron presentadas en noviembre del 2021 en las XIII Jornadas de Investigadores en Historia, organizados bianualmente por el Departamento de Historia y el Centro de Estudios Históricos (CEHIS) de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP) y co-organizadas por el Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales (INHUS). Hemos autorizado el resumen ampliado de ambas cuyos títulos son: “Identificar y clasificar en pandemia: desafíos y límites del tratamiento archivístico del fondo documental del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani” y “*Materiales destinados a la investigación*: resultados preliminares de la identificación y clasificación de las colecciones institucionales ‘Copistas’ y ‘Documentación Extranjera’ del Archivo Histórico del Instituto Ravignani”.

Otra de las formas que desde el Archivo promovimos para entablar vínculos con instituciones externas afines fue la participación en la encuesta de la Fundación Bunge y Born y la Fundación Williams. Enviadas a principios de 2021, las preguntas formuladas buscaban información para la detección, el fortalecimiento y la constitución de la Red de Archivos de Empresas. Desde el Archivo Histórico respondimos que el Instituto conserva los fondos Grupo Teubal y Mallman. A partir de allí, entablamos relación con las fundaciones, tomamos la capacitación referida a archivos, conservación preventiva y Carga en Atom. Además, participamos de las reuniones

mensuales realizadas entre agosto y noviembre. A partir de allí, el Instituto fue invitado a adherir a la Carta de Intención que le dio constitución a la Red de Archivos de Empresas, adhesión que efectuamos a comienzos del 2022.

Por otro lado, participamos desde diciembre del 2020 y durante el 2021 en las reuniones y presentaciones de la Red de Archivos y Gestión Documental-CONICET. La iniciativa que llevan adelante los y las investigadoras de CONICET contempla, entre sus importantes objetivos, promover el diálogo con el SNDH (Sistema Nacional de Documentación Histórica). En el marco general de las políticas públicas del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, se intenta pensar acciones y desarrollar estrategias para consensuar con los y las científicas políticas de conservación, preservación y organización del acervo archivístico dentro de un sistema nacional.

Finalmente, quiero dejar registro del cambio que significó para mí poder pensar el archivo y trabajarlo poniendo en interacción la historia con la archivística. Pensar e investigar la llegada del fondo o de la colección, su ingreso al instituto, cómo llegó, quién donó, cuándo y en qué circunstancias se recepcionó. Cuando esta información no aparece, buscarla, reconstruirla a partir de otras fuentes de información, inferir, cotejar, presuponer, seguir los indicios. Así fue como hallé los microfilms donados al Instituto por la Embajada alemana en 1968 a propósito de estar investigando el contexto de creación de la Sección Extranjera en el Instituto Ravignani para el UBACyT dirigido por Nora Pagano, “Dos décadas de actividad historiográfica en el Instituto de Historia Argentina y Americana ‘Dr. E. Ravignani’”. La gestión de Ricardo Caillet Bois (1956-1973/1976-1977)”. Otra vez serendipia!!! En el año 2018 me encuentro con el dato de la donación, la resolución de la facultad aceptando la donación, las gestiones de Caillet Bois y todo el entramado de la creación de la Sección de Documentación Extranjera. Ahí pienso: “Los microfilms en los años de 1960, seguramente en reemplazo de los antiguos copistas, y formando parte del cambio tecnológico de la época”.

Pero, inmediatamente me doy cuenta, para mi sorpresa, que no estaban registrados en ninguno de los inventarios que fueron organizando el archivo a lo largo de su historia. Solamente se los mencionaba en el *Boletín* y en la correspondencia del Archivo, de ahí mi preocupación por encontrarlos. Nuevamente preguntando, atando cabos y abriendo muebles, di con ellos en un armario del Aula C. Actualmente estos microfilms forman parte de nuestras colecciones aunque, por el momento, no están disponibles para la consulta.

A lo largo de este relato en tres momentos arribo a la conclusión de que mi trabajo en el Archivo parece haberse desarrollado entre los indicios y las intuiciones, entre los desafíos y los hallazgos, entre las casualidades y las circunstancias. En síntesis, se trata de un trabajo de búsqueda e indagación que reúne y organiza los fondos. Fondos a través de los cuales se trasluce la memoria institucional y se traza esa historia centenaria de las misiones y funciones que el Instituto viene cumpliendo desde su creación.

Los inicios del Proyecto Patrimonio Histórico del Instituto de Historia Argentina “Dr. Emilio Ravignani”

Juan José Santos

Lo que aquí se presenta es la primera parte de un trabajo destinado a reseñar sucintamente la trayectoria del Proyecto Patrimonio Histórico que desde los primeros años de la década de 1990 viene desarrollándose en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (UBA-CONICET). Procura, por un lado, dar cuenta de los objetivos que motivaron la creación de una iniciativa pionera en el país en lo referente a la aplicación de las tecnologías de la digitalización de imágenes a fuentes de valor histórico cultural y de algunos de los logros alcanzados. Por el otro, exponer el modo en que los avances en la experimentación con esas tecnologías y los obstáculos que el proyecto debió resolver fueron modelando su misma trayectoria. Esta primera parte se ocupa del tramo inicial de experiencia, los años que se extienden entre 1992 y 2003. En un próximo trabajo se dará cuenta de la evolución posterior. Esta decisión la motiva sólo en parte la extensión a la que debe ajustarse esta comunicación. Dos escenarios sucesivos –marcados, en un caso, por inconvenientes que comprometieron la viabilidad del proyecto y, el otro, por cambios institucionales que promovieron una mayor articulación de las áreas del Instituto responsables de servicios vinculados al patrimonio documental– singularizan el tramo reciente de la trayectoria del Proyecto Patrimonio y justifican un abordaje específico.

Los orígenes del Proyecto Patrimonio Histórico se remontan a 1992. Se buscaba de algún modo relanzar aquellas tareas que habían sido centrales en la creación del instituto en 1921 –y en años inmediatamente previos en lo que había sido la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Ellas consistían en la búsqueda, recopilación y publicación de series documentales conforme a las normas internacionalmente aceptadas en materia de crítica documental. Problemas presupuestarios y una agitada vida institucional –consecuencias en buena medida del rumbo que siguió de la vida política argentina desde mediados de siglo XX– habían comprometido seriamente una línea de trabajo que había producido publicaciones de calidad y a las que se debía gran parte del reconocimiento de la institución tanto en el país como fuera de nuestras fronteras.¹

Como etapa inicial, el proyecto se abocó al tratamiento de material documental en su mayor parte fechado entre los siglos XVIII y XIX y referido a la historia rioplatense y argentina reunido por el Instituto en su mayor parte gracias a donaciones realizadas por investigadores y particulares. Consistían en colecciones de fuentes de carácter misceláneo y documentación perteneciente a archivos personales como los Fondos Vicente Anastasio de Echevarría y Miguel de Otero.²

¹ Sobre la historia del Instituto, entre otros, Buchbinder, Pablo (2021), Los inicios del Instituto de Investigaciones Históricas, en *Cuadernos del Instituto Ravignani*, Buenos Aires, vol. 2, pp. 15-23. Sobre la recepción de sus publicaciones véase Robertson, James Alexander (1930), *The Publications of the Instituto de Investigaciones Históricas de La Facultad de Filosofía y Letras*, *The Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, vol. 10, n. 1, pp. 101-13, <http://www.jstor.org/stable/2506203>. También, Haring, C. H. (1939), *Review of Asambleas constituyentes Argentinas seguidas de los Textos constitucionales, legislativos y Pactos interprovinciales que organizaron políticamente la Nación*, by E. Ravignani, *The Hispanic American Historical Review*, 19(1), pp. 61-62. <https://doi.org/10.2307/2507210>

² Para una etapa posterior se avanzaría con documentación existente en otras dependencias de la Facultad de Filosofía y Letras y las conservadas por particulares u otras instituciones. Es el caso del Archivo Alberdi, depositado en la Fundación Archivo y Biblioteca “Jorge M. Furt” de la estancia Los Talas (Luján, Provincia de Buenos Aires) una documentación por entonces muy consultada por estudiosos de universidades del país y del exterior.

Varios fueron los motivos en los que se fundamentó esta selección:

El marco temporal que se extiende entre la colonia y el primer siglo de vida independiente continuaba siendo un área de interés en las investigaciones desarrolladas en el Instituto y aun en el más amplio campo del estudio y la enseñanza de la historia en Argentina. Era razonable, entonces, suponer que las reproducciones de estas colecciones podrían ser utilizadas con provecho en las actividades docentes de los distintos niveles de enseñanza.

Se trataba de material propio y no sujeto a restricciones de reproducción y difusión.

Se consideraba una documentación valiosa desde el punto de vista del patrimonio histórico y cultural que justificaba el esfuerzo de resguardar la información en ella contenida mediante un cambio de soporte. A la vez, ofreciendo a los estudiosos sustitutos de los originales se esperaba contribuir a la salvaguarda de materiales antiguos, frágiles y expuestos a procesos de degradación.

Con este Proyecto, el Instituto dirigido desde 1986 por el Prof. José Carlos Chiaramonte creaba un área específica destinada a retomar aquel legado vinculado a la identificación, relevamiento y publicación de fuentes de interés para la investigación histórica mediante las nuevas tecnologías de información y comunicación.³

³ La conformación del equipo del Proyecto varió a través del tiempo. Lo integran actualmente los licenciados Juan José Santos, Fernando Boro y Edgardo Riera, pero fueron parte del plantel el Dr. Roberto Schmit, y la Dra. Sandra Sauro. Todos, excepto uno, pertenecientes a la carrera de Historia. Recién en 2020 el Instituto incorporó una profesional formada en archivística. Durante un tiempo, como se mencionará más adelante, se contó con la colaboración de profesionales de informática, el Ing. Osvaldo Clúa y la Cra. Cca. María Feldgen.

Inicialmente se pensó en la microfilmación como procedimiento de reproducción documental. Pocos años antes, el Instituto había concretado dos proyectos de microfilmación en vista de la imposibilidad de completar la publicación de la totalidad de los volúmenes proyectados de los archivos pertenecientes al Brigadier general Juan Facundo Quiroga y al Dr. Rufino de Elizalde. La publicación de ambos fondos debía coronar el intenso y prolongado esfuerzo que los equipos de trabajo del Instituto dedicaron a las tareas de ordenamiento, clasificación, descripción y transcripción documental entre 1938 y 1967. Mediante un convenio celebrado en 1888 entre las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras y la Biblioteca del Honorable Congreso Nacional se iniciaron las tareas de microfilmación que permitieron presentar la totalidad de estos fondos a la compulsa de investigadores y público en general.⁴

Como correlato de esas iniciativas el Instituto se planteó la posibilidad de crear en la propia institución un laboratorio fotográfico con el fin de encarar la totalidad de los procesos involucrados en la producción de documentación histórica microfilmada.

Sin embargo, fue en el marco de las gestiones emprendidas para buscar financiamiento para esta iniciativa cuando surgió la idea de explorar las muy recientes experiencias de aplicación de los procedimientos de digitalización de imágenes a la preservación y difusión de patrimonio histórico y documental.

Este camino, que fue el finalmente adoptado, fue en su momento una decisión arriesgada. El microfilm era considerado uno de los medios analógicos más idóneos para la diseminación de las fuentes de información y sobre todo

⁴ Ambos se publicaron como ítems inaugurales de la serie *Documentos para la Historia Argentina, Serie microfilms* vols. 1 y 2, años 1989 y 1990 respectivamente. Por esas fechas se proyectaban acuerdos con otras instituciones académicas y Archivos para el intercambio de fuentes microfilmadas. Con la finalidad de posibilitar la consulta de estos materiales el Instituto adquirió dos lectores de microfilm.

uno que había sido largamente probado como resguardo de documental en el largo plazo.⁵ A comienzos de los noventa, la aplicación de las tecnologías informáticas en instituciones de la memoria como archivos, bibliotecas y museos, en cambio, estaba en sus inicios y eran muchas las discusiones respecto a la creación y conservación de colecciones digitales.

Por un lado, eran claramente perceptibles las ventajas que podían esperarse de la informatización y de la implementación de las tecnologías de la imagen al material bibliográfico y documental. En términos de la accesibilidad especialmente, teniendo en cuenta cuestiones como las posibilidades de reproducir cuanto sea necesario el documento digitalizado sin pérdida de información, de aplicar procedimientos de edición que mejoren la calidad de la imagen de los documentos en función de las necesidades de los usuarios y de distribuir copias en distintos soportes o mediante redes de comunicación. Por otro lado, eran muchas las prevenciones que inspiraban la implementación de una tecnología que significaba erogaciones importantes para los menguados presupuestos de las bibliotecas y archivos y que los profesionales de esas instituciones consideraban extraña e insuficientemente probada para la gestión del patrimonio documental.

Lo que finalmente inclinó la decisión hacia la digitalización fue la posibilidad de contar con el apoyo de la filial argentina de IBM que desde 1986 venía desarrollando –junto al gobierno de España y la Fundación Ramón Areces– un proyecto pionero de digitalización masiva de material archivístico en el Archivo General de Indias de Sevilla.⁶

⁵ Al respecto ver Boro, Fernando J. (2002), ¿Microfilm o preservación digital en bibliotecas y archivos?, en *Ciencia hoy*, vol. 11, n. 66, pp. 10-17.

⁶ González, Pedro (1994), El Archivo General de Indias y su proyecto de informatización. Nuevas posibilidades para la investigación, en *Cuadernos de Historia Moderna*, Editorial Complutense, Madrid, pp. 231-249.

Uno de los recorridos posibles de lo que ha sido la evolución del Proyecto Patrimonio Histórico podría organizarse identificando etapas más o menos bien definidas. Momentos, si se prefiere, que se recortan a través de la trama de aquellas cuestiones que signaron, en buena medida, la trayectoria de todos los emprendimientos que han estado en la avanzada de la implementación de los procedimientos de digitalización en alta calidad a la preservación y el acceso al patrimonio documental.

Para la historia que aquí se reseña conviene al menos enunciar algunas de esas cuestiones. En primer lugar, las que se derivan de la diversidad de conocimientos y técnicas que se dan cita en la creación y mantenimiento de colecciones digitales. En segundo lugar, el rápido cambio tecnológico que torna crucial la necesidad de un financiamiento regular que permita la sustentabilidad de la infraestructura técnica de los proyectos y posibilite las inevitables migraciones de formatos, plataformas y medios de almacenamiento. Y finalmente, algo que se manifestaba claramente en la época en que comenzamos nuestra tarea, la falta de estándares claros sobre los procedimientos apropiados para la creación, descripción y gestión de recursos digitales de valor histórico cultural.

Los trabajos de captura –con la coordinación de Fernando Boro– comenzaron en el año 1996. El equipamiento consistía en estaciones de trabajo, monitores de elevada resolución y un scanner de documentos provistos por IBM, financiados en parte por la Fundación Antorchas. Se siguieron con atención las lecciones ofrecidas por los avances del proyecto del Archivo General de Indias. En lo que hace a la calidad de las imágenes, se adoptaron parámetros de escaneo capaces de satisfacer a las necesidades de uso en el largo plazo. En 1997 se inauguró el primer sistema de consulta en nuestro Instituto. El sistema se apoyaba en potentes programas desarrollados por IBM para el mercado empresarial que gestionaban de manera muy eficaz las tareas

de captura e indexación de imágenes de gran calidad, su almacenamiento en discos ópticos y las acciones de búsqueda y recuperación documental.

Al lado de esas fortalezas, sin embargo, el uso de este sistema fue evidenciando que –debido la naturaleza de nuestros materiales y la comunidad de usuarios que tenía por destinatarios– ciertas necesidades eran satisfechas con dificultad. Nuestras expectativas en lo que se refiere al acceso y la difusión de la documentación digitalizada iban más allá de los excelentes resultados que mostraba la solución adoptada para la consulta en nuestro Instituto. El sistema operaba con formatos gráficos propietarios que no eran leídos por las aplicaciones de uso más extendido entre los usuarios finales y tampoco por las existentes en el equipamiento de otras instituciones. Como consecuencia no podíamos distribuir ni intercambiar los materiales digitalizados, uno de los objetivos de nuestro proyecto.

Finalmente, a dos años del inicio de nuestras actividades, IBM lanzó una nueva versión del software de gestión de imágenes que utilizábamos y declaró caduca la versión anterior. Los elevados costos de la nueva licencia hicieron evidente la necesidad de explorar soluciones alternativas que respondieran mejor a los requerimientos en materia de acceso a nuestras colecciones.

Esa búsqueda nos permitió tomar contacto con ingenieros en informática pertenecientes a la Facultad de Ingeniería de la UBA y que trabajaban en el campo de las nuevas tecnologías orientadas a procesos de enseñanza. Su interés en la actividad desarrollada por el proyecto y nuestras necesidades en material de soporte informático hizo posible una colaboración interdisciplinaria que en 2001 se formalizó con un convenio entre las Facultades de Ingeniería y Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

En los años transcurridos desde el comienzo de nuestras tareas se habían multiplicado las experiencias llevadas adelante por importantes Bibliotecas,

Archivos y centros de documentación en materia de digitalización de materiales de significación histórico cultural. Estos emprendimientos se documentaban profusamente proporcionando valiosa información respecto a las ventajas y desventajas de la digitalización, sobre las cuestiones a considerar a la hora de introducir las nuevas tecnologías al tratamiento de las colecciones y su impacto sobre la tradicional gestión de archivos y bibliotecas.⁷

Desarrollos importantes se venían dando también con el desarrollo de la *world wide web* y la aparición de navegadores gráficos aptos para funcionar en diferentes entornos operativos. Esto ampliaba las posibilidades de acceso remoto para nuestras colecciones digitalizadas que hasta entonces era pensada en entornos de redes o mediante la diseminación de copias en diferentes soportes (entonces cd-rom o dvd).

Sobre la base de la experiencia lograda y en un contexto signado por adelantos como los mencionados, el Proyecto Patrimonio Histórico se encaminó a reformular sus procedimientos de digitalización y a construir un sistema de acceso y consulta enfocado hacia el cumplimiento de una serie de requerimientos esenciales:

- » Que fuera sencillo y pudiera operar con hardware y programas de uso corriente en nuestro medio.
- » En lo referente a sistemas de acceso, se acordó en la necesidad de trabajar en un desarrollo que respetara los usos y hábitos de la comunidad de

⁷ Conway, Paul (1996), Yale University Library's Project Open Book. Preliminary Research Findings, en *D-Lib Magazine*; Kenney, Anne R. y Oya Y. Rieger (2000), *Moving Theory into Practice: Digital Imaging for Libraries and Archives* (Llevando la Teoría a la Práctica: Digitalización de Imágenes para Bibliotecas y Archivos), Research Libraries Group; Conway, P. (2000), Overview: Rationale for Digitization and Preservation, en *Handbook for Digital Conversion Projects: A Management Tool*, Maxine Sitts; Andover, M. A. (2000), Northeast Document Conservation Center; Hazen, D., Horrell, J. & Merrill-Oldham, J. (1998), *Selecting Research Collections for Digitization*, Washington, DC, Council on Library and Information Resources.

referencia, que para nosotros era ante todo la comunidad de investigadores o estudiosos y seguidamente el público general.

- » Que estudiosos e interesados en los documentos pudieran acceder a ellos fuera de nuestra sede. En lo inmediato, recurriendo a copias en discos ópticos pero, en cuanto la infraestructura de comunicaciones universitaria lo permitiera, a través de la WWW.
- » Utilizar en lo posible software libre y privilegiar formatos abiertos no propietarios para, de esta manera, tener la mayor cantidad de opciones en materia de software y asegurar el acceso a largo plazo a los contenidos producidos.

Fue en este momento cuando introdujimos la distinción entre archivos master de resguardo, para la conservación en el largo plazo, e imágenes de consulta editadas, para facilitar su accesibilidad con formatos y tratamientos diferentes. Empezamos a pensar en la preservación digital, es decir de los recursos que habíamos creado y no ya sólo en la de los originales y comenzamos a documentar procesos y flujos de trabajo. Con la finalidad de acelerar la puesta en consulta de la importante documentación digitalizada se acordó con los informáticos que lo prioritario era contar con un desarrollo que priorizara aspectos vinculados a la presentación de los materiales y su respectiva información. Mientras se trabajaba en la elaboración de mecanismos de indexación, que permitieran la recuperación documental, se concretó un diseño que automatizaba la creación páginas de presentación de los documentos según su tipología, sobre la base del lenguaje HTML. La arquitectura de este primer archivo digital respetaba las normas del consorcio de la web en términos de accesibilidad y sólo requería la existencia de un browser de uso corriente (Internet Explorer, Navigator o Firefox) en la máquina de consulta.

El diseño precedente comenzó a funcionar en el año 2000 en forma local y, tres años después, se habilitó un servidor instalado en nuestro Instituto que permitía el acceso por Internet a más de 8.000 imágenes digitalizadas y a

las descripciones mediante la norma ISAD (G) de las colecciones abiertas a la consulta.

El sistema de acceso reproducía lo que los investigadores hacían en el archivo al consultar los documentos reunidos en legajos, carpetas o volúmenes encuadernados. Cada colección tenía un inventario de sus documentos en el que se encontraban los enlaces que permitían acceder a los mismos. Otros enlaces en las páginas de presentación de los documentos permitían trasladarse al documento siguiente o al anterior. Una barra lateral permitía ir a páginas específicas. Además de la descripción normalizada del fondo o colección, los usuarios podían acceder a un resumen de los documentos individuales. Aun con el tipo de conectividad de aquellos tiempos, los esmerados procesos de edición digital permitían un acceso rápido a las imágenes. La cuestión de los tiempos de acceso fue una de las razones que determinó la preferencia por determinados formatos –jpg antes que pdf–. Se tomaron adecuadas decisiones en materia de resoluciones de captura y el post procesamiento de imágenes. La calidad de ese trabajo puede medirse teniendo en cuenta que a más de veinte años de la realización de esas digitalizaciones satisfacen admirablemente bien los requerimientos de los actuales usuarios en términos de legibilidad.

En el año 2001 el proyecto fue distinguido como “de Interés Cultural” por la Cámara de Diputados de la Nación, reconociéndolo como “el primer centro de archivos históricos digitalizados de la Argentina”. No existían por entonces emprendimientos similares en el país. Por la misma época comenzamos a difundir nuestra experiencia en jornadas y congresos realizados tanto en el país como en el exterior, y a ser convocados a tareas de asesoramiento por parte de importantes bibliotecas y centros de documentación que deseaban implementar la digitalización de sus materiales.⁸

⁸Feldgen, M., Clúa, O., Boro, F. y Santos, J. J. (2002), Building an On Line Manuscript Heritage Digital Library with XML, *Anales JAIIO* (Jornadas Argentinas de Informática e Investigación Operativa), vol. 31. Trabajo presentado en el encuentro Ibero-American Conference on Web Engineering, September 9-13, 2002. Feldgen, M., Clúa, O., Boro, F. y Santos, J. J. (2002),

Como consecuencia de estos avances, el Proyecto Patrimonio se presentó al concurso de Subsidios para Modernización de Equipamiento de Laboratorios de Investigación lanzado por el Foncyt en el año 2003. Esta propuesta fue la única del área de las ciencias sociales que resultó aprobada. El financiamiento permitió adquirir modernas estaciones de trabajo, un servidor de altas prestaciones, dispositivos y accesorios para fotografía profesional y un scanner cenital, el primero que llegó a nuestro país.

La trayectoria que a partir de entonces siguió el Proyecto Patrimonio será objeto de un trabajo futuro. No obstante, importa adelantar que con ese financiamiento la iniciativa ingresaba en una nueva etapa en la que se redefinían sus características y se expandían sus objetivos. Se proponía montar un laboratorio especializado en la digitalización materiales valiosos conservados en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Central, en el Museo Etnográfico y en otros institutos de la Facultad de Filosofía, a los que se agregaban los existentes en la Biblioteca de la Facultad de Ingeniería. Paralelamente, impulsaría trabajos de investigación en torno a la problemática de la creación de archivos digitales y su conservación en el largo plazo. Se esperaba que el proyecto articulara un conjunto de grupos de trabajo conformados por investigadores y profesionales de distintas disciplinas pertenecientes a ambas facultades. La expectativa era consolidarnos como un centro de avanzada en el área de la preservación y puesta en acceso a contenidos digitales de significación histórico cultural.

Abril de 2022

Argentinean Historical Heritage Project, *ACM/IEEECS Joint Conference on Digital Libraries*, Portland. Boro, F., Santos, J. J., Feldgen, M. y Clua, O. (2008), Digitalización y preservación digital de largo plazo en instituciones de la memoria: el Proyecto Patrimonio Histórico del Instituto Ravignani (o cómo digitalizar originales delicados del siglo XVIII y no hacerlos morir en el intento), *I Jornada de Recuperación del Patrimonio Histórico Educativo*, organizada por la Biblioteca Nacional de Maestros, jun. 2008.

Una nota sobre los inicios del Proyecto Patrimonio Histórico del Instituto Ravignani¹

Fernando Boro

En el texto escrito por Juan José Santos se encuentra una detallada reseña sobre la historia de este proyecto y de sus distintas etapas.

Yo quisiera aprovechar esta oportunidad para contar algunas anécdotas y detalles que nos permitan recuperar algo del clima de trabajo de aquellas épocas iniciales, y dejar un registro escrito de cómo fuimos logrando desarrollar una iniciativa basada en una tecnología entonces desconocida y muy desafiante.

Como bien cuenta J. J. Santos, inicialmente pensábamos montar un laboratorio de microfilmación de documentos históricos. Viendo los buenos resultados del convenio de microfilmación firmado con la Biblioteca del Congreso de la Nación, queríamos montar ese laboratorio no solo para preservar a los originales de los efectos de la manipulación directa, sino también para intercambiar fondos históricos microfilmados con otras instituciones del mundo, una práctica habitual de entonces.

Mi propia formación en fotografía analógica me impulsaba a seguir ese camino, familiar para mí. Yo había ingresado al Instituto en el año 1991,

¹ El autor de esta nota fue Coordinador de este Proyecto desde su creación hasta fines del año 2009.

estaba fascinado de poder acceder a los fondos de documentos históricos originales que allí se conservaban, y quería hacer algo por ayudar en su preservación y su más amplia difusión, lo que entroncaba perfectamente con una antigua tradición del Instituto Ravignani en cuanto a la publicación de documentos históricos.

Le presenté esa idea a José Carlos Chiamonte, entonces director del Instituto, quien no sólo se interesó, sino que me estimuló a ponerla por escrito. Así lo hice, y luego de varias mejoras y correcciones en las que él participó activa y decisivamente, presentamos el proyecto a la Fundación Antorchas en el año 1992.

La Fundación Antorchas no sólo recibió con mucho entusiasmo nuestra propuesta –y espero no cometer una infidencia al relatar lo siguiente–, sino que nos sugirieron darle un alcance más ambicioso al proyecto y solicitar un monto más elevado de financiamiento.

La forma que encontramos de darle ese mayor alcance fue con la declarada intención de realizar un censo de archivos históricos conservados en manos privadas en Argentina, microfilmarnos para poder preservarlos y, no menos importante, procesarlos y abrirlos a la consulta pública. Entonces formábamos parte de esta iniciativa, además del director del Instituto, Roberto Schmit y quien firma estas líneas.²

Y así recibimos el primer subsidio, que nos permitió adquirir algunas buenas computadoras –y entre ellas, las primeras notebooks que llegaron al Ravignani, cuando aún no existía Internet en nuestro país.

² Poco tiempo después se incorporarían Juan J. Santos y Sandra Sauro. Con el reducido personal que entonces contaba el Ravignani, con Roberto Schmit también nos encargábamos de varias otras tareas, entre ellas, la diagramación e impresión de los masters de la serie *Cuadernos del Instituto*, dado que disponíamos de la única impresora láser que tenía el Instituto, un equipo muy caro y escaso en ese entonces.

Las averiguaciones y negociaciones para importar una microfilmadora estaban muy avanzadas –nos habíamos decidido por el mismo tipo de equipo que se usaba en la Biblioteca del Congreso de EEUU–, cuando varias autoridades de la fundación que nos financiaba nos sugirieron considerar el uso de la tecnología de imágenes digitales, entonces en pañales. Había en ese momento una cierta idea de que esa tecnología era el futuro inevitable, y las grandes empresas de hardware y software del mundo hablaban de la inminente transición hacia una “oficina sin papeles”. Por otro lado, ya era famoso el proyecto pionero de digitalización del Archivo de Indias en Sevilla, concebido hacia 1986 e inaugurado en el año 1992.³

José C. Chiamonte abrazó la idea con mucho interés –todos los que lo tratábamos sabíamos de su temprano entusiasmo por el uso de equipos informáticos, incluso para las tareas de investigación histórica–. Yo no estaba convencido y tenía muchas dudas sobre esa nueva tecnología que desconocía, a diferencia de las imágenes obtenidas por medios fotográficos clásicos, sobre película analógica. Y como iba a ser el responsable de producir las imágenes, no me sentía seguro con la idea de hacerlo en un medio y con unas técnicas todavía poco conocidas.

Es que en esos primeros años de la década de 1990 las computadoras casi no podían mostrar imágenes en sus pantallas, no digamos nada sobre intentar la producción de imágenes en alta calidad digital. Se usaba el sistema operativo DOS, que prácticamente no tenía modo gráfico, todo se hacía y se veía como caracteres de texto sobre un fondo oscuro en el monitor.

Por otro lado, también era un desafío muy convocante probar esa nueva tecnología y sus posibilidades de aplicación para la producción de copias

³ Iniciativa que contaba con la decisión y el apoyo del Ministerio de Cultura de España, junto con la participación de las empresas IBM y El Corte Inglés. Claramente, la escala de recursos financieros y de conocimientos expertos allí empleada estaba totalmente fuera de nuestro alcance y de nuestra realidad.

digitales de los documentos de archivos históricos. Así que comenzamos a explorar. Tuvimos muchas reuniones con empresas del rubro, analizando los equipos y sus costos, pero también para entender, sencillamente, qué se necesitaba para armar un centro piloto de digitalización mínimamente sustentable.

Esa exploración llevó meses, y finalmente decidimos consultar con IBM de Argentina. Ellos nos mostraron imágenes de alta calidad digital en una computadora especial –una potente estación de trabajo dedicada a esa función, ya utilizada en otros proyectos similares al nuestro–. Y allí comenzó mi entusiasmo por usar imágenes digitales: entendí que era posible lograr imágenes de alta calidad en ese mundo digital.⁴

Esa era la única empresa presente en el país que tenía la experiencia requerida: habían diseñado hardware y software para la digitalización del Archivo General de Indias en Sevilla, y también para las primeras experiencias digitales en la Biblioteca del Vaticano. Por otro lado, contaban con un área de investigación local en imagen digital y sus posibles aplicaciones.

Luego de muchas conversaciones previas, IBM aceptó participar de la iniciativa: les compramos algunos equipos, muchos otros fueron donados por esa empresa, y sobretodo realizó la primera instalación de computadoras IBM en red en nuestras oficinas, así como del costoso software de la “oficina sin papeles”, todo esto sin cargo. Nos proveyó del primer escáner grande, un equipo que podía digitalizar papeles de hasta 30 x 40 cm y pesaba 45 kilos. Y así comenzamos a digitalizar documentos históricos conservados en nuestro instituto.

⁴ Con el tiempo iríamos descubriendo que el mundo digital traía también riesgos desconocidos para la preservación de la información así procesada. En esa época no había mucha conciencia ni tampoco información disponible para entender la complejidad que es propia de los proyectos de digitalización en instituciones de la memoria.

El giro que dio nuestro proyecto al emplear esas nuevas tecnologías informáticas volvió imposible mantener la idea de hacer un censo de archivos en manos privadas: ahora se trataba, básicamente, de hacer una experiencia piloto y tratar de investigar y aprender todo lo posible sobre el uso de imágenes digitales para reproducir originales de archivos históricos.⁵

El software de la “oficina sin papeles” estaba pensado para el flujo de trabajo de un banco o una compañía de seguros, y de muchas maneras no respondía a las necesidades que teníamos para gestionar y controlar los documentos digitalizados. Incluso usaba unos formatos de archivo de imagen que sólo podían ver los usuarios de ese sistema, y todos nuestros intentos de publicar esos documentos digitales de forma accesible y universal se veían impedidos por ese uso propietario de las imágenes.

Era necesario contratar a un programador para poder exportar los documentos en el hoy tan conocido formato .jpg –cuya aparición era reciente entonces– y eso quedaba fuera de nuestras posibilidades económicas.

Esa situación difícil se pudo resolver gracias a la incorporación a nuestro proyecto de dos profesores de informática de la Facultad de Ingeniería de la UBA, María Feldgen y Osvaldo Clúa, quienes dirigían el Laboratorio de Sistemas Distribuidos Heterogéneos de aquella facultad. Ellos entendieron lo que queríamos hacer, la importancia que tenía brindar un acceso universal a los documentos digitales, y para lograrlo nos sugirieron aprovechar la capacidad de Internet para presentar información en forma remota, en base al lenguaje de la web, conocido como HTML.

⁵ Para hacer esa investigación fue fundamental la posibilidad que tuvimos en nuestro Instituto de acceder a Internet en una de las primeras redes existentes en Argentina, la red Retina. Así pudimos conocer los primeros informes técnicos realizados en instituciones pioneras en el uso de la digitalización, e incluso comunicarnos con expertos del exterior. Esas primeras conexiones a Internet se basaban en los lentísimos módems telefónicos, y la “navegación” de las páginas de la web era en modo texto, sin gráficos ni imágenes de ningún tipo.

Para mejor, ellos conocían muy bien el software de la red local y del sistema operativo –todos de IBM– que teníamos instalado en las computadoras.

Ellos necesitaban, ante todo, que nosotros creáramos esas páginas de consulta web –lo que hicimos trabajosamente a mano con simples editores de texto plano, luego de aprender cómo escribir en lenguaje HTML–, y una vez que tuvimos una masa crítica de páginas ya producidas, ellos pudieron analizar cómo automatizar su creación.

Finalmente llegó el día en que nos instalaron el software libre desarrollado por ellos para automatizar la creación de las páginas de consulta por Internet, con las imágenes de los documentos y las descripciones correspondientes, gracias a la digitalización de los catálogos de documentos que ya existían en el Ravignani.⁶ Parecía algo mágico: le indicábamos al software adónde estaban las imágenes de documentos, adónde sus descripciones textuales, y lo mismo para los elementos decorativos de nuestro sitio web –fondos, flechitas, etc.–. Y en unos pocos minutos, el servidor tenía el sitio entero armado y listo para presentar en la web.

A partir de allí empezó verdaderamente la digitalización sustentable de originales así como un aprendizaje muy valioso, facilitado por la permanente colaboración de María Feldgen y Osvaldo Clúa, lo que permitió el crecimiento de nuestra iniciativa y finalmente el armado de un centro de digitalización con equipos de alta gama.

Habría mucho más para contar, pero creo que con lo narrado ya tendrá el lector una imagen bastante fiel de lo que significó enfrentar una tarea muy desafiante, en terrenos desconocidos, y del proceso de aprendizaje a través de dificultades, errores y aciertos que van de la mano con toda actividad pionera.

⁶ En esa época no había todavía la oferta de software gratuito que hoy existe para publicar en Internet colecciones o fondos del patrimonio histórico-cultural, de modo que el trabajo que hicieron tuvo un valor inestimable para nosotros.



Estación de digitalización de documentos del Proyecto Patrimonio Histórico en el Instituto Ravignani.

Este número de los *Cuadernos del Instituto Ravignani* reúne un conjunto de testimonios, anécdotas y relatos de quienes participaron en la ardua tarea de crear, reconstruir y gestionar un instituto de investigación como es el Ravignani, hasta llegar a lo que es hoy: un espacio de innovación historiográfica y de trabajo colectivo amplio y diverso.

En una primera parte se bosqueja la creación de los primeros Programas de Investigación del Instituto, sus objetivos, alcances, integrantes y modalidades de trabajo. También se rememora la organización de seminarios y redes en las que convergen investigadoras e investigadores de distintas universidades del país y del exterior.

José Carlos Chiamonte, quien dirigió el Instituto durante 25 años, aporta su testimonio sobre algunos problemas y desafíos que presentó la gestión del Instituto durante el período de su reconstrucción.

Un lugar especial merecen las voces de quienes colaboraron incansable y tenazmente desde la secretaría, las áreas de comunicación y de gestión contable. Por último, resultan imprescindibles los testimonios de los responsables del armado de la Tercera Serie del *Boletín* del Instituto -revista que este año celebra sus 100 años-, y de quienes se ocuparon del reordenamiento de la Biblioteca y de la consolidación de las áreas de Archivo Histórico del Instituto y Proyecto Patrimonio Histórico del Instituto Ravignani.